

Bruno Shalter

ASESINATO EN LA FRONTERA

Dos muchachas sentadas en el bar del «Salón Azteca» interrumpieron su conversación cuando entró, y le siguieron con la vista a medida que fue avanzando lentamente por detrás de los escabeles hasta la puerta de la sala. Llevaba las manos en los bolsillos. Al llegar a la puerta se detuvo y paseó por la sala una mirada circular. En el estrado, la orquesta desarrollaba, sobre el batir pegajoso del bongo, una melodía lenta y sensual. No había mucha gente: turistas norteamericanos en su mayoría y los habituales. Una docena de parejas se balanceaban en la pista. La luz se concentraba encima de los músicos, dejando el resto en una semiobscuridad que hacía destacar, por contraste, los rotulillos rojos de las salidas de emergencia y el verde de la entrada a los lavabos. A ambos lados de la sala estaban los palcos, recogidas simétricamente en todos las cortinillas de su ventana rectangular. Sobre el antepecho de uno se apoyaba un brazo desnudo de mujer, cuya propietaria quedaba en la sombra. En otro se avivaba a intervalos la brasa de un cigarrillo. Los turistas charlaban en las mesas, altos y rubios, desgarbados como peleles junto a la gracia lánguida de los camareros mejicanos.



Bruno Shalter

Asesinato en la frontera

Detective - 38

ePub r1.0
Lds 11.04.19

Título original: *Frontier of fear*
Bruno Shalter, 1953
Versión castellana de: G. Bravo
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Asesinato en la frontera
por BRUNO SHALTER
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Iba en mangas de camisa, desnudos los morenos y musculosos antebrazos. Era de estatura algo más que mediana, ancho de hombros, pero sin corpulencia: fuerte y ágil como un felino. Su rostro enjuto, de líneas tensas y ojos brillantes, con una hilera de dientes blanquísimos asomando entre los labios, bajo el trazo horizontal del bigote, tenía una expresión hermética, como si fuera la máscara rígida con que ocultaba sus pasiones. No había ni una chispa de color en su vaga sonrisa inmóvil. Era un hombre que parecía metido dentro de sí mismo como en una funda.

Dos muchachas sentadas en el bar del «Salón Azteca» interrumpieron su conversación cuando entró, y le siguieron con la vista a medida que fue avanzando lentamente por detrás de los escabeles hasta la puerta de la sala. Llevaba las manos en los bolsillos. Al llegar a la puerta se detuvo y paseó por la sala una mirada circular. En el estrado, la orquesta desarrollaba, sobre el batir pegajoso del bongo, una melodía lenta y sensual. No había mucha gente: turistas norteamericanos en su mayoría y los habituales. Una docena de parejas se balanceaban en la pista. La luz se concentraba encima de los músicos, dejando el resto en una semiobscuridad que hacía destacar, por contraste, los rotulillos rojos de las salidas de emergencia y el verde de la entrada a los lavabos. A ambos lados de la sala estaban los palcos, recogidas simétricamente en todos las cortinillas de su ventana rectangular. Sobre el antepecho de uno se apoyaba un brazo desnudo de mujer, cuya propietaria quedaba en la sombra. En otro se avivaba a intervalos la brasa de un cigarrillo. Los turistas charlaban en las mesas, altos y rubios, desgarbados como peleles junto a la gracia lánguida de los camareros mejicanos.

El hombre estuvo un par de minutos apoyado en el quicio de la puerta, mirando. Sus ojos buscaban con preferencia a las mujeres. En ocasiones, ellas se volvían, como llamadas por un aviso silencioso, y el hombre fijaba su atención por un instante. Luego, le ignoraban.

El brazo desnudo sobre el antepecho del palco se movió y desapareció.

El hombre retrocedió al bar y se sentó a un extremo, solo. Un norteamericano borracho, con la cara congestionada y los ojos húmedos, quedaba cerca de él. Seguía una pareja que hablaba a media voz, con las manos enlazadas, y las dos muchachas que le observaban aún. El hombre sacó un paquete de «Lucky» del bolsillo de su camisa, se puso un cigarrillo en la boca y esperó a que el barman se le aproximara. Le pidió lumbre y *whisky* del país. Lo dijo en castellano, pero con fuerte acento.

Había consumido la mitad del cigarrillo cuando un camarero salió de la sala y se dirigió a él.

—Ahí le llaman, señor —anunció en un susurro.

El hombre inclinó la cabeza.

—¿Quién?

—Una dama, señor.

—No conozco a ninguna dama. ¿Dijo mi nombre?

—No dijo nombre, señor. Me indicó quién era usted, y que le llevara a su lado.

—¿Dónde está?

—Le espera en un palco.

El hombre alzó el vaso de *whisky* y lo apuró de un sorbo. Al pasarse el dorso de la mano por los labios borró la sonrisa que había en ellos.

—Vamos.

El palco era el cuarto a la derecha. El camarero llamó a la puerta con los nudillos, la abrió, cedió el paso al hombre y volvió a cerrarla.

—Siéntate, no te quedes ahí —indicó una voz femenina.

El interior era como una celda de paredes acolchadas, con un banco almohadillado a cada lado y una mesa redonda en el centro. Sobre la mesa había dos copas y una botella de champaña en un cubo de hielo. El hombre advirtió mecánicamente que las dos copas

habían sido usadas. También había un cenicero, con cinco largas colillas aplastadas. De las cinco, sólo dos estaban manchadas de carmín.

La media luz que entraba por la ventana teñía de rojo la piel de la mujer que acababa de hablar. El hombre no veía más que su cabeza y su busto. Llevaba un vestido sin hombros ni espalda que moldeaba descaradamente sus formas. El cabello, muy corto, un casco de rizos, tenía un color claro indefinible. Era joven. Las sombras jugaban con las expresivas curvas de su rostro y parecían espesarse sobre su boca ligeramente abultada. Las pestañas no ocultaban el espejeo de sus grandes ojos. Trascendía de ella un leve perfume.

—Sospecho que me confunde —dijo el hombre, sin convicción.

—Te llamas Steve Miller.

—Sí.

La mujer extendió su desnudo brazo a través de la mesa, señalando el banco de la pared contraria.

—Tenemos que hablar. Siéntate.

Miller obedeció. Se inclinó hacia adelante y restregó su cigarrillo contra el cenicero. La mujer unía y desunía las manos, mirándole.

El silencio que siguió lo rompió una nueva llamada a la puerta.

—Adelante.

Entró el camarero. Traía otro cubo de hielo, otra botella de champaña y otra copa. Retiró una de las anteriores y lo dejó todo sobre la mesa. Luego salió sin pronunciar palabra.

—Cierra, Steve —dijo la mujer, señalando con la cabeza el pestillo.

Miller no se movió.

—Si espera exprimirme los cuartos con champaña ha equivocado el número, muñeca. Estoy limpio. Lo justo para comer mañana.

Fingiendo no haberle oído, ella se enderezó, pasó el pestillo y volvió a sentarse.

—Ya sé que no tienes dinero. Sé muchas cosas: llevas una semana en San Crispín, has alquilado una habitación en el arrabal y matas el tiempo paseando, bebiendo *whisky* mejicano y tratando de desplumar a los turistas. Anteayer le sacaste diez dólares a uno.

—Soy libre de vivir como me da la gana.

—No vives como te da la gana, sino como puedes. Por algún motivo feo has cruzado la frontera. Un hombre como tú no se entierra vivo entre mestizos sin una razón.

—¿A usted qué le importa?

—Me llamo Rita Drake. Rita a secas para ti.

Miller sostuvo su mirada.

—Vamos, suelte lo que sea.

—Me gustas. Te he estado observando desde que te vi por primera vez.

—¿Qué más?

—Seremos buenos amigos.

—Acostumbro a elegir mis amistades yo solo, en particular si son amistades femeninas. Hablemos claro. Usted estaba aquí con alguien que al fumar no manchaba los cigarrillos de rojo, o sea con un hombre. No era compañía lo que necesitaba. Si me ha hecho venir y sabe que no tengo dinero, ¿qué quiere?

La mujer, súbitamente, se alzó de su asiento, adelantó el busto a través de la mesa y besó a Miller en los labios. El permaneció rígido. Ni el contacto acariciante de la boca, ni la ola de perfume ni la proximidad de los hombros desnudos le turbaron. La dura y hermética expresión de su rostro no se alteró.

—Quería esto, para empezar —dijo ella, volviendo a sentarse—. Supongo que tu técnica con las mujeres es poner cara de palo. Bueno, también me gusta. Estoy harta de empalagosos.

—¿Qué viene después? —preguntó Miller, fríamente.

Rita Drake llenó de champaña las dos copas.

—¿Hay algo que te impida volver a cruzar la frontera? ¿Te busca la policía? ¿Estás en un apuro?

—No.

—Di la verdad.

—Es la verdad. Estoy aquí porque se me antoja, porque llegué un día y todavía no tengo ganas de marcharme. Pero esto a nadie le incumbe.

—A mí. Quiero ayudarte.

—No necesito ayuda.

—Hay dinero a ganar, Steve. Mucho dinero. Podrían ser quinientos semanales si te lo propusieras.

Miller continuó impasible.

—¿Qué he de hacer para ganarlos?

—Trabajar.

—¿Para usted?

—Para un amigo.

Hubo un silencio. Poco a poco, la expresión del rostro de Miller se aclaró, hasta terminar en una sonrisa que descubrió sus blancos y sanos dientes.

—Eso es otra cosa —dijo—. Me parece bien que alguien la emplee a usted como gancho: —se levantó parsimoniosamente y fue a sentarse al lado de Rita—. Me parece muy bien. Creo que ahora nos entenderemos. Debió empezar por ahí. Soy un poco raro con las mujeres.

Ella trató de escrutar sus brillantes ojos.

—Yo no diría raro, Steve.

Miller, sonriendo burlonamente, apuró su copa de champaña, tomó la botella, la llenó de nuevo y la apuró y volvió a llenarla.

—Siga con lo del trabajo. Y con lo de su amigo.

—Él te lo contará.

—¿Está aquí?

—Esperando.

—Que venga. Los ganchos sobran conmigo. Resérvese para vaciar el bolsillo a cualquier incauto, paloma.

Rita suspiró.

—Yo hubiera preferido que las cosas fueran de otro modo. Steve, es imposible que no te des cuenta de que hay algo en ti que atrae como… como…

—Que venga su amigo.

La mujer hizo un gesto de enojo. Se levantó, y Miller se apartó a un lado en el asiento para dejarle paso. Abrió la puerta del palco y se asomó. Casi al momento, un hombre apareció en el umbral, como si hubiera estado allí mismo, en el pasillo, a la expectativa. Era alto, un poco calvo y vestía un traje color canela. Cuando, a través de la ventana, la luz rojiza del salón le dio de lleno, Miller vió su cara picada de viruelas, larga y desagradable.

—Éste es Steve Miller —dijo Rita—. Se aburre en San Crispín, no tiene compromiso, puede cruzar la frontera cuando convenga y le gustaría tocar unos cuantos billetes.

—Encantado —articuló el hombre, tendiendo la mano—. Me

llamo George Blomberg.

Se sentó, mientras Rita llenaba otra vez las dos copas y colocaba delante de él la suya. Miller los observaba a ambos contrayendo irónicamente las cejas. Blomberg parecía hallarse muy a sus anchas. Era uno de esos sujetos impermeables a la opinión ajena, fatuos, siempre seguros de sí mismos. Miller se preguntó si la mujer se habría referido a él cuando habló de empalagosos.

—¿Tiene usted un negocio que proponerme? —inquirió.

—Sí.

—Pues al grano, diga lo que sea.

—¿Por qué tanta prisa?

Rita rió.

—El chico es así, de los que nunca se retrasan. Cuéntaselo todo, Geo, o va a ponerse nervioso.

Blomberg encendió un cigarrillo con estudiada calma.

—Muy bien, allá va. Tengo aquí un cine, el «Monumental», y necesito un punto capaz de poner un poco de orden entre mis empleados. A mí me duele el estómago cuando he de rebajarme a discutir con ellos. Quiero alguien del otro lado de la frontera, que no se duerma al sol ni se emborrache de pulque. No le pediré mucho: que se dé una vuelta por allí de vez en cuando y use mano dura si alguien la reclama.

—¿Y por eso va a pagar quinientos dólares semanales?

—¿Rita le ha dicho quinientos?

—Sí.

Blomberg asintió solemnemente.

—Los pagaré con una condición: que el punto viva en Hollow, al otro lado de la divisoria, y venga a trabajar a San Crispín y vuelva a marcharse por la noche.

—¿Para qué tanta complicación?

—Solamente para que la gente se acostumbre a verle pasar cada día la frontera.

—¿Solamente?

Blomberg expelió dos chorros de humo por la nariz.

—Cuando ya nadie se fije en él, podrá pasar consigo cualquier cosa.

—Entiendo. Algo parecido a eso tenía que ser.

—¿Parecido a qué?: —preguntó Blomberg, significativamente.

—Contrabando.

El hombre se encogió de hombros.

—No he dicho una palabra de contrabando. Necesito un punto con agallas para mi cine, nada más. Me parece que pago bien —consultó su reloj de pulsera—. Si acepta, te queda una hora para alcanzar el último autobús y marcharse a Hollow. Tome una habitación allí, y empezará mañana mismo. Conviene que se procure un coche.

—Traje uno a San Crispín. No puedo sacarlo hasta pagar el pupilaje.

Blomberg hundió la mano en un bolsillo de sus pantalones, mostró un rollo de billetes de diez dólares, contó diez y los empujó a través de la mesa.

—Como anticipo. Venga mañana al «Monumental», sobre las ocho, y procure vestir decentemente.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—¿Puedo saber por qué me ha elegido a mí?

Miller se volvió a la mujer.

—No le he elegido yo. Pregúntele a Rita.

—¿Y bien?

—Geo necesitaba un hombre —replicó ella, a media voz—. Uno de verdad. Me pareció que no había otro más que tú en San Crispín. Ahora ya no estoy tan segura.

Miller se puso en pie a su lado. Hizo un signo a Blomberg.

—¿Es su esposa?

—Cuerno, no.

Con el brazo derecho, Miller enlazó a Rita por la untura, la atrajo hacia sí, inclinó la cabeza y la besó brutalmente. Cuando la rechazó, la mujer, con la boca entreabierta, jadeaba.

—Eso es sólo para que no me juzgues mal, paloma. Hasta mañana.

Transcurrieron casi cinco minutos desde que Miller salió del palco antes de que Blomberg y Rita hablaran. Fue él quien lo hizo primero.

—No me gusta —gruñó—. Si metemos la pata, tuya será la culpa.

Rita echó nerviosamente la cabeza atrás.

—Conozco a los hombres, Geo. En ese chico hay pasta. Ha sido algo antes de llegar aquí, y volverá a serlo a poco que le empujen. Tiene fuego dentro, ¡vaya si lo tiene! Tú verás…

Blomberg, pensativo, arrojó un anillo de humo al aire.

CAPÍTULO II

A Miller no le sorprendió hallar a Rita esperándole dentro del coche. La había visto en la sala, hacía una hora. Se dio cuenta de que ella le buscaba, pero no puso nada de su parte para facilitar el encuentro. Llevaba cinco días trabajando en el «Monumental», y aunque en cinco días la mujer no hizo una sola vez acto de presencia, su instinto le decía a Miller que lo haría tarde o temprano.

Allí estaba ahora, metida en el coche. Había terminado la sesión y se apagaban los rótulos luminosos de la fachada del cine. La gente desfilaba por la acera.

Miller abrió la portezuela, y se instaló en el asiento.

—Dame un cigarrillo —pidió Rita.

Llevaba un vestido rojo sin mangas, con un largo y estrecho escote, y un broche negro en forma de flor de lis. Miller le dió el cigarrillo y se lo encendió.

—Geo está contento de tu trabajo —añadió ella, aspirando el humo con exagerado deleite—. Dice que los hombres te temen y que las cosas van como una seda.

—Geo sabe que irían como una seda de todos modos.

—¿No te gusta el empleo?

—Es una tapadera, no un empleo.

Rita rió.

—La otra noche me hiciste creer que tú y yo íbamos a empezar esto con buen pie. He estado esperándote. Como la montaña no ha ido a Mahoma, Mahoma viene a la montaña.

Miller guardó un momento de silencio. Luego, su tensión interior pareció relajarse. Sonrió. Apoyó una mano sobre la de la mujer.

—De modo que es así —dijo—. Bueno, me equivoqué. Pensé que

lo de la otra noche eran tus procedimientos comerciales y nada más. No entendí que hubiera otra cosa, y no soy amigo de hacer el tonto detrás de unas faldas.

—¿Orgullo?

—Llámalo orgullo.

Ella arrojó el cigarrillo por la ventanilla, y se inclinó un poco hacia él.

—Demuéstrame que verdaderamente te equivocaste.

Miller se lo demostró. Cuando se deshizo el estrecho cerco de sus brazos, la mujer recostóse en el respaldo del asiento y puso en orden sus cabellos y sus ropas.

—Eres un bruto —dijo con voz ahogada—. Tienes algo de animal, como… como… un tigre… Supongo que es eso lo que te hace ser tan raro y tan… Oh, está bien, búrlate de mí, si quieres, pero he perdido el tino. No puedo remediarlo.

Miller encendió las luces del salpicadero y le volvió el rostro hacia ella asiéndola por el mentón. La miró a los ojos.

—Lo divertido es que eres sincera —comentó.

—¿Por qué no he de serlo?

—Tú sabrás. Hay algo en el fondo de todo este asunto que me hace sentir como un títere bailando por quinientos pavos semanales.

—Eso nada tiene que ver conmigo. Claro que hay algo, pero es cosa de Geo.

—¿Cuándo empezará?

—Esta noche.

—¿Ya?

—Esta noche verás a un hombre en casa de Monky, en Hollow. Debo darte instrucciones.

Miller le oprimió la barbilla que todavía tenía entre sus dedos.

—Así, no es solamente por ir a la montaña por lo que estás aquí.

Ella se desasió con un movimiento brusco.

—Te he dicho que es cosa de Geo. A mí déjame aparte. Atiende, Steve, ¿tú conoces el garito de Monky?

—Estuve una vez.

—Ve allí ahora y di en el bar que buscas a Tony
O’Mara.
Probablemente estará en una mesa. Indícale que te envía Geo y haz lo que te mande.

—¿Qué será?

—Nada, esperar, o algo así. Luego podrás irte a casa.

—¿Qué miga hay en ello?

—Tony no te conoce. De ahora en adelante no será necesario que le dirijas la palabra. Con que entres, te sientas en el bar, pasas allí media hora y te largues, bastará.

—¿Voy a cobrar los quinientos sólo por exhibirme en un garito?

—No seas tonto —dijo Rita. Se volvió, metió la mano en la bolsa de la portezuela y sacó un paquete plano de unos veinte centímetros de anchura por treinta de longitud—. Mira, aquí queda esto —añadió—. Tony lo sabe. Deja abierto el coche, y él lo sacará mientras tú echas un trago.

—¿Qué pasará si me encuentran ese paquete en la frontera?

—Que irás a presidio lo menos por diez años.

—Entiendo.

—¿Te importa?

Miller se encogió de hombros.

—No lo encontrarán.

Rita suspiró y asió la manija de la portezuela.

—Bueno, nada más por hoy. Buena suerte. No —agregó, cuando él la asió del codo— basta ya, por favor. Vete. Geo está esperándome.

—¿Es celoso?

Sin responder, ella se apeó. Habló por la ventanilla.

—Ven a verme mañana, antes de que empieces tu trabajo. Estaré en casa. Calle Hidalgo, número catorce.

Miller se quedó inmóvil, contemplando cómo se alejaba por la acera, airosamente, taconeando. Luego demarró, y sacó el coche del aparcamiento. No se fijó en un hombre que había estado hasta entonces apoyado contra la pared, refugiado en la sombra; tampoco se fijó en que el hombre se metía en un descapotable azul, y se ponía en marcha en pos de él.

—Amigo —dijo el aduanero de servicio, cuando se detuvo en el puesto, a dos kilómetros de la ciudad— menuda noche de calor.

Miller apoyaba muy firmes las manos sobre el volante. El aduanero le conocía. Sabía que no haría más que echar una mirada maquinal y rutinaria por la ventanilla. Sonrió, comentando:

—Tiene usted mala cara. Un poco de fresco le sentará bien.

La presencia de un paquete en la bolsa de la portezuela no podía alterar el formulismo de los días anteriores. No obstante, Miller necesitó un esfuerzo para mantener su sonrisa.

—Dentro de poco empezará a soplar la brisa —contestó el aduanero.

Miller asintió.

—Hasta mañana.

Esperó a que el hombre se apartase, puso el colche en marcha y se alejó sin prisa. Miró por el retrovisor antes de dar gas a fondo. Un descapotable azul se detenía bajo las brillantes luces del puesto.

Había quince kilómetros hasta Hollow: un valle fertilizado por riegos artificiales, cuadriculado por los cultivos de algodón, legumbres y frutales. La carretera lo atravesaba como tirada a cordel. En lo alto, enormes y luminosas, parpadeaban las estrellas.

Miller apretó el acelerador y no disminuyó la presión un momento hasta que sus faros cazaron el rótulo que rezaba «Hollow» y debajo, en letras menores, «California».

Hollow era el centro comercial de los valles de la capital del condado de su mismo nombre. Tenía treinta mil habitantes, un río, un desierto, un poblado hopi, tres grandes hoteles para acoger a los turistas, un aeropuerto y una línea de autobuses que lo unía a través de la frontera con San Crispín, donde cantaban los «mariachis» y se celebraban riñas de gallos y corridas de toros.

Miller atravesó la ciudad en dirección a la zona baja. Se detuvo ante un arco donde unas letras fluorescentes componían las palabras
«Monky's
Bowling». Dejó el coche a un lado y entibó. La bolera estaba instalada al aire libre y tenía ocho pistas, cinco de las cuales se hallaban ocupadas. A la derecha había una construcción de dos pisos, con un bar en la planta baja. Al fondo del bar, una puerta con la indicación; «Prohibida la entrada» daba acceso a una escalera. Junto a la puerta, en un pequeño escritorio, vigilaba un hombre grueso y velludo. Miller sacó su cartera y le mostró una tarjeta donde aparecía impreso
«Monky's»
por un lado, y por el otro había un sello circular. Aquella tarjeta le había costado diez dólares cuando estuvo allí por primera vez.

El hombre asintió en silencio, y oprimió un botón que tenía sobre el escritorio. Miller subió la escalera. En lo alto había otra puerta con la misma indicación que la inferior. La puerta era un gran espejo y se abrió antes de que la alcanzase,

—… noches —masculló el hombre sentado al otro lado.

La puerta volvió a cerrarse. Desde el interior, el vidrio era transparente, lo que permitía una vista completa de la escalera, y estaba revestido de un enrejado metálico.

Siguiendo un pasillo en codo se llegaba a una sala. Una docena de personas conversaba frente a dos pantallas de televisión, a la sazón apagadas. Otras se hallaban en el bar. Algunas contemplaban las negras pizarras, donde figuraba la cotización de apuestas para las carreras de Hollywood Park, Santa Anita y Agua Caliente. Las menos se dedicaban a las máquinas tragaperras alineadas en la pared lateral. En esta pared y en dos más había puertas. Miller sabía que detrás de una de ellas se podía hacer rodar los dados, pero ignoraba, aunque suponía, lo que ocultaban las restantes.

Se encaminó al bar paso a paso.

—¿Tony
O'Mara?
—preguntó.

—En esa mesa.

La mesa estaba en el ángulo opuesto a las pantallas de televisión. La ocupaban dos hombres. Uno, de tez olivácea y cabello ensortijado, era excesivamente obeso y leía una revista ilustrada; otro, rubio, peinado con tupé, tenía la cara sonrosada, llevaba un traje blanco y una corbata roja y fumaba en boquilla. Miller se les aproximó sin vacilar.

—
¿O'Mara?
—repitió.

El gordo alzó una ceja.

—Yo soy.

—Me envía Geo.

El hombre se pasó la lengua por los labios.

—Ah, tú vienes en lugar de Hugues, sí. Bueno, vete al bar y pide lo que quieras. Lárgate dentro de un rato.

—¿Nada más?

—Nada.

Miller regresó lentamente al bar y buscó un taburete libre. El que encontró se hallaba junto a una muchacha. La rozó al pasar y ella desvió la mirada, que tenía fija sin mucho interés en las pizarras, para posarla en su rostro. Miller le dio la espalda, pero, mientras se sentaba, advirtió instintivamente que ella seguía mirándole. Pidió un escocés con soda. Cuando lo tuvo servido, se volvió.

E inmediatamente se preguntó qué haría aquella muchacha allí. Parecía pertenecer a otro mundo. Con costosa sencillez, vestía una blusa color salmón y una falda negra. No era una mujer llamativa. A Miller le atrajo la delicadeza de sus muñecas, la gracia de los rizos de su nuca y la deliciosa línea de su pantorrilla, de su tobillo, de su empeine y de su pie, pero, muy en especial, le impresionó su modo de apoyar el brazo en el bar y dar vueltas a una copa entre los dedos. Estaba sola. Morena, de tez mate y sombríos ojos, sus rasgos tenían una cualidad patricia, superior, de casta, de pura sangre.

Parecía aburrida y ya no le miraba, aunque algo en su actitud revelaba a los ojos expertos de Miller que se hallaba todavía pendiente de él. Creyó adivinar sus pensamientos: «Vulgar, pero interesante, al estilo de estos pintorescos plebeyos».

Miller se afianzó en el taburete, tomó el vaso y bebió.

Fuera, ante la puerta marcada con el rótulo:
«Monky's
Bowling», un hombre se apeaba de un descapotable azul. En tanto que Miller apuraba su escocés, el hombre entró en la bolera, mostró la tarjeta al guardián velludo, subió la escalera y transpuso la puerta-espejo. Al llegar a la sala pestañeó, mirando en torno. Era joven, de torso abultado, con el cabello muy corto. Las curvas huidizas de su boca expresaban debilidad, pero sus pupilas centelleaban malignamente. Echó los hombros atrás cuando vió a Miller. Luego se metió las manos en los bolsillos y se dirigió a él.

Miller no descubrió su proximidad hasta que se dio con el codo en la espalda.

—Tengo que hablarte —dijo el hombre, entre dientes y en tono vagamente amenazador—. Cerdo, te voy a dar una lección que no olvidarás en la vida. Sal de ahí.

Mirando por encima de su hombro hacia la mesa de O'Mara, Miller miró que éste estaba solo en aquel momento, y que observaba al recién llegado con una expresión de cólera rabiosa.

—¿Quién es usted?

El hombre sacó las manos de los bolsillos. Tenía los puños cerrados. Estudiándole con detenimiento, Miller se fijó en sus pequeñas y enfermizas pupilas, de brillo anormal. Drogas.

—No te importa quién soy. Hermosura, te figuras que las atontas con tu cara de Hollywood, ¿eh? Bueno, pues entérate de que aquella mujer es mía y no se la vendo a nadie. He visto cómo os besuqueabais en el coche. Esto lo pagarás. Así te enseñaré… tú y esa perra…

—Basta —dijo secamente Miller.

Saltó del taburete. No quería en modo alguno meterse en un lío, pero comprendía que aquel hombre, hablándole, al parecer, de Rita Drake, no iba a tardar en acometerle.

—¿Basta qué?

Miller pegó primero. Su brazo se elevó en un gancho agilísimo, acompañado de todo el impulso de su cuerpo, y hundió al hombre el puño en la boca del estómago. El hombre se dobló e intentó retroceder. Al hacerlo tropezó con el taburete donde estaba sentada la muchacha y le derribó. La muchacha, braceando, cayó al suelo. Miller tuvo un vislumbre de sedas ocultas, e inmediatamente el canto de la mano del hombre le golpeó en la cara. A ciegas, aferró el vaso donde hasta un momento antes estuvo bebiendo y se lo aplastó en mitad de la frente.

—¡Hugues! —exclamó la voz ronca y restallante de O'Mara.

El gordo se había interpuesto entre los dos, con una mano ostensiblemente metida en la axila. Su abdomen bloqueaba al hombre contra el bar.

Miller vió que la gente se apresuraba a agruparse a su alrededor. Rodeando el corpachón de O'Mara, saltó hacia la muchacha, la tomó de los brazos y la puso en pie.

—Perdóneme —dijo—. Lamento mucho lo que ha pasado.

Ella se había asustado. Miraba al jadeante Hugues y a

O'Mara
con espanto, mientras se sacudía la falda y tiraba hacia abajo de su blusa.

—Lárgate, tú, aprisa —le indicó el gordo a Miller—. Yo arreglaré esto.

Miller, obedeciendo a una llamada instintiva, cogió a la muchacha por el codo.

—Vamos, la sacaré de aquí. Es mejor que no se quede.

La joven se dejó conducir a la puerta. Miller la soltó en la escalera y ella bajó, en silencio, a su lado. En la bolera, junto a la primera pista, contemplando distraídamente a los jugadores, estaba el hombre rubio peinado con tupé. No se volvió a mirarles.

Miller abrió la portezuela de su coche, hizo subir a la muchacha, se sentó al volante y demarró.

CAPÍTULO III

Miller, hundiendo en ella la mano, comprobó que la bolsa donde estuvo el paquete rectangular se hallaba ahora vacía.

—¿Qué ocurrirá? —preguntó la joven, con un acento musical, preciso, de idioma aprendido en la escuela—. ¿Qué le harán a ese hombre?

Se había serenado. Tenía, en cambio, un aire de curiosidad infantil que prestaba nuevo encanto a su rostro. Conduciendo lentamente el coche por la Washington Avenue, Miller se dijo que aquellas preguntas podía hacérselas a sí mismo sin encontrar respuesta.

—Confieso que no lo sé —replicó—. Nada. Está excitado por las drogas, pero se le pasará. Ni siquiera le conozco.

—El parecía conocerle muy bien a usted. Sentía celos.

Miller pensó en lo que Hugues había dicho de Rita Drake, e hizo una mueca.

—Es un estúpido. No se pueden mezclar los negocios con el amor. Olvide lo que oyó, señorita. En el sentido que él le dió, no es cierto.

—Habló de que usted besaba a una mujer en un coche. ¿Era éste el coche?

Miller se sintió a disgusto.

—A veces, es parte de un negocio besar a una mujer.

—Debe usted dedicarse a unos negocios muy agradables.

Miller alzó el pie del acelerador.

—¿A dónde quiere que la lleve?

La muchacha, sonriendo ligeramente, se recostó en el asiento. Abrió un pequeño bolso, sacó un paquete de «Camel» y ofreció un cigarrillo, que él rechazó. Ella tomó uno e hizo funcionar un

encendedor de oro.

—¿Tiene prisa? —preguntó después.

—Ninguna.

—Mire —la joven titubeó—; mi situación es un poco como la de una niña extraviada. He venido a Hollow con mi padre, y él tiene un montón de asuntos que resolver y no volveremos hasta mañana a San Crispín. Me ha dejado el coche, pero lo he averiado sin querer. Está en un taller y tardarán todavía en repararlo. Voy haciendo tiempo de una parte a otra.

—Esa cueva de Monky no es lugar apropiado para hacer tiempo.

—Oh, me gusta. Hay gente interesante. A veces —miró a Miller de reojo— «muy» interesante.

—Es usted una ingenua.

—No existen ingenuas de veintidós años en nuestros días, señor.

—Me llamo Steve Miller.

—Yo, María Morales.

—Mejicana, claro.

—Si.

Miller volvió a dar gas.

—Bueno, la llevaré a San Crispín. Su padre puede volver mañana en el coche, si usted le avisa.

Ella asintió.

—Gracias. Le dejaré recado en el hotel. Acostumbra a parar en el «Universo».

Miller abandonó la Washington Avenue por Sidney Street hasta la gran mole cúbica del «Hotel Universo». Acompañó a la muchacha cuando ella se apeó para dirigirse al escritorio, y luego, en el vestíbulo, la abandonó y se encerró en una de las cabinas telefónicas. Su cara tenía una expresión concentrada, torva, mientras marcaba el número.

—El señor Crabbe —pidió por el aparato. Esperó un par de minutos y añadió—: ¿Es usted, Crabbe? Aquí, Miller. Sí, no se sorprenda. Más tarde se lo contaré todo pero ahora necesito urgentemente de usted. Averígüeme dónde puedo encontrar a un sujeto llamado Hugues. Sólo sé de él que está de algún modo relacionado con
O'Mara.
Tiene aspecto de luchador profesional y es adicto a los drogas,

probablemente a la cocaína.

—Sé quién es Hugues —repuso una voz metálica, al otro extremo del hilo—. Vuelva a llamar dentro de media hora, y entre tanto trataré de conseguir ese informe. ¿Qué hace usted?

—Escoltar a una dama —contestó Miller.

Y colgó.

María le esperaba ante el escritorio.

—Debía usted excusarse ante alguien por su tardanza, ¿no? —preguntó, en tanto regresaban al coche—. ¿Ya se han acostado los niños?

—El pequeño no quiere dormir.

—No me engañe, es usted soltero.

—¿Qué importa eso?

Miller puso el coche en marcha.

—Nada, por supuesto —dijo la joven—. Simple curiosidad. Me pareció raro que tuviera usted conmigo la atención de sacarme de «Monky's»,

así, por las buenas. Me gustaría saber quién es y de qué vive.

Hubo un silencio que duró hasta que salieron de la ciudad. Lo rompió Miller.

—Trabajo como jefe de personal en un cine de San Crispín —explicó secamente—. Muy prosaico.

—¿Qué cine?

—El «Monumental».

—¿Vive allí?

—Vivo en Hollow. Pero olvídese de mí, soy un Don Nadie. Hable de sí misma, si de veras tiene ganas de hablar.

—Sí, necesito hablar.

—¿Por qué?

—Estoy nerviosa. No, bueno, no me interprete mal. He corrido mundo y sé valerme por mis propios medios, pero el caerme allí, sentada, dando el gran espectáculo, me ha hecho perder el aplomo. Usted me comprende, ¿verdad?

—Le aseguro que el espectáculo no fue precisamente desagradable.

Ella rió brevemente.

—Sí, es posible que no lo fuera.

—Siga hablando —dijo Miller.

Condujo a media velocidad, con la mirada fija en la pista, mientras oía la bien modulada y suave voz de la muchacha. Saboreó como un regalo su modo de pronunciar las vocales, su timbre, sus matices. Ella le contó que se había educado en los Estados Unidos, que viajó dos años por Europa, que su padre era agente de seguros y representante general de una gran compañía en la Baja California; que perdió a su madre en la infancia, que le gustaban el teatro y el arte y que se aburría un poco en San Crispín. Miller se dio perfecta cuenta de que, por una razón u otra, sin proponérselo, se había ganado su confianza. Era una muchacha natural, franca, discreta, sana, cultivada. Quizá por ser así no tenía el menor escrúpulo en encontrarse sola en una carretera solitaria, de noche, junto a un hombre al que había conocido pegándose en un garito con un individuo que le acusó de besar a una mujer que le pertenecía.

Cuando el coche se detuvo bajo los focos del puesto aduanero, Miller, por primera vez en largo rato, volvió el rostro y la miró. La joven, echada en el asiento, sonreía. En la sombra de sus ojos se ocultaban chispitas de luz.

—«Okay» —dijo simplemente el inspector de la aduana, por la ventanilla.

Un momento después entraban en San Crispín.

—¿Dónde está su casa, señorita Morales?

—En la Avenida Reforma, el número cincuenta. Y me llamo María.

La Avenida Reforma era el nervio del distrito elegante, en la zona residencial de la ciudad. Miller no se dio prisa en llegar a término. La calzada estaba banqueada de acacias. Grandes casas se alineaban más allá de las aceras. En el número 50 había una verja de hierro forjado, una puerta de estilo español y un parque.

—Aquí es.

Miller silbo.

—A su padre le van bien les negocios, según parece.

La muchacha no mostraba intenciones de apearse. Miller descubrió, con un sentimiento confuso, que le estaba observando tan atentamente como lo hizo en el bar de
«Monky's»
cuando se encontraron. Se preguntó por qué el destino habría arriesgado aquella baza con ellos, dos seres que no tenían nada en

común, que ni siquiera podían comprenderse. Las líneas de su rostro se endurecieron.

—María —dijo.

—¿Qué?

—A usted le gusta jugar con fuego. Si me ha tomado por un caballero, se equivoca. Yo no pertenezco a su clase ni soy la especie de hombre que trata en su ambiente. Tenga cuidado con las amistades hechas en un lugar como el garito de Monky.

Ella enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Me pide que le tenga miedo?

—Le pido que se vaya a casa y me deje en paz.

—¿Se figura ser el primer hombre que se cruza en mi camino? No sea bobo. Sé por dónde ando, Steve. Desde el momento en que le vi, antes que se diera cuenta de que me había interesado, adiviné cómo es usted realmente. Lleva una máscara, pero no para mí. A su lado estoy tan segura como lo estaría de niña en el regazo de mí madre. Y hay más: a su lado se vive, Steve. No puedo explicar en qué consiste esto. Es usted vital, está lleno de naturaleza… Parece que con usted siempre han de pasar cosas… cosas bonitas y excitantes…

—Cállese. —Miller se inclinó por delante de ella para abrir la portezuela de su lado—. Es mejor que se vaya, se lo juro.

La muchacha alzó los hombros.

—Dígame antes una cosa, Steve: ¿qué tiene ella que no tenga yo?

—¿Qué tiene quién?

—Ella, la mujer de su negocio, la que ese hombre le vio besar.

Miller la asió rudamente de los brazos.

—Esa mujer es una perdida. ¿Qué demonio de mundo ha corrido si no lo entiende? ¡Vamos, váyase a casa y tómese una ducha fría que le aclare las ideas!

María descendió del coche.

—Está bien, Steve, no se enfade. Es usted quien no entiende las cosas.

—Adiós.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Nunca.

Miller cerró la portezuela con un golpe seco, embragó e hizo

salir al coche disparado. Pero alzó los ojos al retrovisor cuando estuvo unos metros más allá. María Morales seguía en la acera, mirando en su dirección. La mancha salmón y negra de su vestido fue haciéndose cada vez más pequeña, hasta desaparecer.

—Pica usted alto, amigo —dijo el aduanero, cuando Miller se detuvo de nuevo en la frontera—. Una belleza y su peso en oro. En su caso, yo no hubiera vuelto tan deprisa.

—¿Conoce a la chica?

—Es la hija de Casimiro Morales. Un fortunón. Y menuda noche de calor, ¿no es verdad? Cuando la brisa se retrasa, aquí se muere uno. Bueno, suerte, muchacho.

Miller hizo alto ante el primer bar que encontró abierto a su llegada a Hollow. Entró, pidió una cerveza y se fue al teléfono.

El señor Crabbe contestó en persona a su llamada.

—Hugues tiene un estudio en State Square, con escalera propia, sobre un almacén de granos —dijo—. Posiblemente estará allí. Si no ahora, más tarde.

—Gracias.

—Eh, aguarde, Miller. ¿Qué pasa con él?

—Me ha parecido que se ablandaba. Su amante le ha dado el puntapié y le destrozan los celos. Es el momento de intervenir.

—El momento —repitió Crabbe en tono distraído—. Puede que sí. Esperaré su informe.

—Lo tendrá —articuló obscuramente Miller.

Cortó la comunicación y retrocedió al bar para beberse la cerveza.

CAPÍTULO IV

El agente que hacía su ronda en torno a State Square vió abierto el portillo de la escalera que, en el ángulo del almacén de granos, daba acceso al estudio del piso superior. No lo había visto nunca así, salvo si alguna vez coincidió al pasar con el momento en que el inquilino del estudio salía o entraba. Pero ahora no cabía duda: estaba abierto de par en par, y se veían unos peldaños iluminados por una bombilla amarillenta.

El guardia se detuvo allí, y esperó. No apareció nadie. Luego se aproximó a la angosta entrada. Junto al marco de la puerta, una placa rezaba «Jefferson H. Hugues», y en letras negras «Música». De acuerdo con esta última palabra, una cascada de notas descendía por la escalera, como si arriba una radio o una gramola estuvieran funcionando a alto volumen.

El guardia sacudió la cabeza y subió. Al hacerlo observó que alguien había bajado aquellos peldaños con los zapatos sucios, húmedos, imprimiendo en las losas el rayado transversal de unas suelas de crepé. Las huellas eran muy recientes: todavía se podían emborronar si se las restregaba con el pie.

En la meseta de la escalera, un arco daba paso a una habitación larga en la que había un piano, un diván-cama, un ropero, una biblioteca, una mesa, dos sillones y cuatro sillas, y un aparato de televisión, que era donde sonaba la música. No obstante, el guardia no vió ninguno de los muebles. Sólo se fijó en un hombre moreno, de rostro enjuto, vestido con un traje de color verde oliva, que, arrodillado junto a una forma humana tendida en el suelo, estaba haciendo algo en la espalda.

Mecánicamente, el guardia levantó con el pulgar la solapa de su pistolera y con los demás dedos extrajo el revólver. Fue el

chasquido del arma al montarse lo que hizo que el hombre enderezase la cabeza.

—¡Quieto ahí! —conminó el agente.

El hombre apartó rápidamente las manos del caído, empezó a alzar los brazos y se puso en pie. Casi al instante dominó su sorpresa.

—Está muerto —dijo—. Es Hugues.

El guardia avanzó, pero no hacia Hugues sino hacia él. Le obligó a dar vuelta. Por la espalda, apoyándole la boca del cañón en los riñones, le registró diestramente. Emitió un gruñido al encontrar un revólver metido en una funda axilar.

—Tengo licencia —anunció el hombre—. Ex combatiente.

El agente le extrajo la cartera, y con ella y el arma se retiró unos pasos, hasta la mesa.

—Siéntese en ese sillón —ordenó—. Como haga el menor movimiento, le dejo seco de un balazo.

En cuanto el hombre se hubo sentado, y sin dejar de observarle, el guardia abrió la cartera y echó una rápida mirada a su contenido.

—¿Steve Miller?

—Sí.

—O. K.

Se aproximó al cadáver, pero no lo tocó. Siguió adelante, hacia el aparato de TV, y lo desconectó. Se hizo un extraño silencio. A continuación, el guardia levantó el teléfono que había junto al diván-cama, y para marcar el número utilizó el meñique de la mano con que sostenía el revólver.

—Oiga, no se equivoque —advirtió Miller—. Si no empezamos las cosas bien, se va a armar un lío del infierno. Acabo de entrar aquí. Lo he encontrado todo como usted ve: Hugues en el suelo y…

—Trent, número treinta y dos —se presentó el guardia por el aparato, sin atenderle—. Llamo desde el once de State Square, puerta lateral. Un asesinato. Jefferson Hugues, la víctima, está sangrando aun. Lleva un cuchillo en la espalda: he cazado a un hombre que lo tenía cogido por el mango cuando he entrado yo. Se llama Steve Miller. Sí, esperaré.

Colgó. Hubo una pausa.

—Yo no tenía el cuchillo cogido por el mango —declaró Miller —. Simplemente, inspeccionaba la herida.

—Todo eso no me interesa. Quédese ahí sentado y cierre el pico.

—¿Puedo fumar?

—Sí.

Miller fumó. Terminaba el cigarrillo cuando sonaron pesados pasos en la escalera, y tres hombres irrumpieron en la habitación. Los tres vestían de paisano. Uno era un mestizo y llevaba el sombrero calado, vertical; el otro era alto, pesado, patoso, cargado de espaldas, y tenía una fea cicatriz que le bajaba por la mejilla derecha desde el pómulo a la mandíbula. El tercero era el más interesante. Miller pensó que también, aunque remota, debía correr sangre india por sus venas. De mediana estatura, nervudo, tenso, tenía una cara dura y desagradable, donde los ojos ardían en el centro de dos círculos violáceos. Aquellos ojos lo escrutaron todo con hostilidad. Al posarlos en Miller, el hombre sonrió. A Miller no le gustó su sonrisa.

—Su informe, Trent —dijo el hombre, con voz ligeramente atiplada.

Mientras el guardia ampliaba lo que había comunicado por teléfono, los otros, sin moverlo, se dedicaron al cadáver. En torno a éste se había formado una mancha de sangre de buen tamaño. Luego, el hombre se dirigió a la mesa, donde estaban el revólver y la cartera de Miller, y estudió atentamente toda la documentación que encontró. Sus dos compañeros terminaron la tarea antes que él.

—Jefe —dijo el más alto—: ha recibido dos puñaladas en un espacio de tres centímetros. Probablemente ofreció resistencia. El cuchillo es mejicano, del tipo que fabrican los artesanos indios. La hoja parece que ha encajado entre las costillas y no se puede retirar; por eso habrá sido abandonada el arma sobre el cadáver.

Sin dar la menor señal de haberle oído, el jefe cruzó la habitación de extremo a extremo, abrió una puerta que había a la izquierda del piano y asomó la cabeza. Regresó lentamente.

—Trent, vaya a continuar su ronda —articuló al fin—. Tú, Lucca, quédate aquí y pon un poco de música. Ponla fuerte. Avísame cuando lleguen el médico, Rilke y los fotógrafos. Joe —agregó, para el mestizo— lleva al amigo Miller a ese cuarto. Coge una silla.

El mestizo cogió la silla e hizo un calmoso ademán.

—Andando.

Miller abandonó el sillón y se encaminó de mala gana a la puerta por donde el jefe se había asomado. El cuarto de más allá era una especie de alacena grande: sin ventanas, con dos maletas a un extremo y un montón de periódicos polvorientos. Joe apartó los periódicos con el pie, e instaló la silla contra las maletas.

—Siéntate.

Al tiempo que Miller obedecía, el jefe apareció con otra silla, cerró la puerta y se acomodó a horcajadas, apoyando los antebrazos en el respaldo. Lucca, en el estudio, había vuelto a conectar el aparato de televisión y se oía un desgarrado sólo
«be-bop».

Miller miró fríamente a los dos hombres.

—Antes de que empiece esta farsa —dijo— déjenme anunciarles una cosa: es inútil. De lo que ha pasado ahí al lado saben ustedes más que yo. Conocen a Hugues, por ejemplo: ninguno se ha ocupado de averiguar quién era ni qué hacía. Le han visto muerto, y adelante. Yo he venido por pura casualidad. Sé que Hugues era músico porque he leído la placa de su puerta; de lo contrario, le creería un luchador profesional o un matón a sueldo. Nada más. Por lo que respecta al asesinato, no hay una sola evidencia contra mí.

—¿Quién es usted? —preguntó el jefe suavemente.

—Me llamo Miller.

—Eso ya lo sé. ¿En qué trabaja?

—Soy el encargado del personal en un cine. El «Monumental», de San Crispín.

El policía se pellizcó el lóbulo de la oreja.

—El «Monumental» —repitió—. Bueno, ¿dónde vive?

—En el «Hotel Dos Naciones».

—Vive en Hollow.

—Sí.

—Le gusta más que San Crispín, claro.

—Sí.

El jefe mostró sus agudos dientes en una sonrisa.

—Y pasaba casualmente ante esta casa: y casualmente vió la puerta abierta, y casualmente subió y casualmente encontró a Hugues muerto.

—Sí.

La sonrisa se esfumó.

—Yo no le haré preguntas, Miller. No es mi método. No me gusta gastar saliva. Esperaré a que cante por iniciativa propia. Tengo paciencia. Porque usted cantará, esté seguro.

Miller vió que el mestizo se sacaba del bolsillo trasero de los pantalones una cachiporra, y apretó los dientes.

—Hace demasiado calor —dijo, desafiante—. El ejercicio les sentará mal.

—Peor le sentará a usted —replicó el policía.

Joe avanzó y se puso al trabajo. Su primer golpe, alcanzando a Miller en el cuello, le hizo saltar de dolor y de cólera. Disparó un puntapié al vientre del mestizo, se levantó y, cubriéndose la cara con los puños, cerró contra él. Le sirvió de poco, Joe le esquivó ágilmente. Su cachiporra subió y bajó con precisión matemática. Miller se sintió repentinamente abrumado, como si tratara de enfrentarse a una máquina. Tuvo un segundo de desfallecimiento, y aquello le perdió. El mestizo se ensañó con él. Conocía su oficio. Podía pegar con daño y sin consecuencias graves, en los puntos neurálgicos, nunca demasiado flojo ni demasiado fuerte.

Miller, sin saber cómo, se encontró de nuevo sentado en la silla y viendo girar las cuatro paredes de la pequeña habitación en un torbellino de sangre. El dolor le había paralizado.

Los golpes se interrumpieron.

—Ésta es la primera fase —oyó decir al policía.

—A Joe le ha costado diez años de práctica. Luego viene lo bueno.

Miller se esforzó por responder:

—Siga. Necesito más.

El jefe se encogió de hombros.

—Dale más, Joe.

Joe no se lo hizo repetir. Era capaz de muchas cosas con una cachiporra en la mano, desde golpear hasta abrir heridas, restregarlas, profundizarlas, inflamarlas, o bien torturar los núcleos nerviosos, agarrotar los músculos e inutilizar las articulaciones.

Miller resistió. Ignoraba el tiempo que llevaba resistiendo, todavía consciente, todavía apto para diferenciar el último matiz de dolor, cuando alguien llamó a la puerta con el puño.

—Para —dijo el policía.

El mismo abrió. El costurón de la cara de Lucca surgió en los dos

palmos de abertura que mantuvo apuntalando la hoja con la rodilla y el pie. En el mismo instante, el estruendo de la TV se apagó.

—Están aquí, jefe: el médico, los fotógrafos, Rilke y el fiscal. El fiscal quiere hablarle.

El jefe masculló una blasfemia.

—¿Quién le da a él vela en este entierro?

—No sé, ha venido. Será mejor que salga.

Miller hubiera querido, aprovechando el momento en que los dos hombres estaban vueltos hacia la puerta, saltar sobre ellos y devolverles los golpes. Lo intentó, pero no pudo. Se hallaba tan preso a la silla como si estuviera amarrado a ella con cuerdas.

—Abra, Fulham —ordenó una voz metálica, imperiosa.

El jefe soltó la puerta y un hombre alto, de cabellos y ojos grises, entró en el cuarto. Contrajo un poco la boca al ver a Miller, pero éste fue su único signo de emoción.



—¿Quién mató a Hugues? — preguntó Miller inopinadamente

—El agente Trent le encontró prácticamente hundiendo el cuchillo a Hugues —explicó el jefe, con una nota mordaz en su tono atiplado—. En todo esto se oculta alguna cochina historia, Crabbe, y me he propuesto ponerla en claro. No necesito una confesión de asesinato: quiero el motivo.

El fiscal se situó junto a Miller y cogiéndole de los cabellos, le

alzó la cabeza. Miller le miró a la cara, habló sin que le invitasen:

—Hugues estaba muerto. Si esa gente no las ha borrado, las huellas de su asesino se distinguían claramente en la escalera. Usaba zapatos de crepé y pisó sangre antes de escapar. Vea lo que puede conseguir.

—¿Cómo se llama usted?

—Miller. Pasaba por State Square en mi coche, despacio, cuando me pareció ver salir furtivamente a un hombre de esta casa. Hice alto por curiosidad. Subí y encontré el cadáver.

—¿Ésa es la historia a que se refería usted, Fulham? Este hombre no miente, ¿se da cuenta? Diga, Miller, ¿cómo era el que salió?

—Advertí solamente que vestía de blanco.

El fiscal retrocedió a la habitación contigua, y sacudiendo la mano llamó a uno de los hombres del grupo que acababa de llegar.

—Brown, conduzca a este muchacho a mí coche y quédese con él hasta que yo baje. Devuélvale sus cosas.

—Crabbe, atienda… —empezó el jefe.

—¡Cállese! —le interrumpió el fiscal—. Cuanto menos se hable de este incidente, mejor. No consentiré que aplique usted sus métodos en mi presencia, Fulham. Ocúpese de los hechos, no de los hombres. Si esa pista de los zapatos de crepé se ha perdido, lo lamentará.

Fulham se puso rígido.

—Mida sus palabras, haga el favor. No tiene ningún derecho a sermonearme. Soy el jefe de policía de esta ciudad, y llevo mis investigaciones como a mí me parece.

Miller ya no oyó más. Brown, rodeándole la cintura con un brazo, le había levantado de la silla y, sosteniéndole a través de la habitación donde trabajaban los dactilóscopos, y los fotógrafos y los detectives, le conducía a la escalera. Una vez abajo, le metió en un «Packard» gris, estacionado, con tres coches más, al borde de la acera. Miller se dejó caer en el asiento. Al principio sólo se ocupó de respirar. Luego le acometieron nauseas. Abrió la portezuela y se puso a vomitar angustiosamente.

Brown acudió a su lado.

—Ahí detrás hay un bar abierto. Espere, le traeré algo de beber.

Cuando el fiscal compareció. Miller, sentado y con las piernas extendidas, fumaba un cigarrillo. Su mirada había cobrado

vivacidad, pero tenía la cara tumefacta y llena de sangre. El fiscal le estudio en silencio. Luego dijo:

—Está bien, Brown, vuelva arriba. Siga de cerca las pesquisas de Fulham y entrégueme un informe mañana por la mañana. Yo cuidaré de que se atienda a este hombre.

—¿Nada más?

Crabbe sacudió la cabeza negativamente, y se sentó al volante del coche. Antes de que su subordinado regresara a la escalera, demarró. El «Packard» dio lentamente la vuelta a State Square.

—Siento lo ocurrido, Miller —articuló el fiscal—. Vine tan pronto como me enteré de lo que pasaba.

—No tiene importancia —dijo Miller, a media voz—. Ese Fulham es un sapo venenoso, pero algún día me las pagará.

—Le conviene un escarmiento. ¡Dios, si pudiéramos deshacernos de él!… No hay modo, eso es lo malo. Tiene buenas agarraderas. Salió elegido en el último pasteleo electoral, y no caerá hasta que caiga su padrino. Su padrino es Frankie Parata, por supuesto. Frankie le va untando para que haga la vista gorda ante su cadena de garitos, y a vivir. —El fiscal embocó la Washington Avenue, en dirección a las afueras de la ciudad—. Bueno, cuénteme su historia, Miller. En cuanto acabe, le llevaré a un hospital para que le curen. No me gustó eso de que me pidiera la dirección de Hugues y se le encontrara muerto al cabo de un rato.

—Tampoco me gustó a mí. —Miller suspiró—. Pero empecemos por el principio. De acuerdo con nuestros planes, me instalé en San Crispín y anduve bebiendo «*whisky*» mejicano por todas partes. No se equivocó usted al suponer que esa gente picaría. Picó. Buscó el contacto con una pájara que pasa por la amiga oficial de George Blomberg, el empresario del «Monumental Palace». Me hizo hablar con él. Blomberg me empleó en su cine como jefe de personal, a condición de que viviera en Hollow y cruzase cada día la frontera. No ocultó que eso iba a ser la tapadera de un contrabando.

El fiscal asintió:

—Blomberg estaba sirviéndose de Jefferson Hugues para el tráfico —dijo—. Hugues, como usted, vivía aquí y tocaba el piano en el «Club Mezcal» todas las noches. En cuanto usted empezó a pasear por San Crispín, yo hice que a Hugues se le molestara sistemáticamente cada vez que cruzase la divisoria. Así, Blomberg

tuvo que buscarse otro recadero.

—Pues resultó. Esta noche he cumplido mi primer servicio. He traído un paquete, he ido a la bolera de Monky y me he presentado a un caballero llamado O'Mara. Mientras esperaba a que O'Mara sacase el paquete del coche, ha asomado por allí Hugues, quien, al parecer, venía siguiéndome desde San Crispín. Estaba furioso y loco por la cocaína que llevaba dentro. De lo poco que ha dicho he deducido que la pájara de Blomberg le había favorecido con sus caricias, y dejaba de hacerlo desde que yo ocupaba su lugar. Ha intentado pegarme. O'Mara le ha contenido y me ha despachado. Cuando he reflexionado acerca de la actitud de Hugues, he pensado que, si se le mostraban claras las cosas, probablemente se rajaría. Le habían dado la patada, y no debía agradecimiento a nadie. Por eso le he pedido su dirección. Ya sé que el convenio era que usted no tendría noticias mías salvo en caso de máxima necesidad, pero no se me ha ocurrido otra fuente de informes. De todos modos, ya ha visto el resultado. Alguien le ha cerrado a Hugues la boca.

—Lo cual —murmuró el fiscal— significa que tenía algo que decir. Puede que usted lo tenga también, si espera unos días más.

—Ahora es difícil.

—¿Por qué?

—Por la mala suerte de que, la policía me haya encontrado en el estudio de Hugues. En cuanto Blomberg sepa que he tenido aquí un lío, prescindirá de mí. No querrá correr el riesgo de que un sospechoso le pase sus paquetes por la frontera, expuesto a ser registrado en cualquier instante.

El fiscal salió de la ciudad por la carretera del desierto, apartó el coche a un lado y lo detuvo.

—Eso es cierto —reconoció, volviéndose de cara a Miller—. No obstante, procuraré que su intervención en el asunto no se haga pública. En este sentido, es una suerte que Fulham se haya propasado. Le presentaré el caso de modo que no tenga otro remedio que callar la parte que a usted le ha correspondido, so pena

de tramar un escándalo en tono a cómo ha tratado de interrogarle.

—¿Callará?

—El único riesgo es que Frankie Parata se entere y, a través de él,
O’Mara
y, por último, Blomberg; pero, si la cosa no pasa a la Aduana, y por lo que respecta a Parata no pasará, usted no será molestado.

Un coche se aproximaba en dirección contraria, barriendo con sus faros la pista. Miller y el fiscal se hundieron en el asiento.

—¿Comprobó si el paquete que me ha traído contenía heroína? —preguntó Crabbe, después.

—No me atreví a tocarlo.

El fiscal, pensativo, se rasco la cabeza.

—
O’Mara
es uno de los lugartenientes de Frankie Parata —dijo—. Según deduje en cuanto me puse a investigar el tráfico de estupefacientes que empezaba a cultivarse en mi distrito. Parara es el distribuidor de la droga a este lado de la frontera. No se han conformado con el «rackett» de las apuestas ilícitas, y aspira a más. Muy bien, domina la política del condado de Hollow, controla la policía a través de Fulham y está respaldado por su dinero, pero le hundiré. Cortaré su fuente de suministros. En esto, él no juega más que un papel secundario. Quien verdaderamente importa es la persona que cultiva y cosecha el opio en alguna parte del territorio mejicano, el personaje que lo entrega regularmente a Blomberg para que éste lo envíe a nuestro país. Cuando le contraté a usted para este trabajo, le hice ver que de nada serviría cazar al mensajero de Blomberg en uno cualquiera de sus viajes, ni siquiera desenmascarar a Parata ante la policía federal: la fuente del contrabando seguiría existiendo, y la heroína encontraría otro camino para entrar en la Unión. Lo único que quiero, Miller, es que descubra usted a esa persona. Entonces, daremos el gran golpe.

—Le dije a usted una vez —recordó Miller— que no comprendía por qué, en lugar de confiar un asunto de esta trascendencia a un detective privado como yo, no ponía sus datos en manos del
F. B. I.
Me contó que el

levantaría demasiada polvareda y lo echaría todo a perder, y eso no es cierto. El F. B. I puede hacer, si conviene, un trabajo fino, y hacerlo con más medios que yo. Gratis, por añadidura.

—¿Va a echarse atrás?

—No quise decir eso.

Una sonrisa humanizó la cara severa del fiscal.

—Mire, Miller, en esto intervienen cuestiones muy complejas. La política local de Hollow es una: se aproximan las elecciones, y sé que, si no consolido mi prestigio con una buena maniobra, el equipo de Parata me desbancará y convertirá Hollow en un estercolero. Otra cuestión es personal entre Parata y yo: me hizo en cierta ocasión una puerca jugada, y la pagará. Si usted consigue desarticular el tráfico de heroína desde su misma base, los dos objetivos se habrán cumplido.

—Todo eso sigue pareciéndome irregular.

—Lo es —asintió Crabbe—; pero ¿le importa que lo sea?

Miller no respondió. El fiscal puso el coche en marcha, le dio vuelta y lo lanzó en dirección a la ciudad.

—Vamos al hospital —dijo—. Es tarde.

CAPÍTULO V

La calle Hidalgo limitaba por el oeste la zona de San Crispín más recientemente urbanizada. El número catorce era una casa de departamentos al estilo mejicano, blanca, con tejado rojo, tres pisos y un minúsculo jardín rectangular. Los nombres de los inquilinos estaban inscritos tras una placa de cristal junto a la puerta. Miller encontró el de Rita Drake, y pulsó el botón correspondiente. Luego sonó el zumbador del cerrojo automático, y la puerta se abrió.

Rita le esperaba arriba, en el umbral del departamento número seis. La luz que le llegaba por la espalda dibujaba nítidamente su silueta dentro del peinador con que se envolvía. Miller pensó que se había vestido a propósito, y sonrió.

—¿Dónde ha dejado el coche? —preguntó ella, a modo de saludo.

—He venido a pie.

La pregunta daba, a la visita un cierto aire de clandestinidad. Miller entró y miró en torno. El departamento se componía, al parecer, de un «*living*» minúsculo, un dormitorio, un cuarto de baño y una cocina. Estaba decorado con un mal gusto impersonal y con pretensiones de plató cinematográfico. Las persianas filtraban la débil claridad del crepúsculo, y había dos lámparas bajas encendidas. Sonaba, muy quedo, un radio invisible. Un mueble-bar, abierto, mostraba botellas y copas. En un cenicero humeaba un cigarrillo.

—Estabas muy segura de que vendría —dijo Miller.

Ella extendía la mano para tomar su sombrero. Al hacerlo le vio por primera vez la cara a plena luz.

—¡Steve! —exclamó ahogadamente—. Steve, ¿qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso?

—Anoche me senté en una mesa de póker —dijo él, mirándola de pies a cabeza. El peinador era de nylon verde manzana—. Dos de los puntos eran tramposos. No me gustan los tramposos, de modo que nos liamos a golpes, Fue una buena pelea.

—¿Dónde ocurrió? ¿Cómo se llamaban?

—Ocurrió en una habitación del «Dos Naciones», la inmediata a la mía. Uno se llamaba Grant y el otro Powers. Éste era el que pegaba más duro. Estaban de paso. No eran gente de Parala, si es eso lo que quieres saber.

Rita se hizo un poco atrás.

—¿Quién ha hablado de Parata?

—Nadie —dijo Miller, distraídamente.

Dio el sombrero a la mujer y se adentró hasta el diván flanqueado por las dos lámparas, junto al mueble-bar. La radio funcionaba en un compartimiento de éste. En el suelo, plegado, había un periódico. Se veía el nombre, «Hollow County Herald», y los titulares de primera página. Uno, a tres columnas, anunciaba que un caza a chorro había sido derribado sobre Alemania por aparatos comunistas; otro, a cuatro, que Jefferson H. Hugues murió asesinado en su estudio de State Square.

Miller cogió el periódico y lo desplegó. La información era más escueta de lo que el título hacía suponer y no aportaba nada nuevo a lo que ya sabía. Rita se le aproximó, separando con sus esbeltas piernas, al andar, los faldones del peinador. Miller no alzó los ojos.

—Supongo que Hugues empezaría como yo, y que yo terminaré como él —dijo lentamente—. Estaba celoso. Era un alma cándida. Probablemente le recibiste aquí muchas veces con esa ropa, en secreto, como si Blomberg fuera de verdad una amenaza, y se le calentaron los cascos. Cuando dejó de ser útil y le enviasteis a paseo, no se resignó. Ayer quiso pedirme cuentas.
O’Mara
se cuidó de él, como se cuidará de mí cuando llegue el caso.

Rita se sentó bruscamente.

—Estás loco.

—Puede que sí, pero no ciego. Hugues era quien llevaba los paquetes de heroína a Hollow, hasta que los aduaneros empezaron a molestarle. Tú le tenías atado muy corto con tus zalamerías y él se sentía feliz, dueño del mundo, con buenos billetes en el bolsillo y

una mujer de bandera suspirando por sus huesos. Cuando se desengaña, un hombre así se convierte en un peligro. Se le suelta la lengua. A no ser que muera, claro está.

—Steve —murmuró Rita, con voz apagada.

—¿Qué?

—Steve, por última vez, todo eso es cosa de George. Lo nuestro queda aparte. Quiero que seas para mí lo que ningún otro hombre ha sido jamás. Te amo, te…

—¿Qué cara ponía Hugues cuando le decías eso?

A Rita le temblaron los labios.

—¡Steve!

Miller le volvió la espalda, extendió el brazo e hizo girar el dial de la radio hasta encontrar una emisión de música ligera y estridente.

—He tenido tiempo de reflexionar toda la mañana —dijo, acomodándose en el diván y aflojándose descuidadamente el nudo de la corbata—. Veo muy claro el asunto: contrabando en gran escala, a cargo de dos bandas una que opera en Méjico y otra en la Unión. La de allá cuida de distribuir el producto a través de la organización de Frankie Parata; la de aquí lo produce y lo envía por medio de Blomberg, de ti y del primo de turno. La heroína es una droga muy concentrada, con una pureza casi del noventa y nueve por ciento. Fabuloso. Debe haber en esto un especialista del refinado. El opio bruto se cultivará en alguna hacienda libre de miradas curiosas y, para asegurar el consumo, requerirá un clima uniforme que dé varias cosechas anuales. El tinglado significa un montón de dinero. Sólo el paquete que yo pasé anoche valdría alrededor de treinta mil dólares.

Rita se inclinó hacia él.

—¿Cómo sabes todo eso?

—El más tonto lo hubiera visto, y yo no soy amigo de andar a ciegas.

—Steve, mírame.

Miller la rechazó con el antebrazo.

—Quita allá, no he venido a perder el tiempo. Quiero hablar de negocios.

—Te adoro, Steve.

—Gracias, pero hablaremos de negocios sea como sea. Me he

metido en esto hasta el cuello solo porque adiviné hasta dónde podía llegar. Ahora lo sé con certeza. Paloma mía, cuando alguien me enseña un billete me entran ganas de cogerlo y coger todos los que tiene detrás. Estoy empezando a cerrar la mano.

Rita se enderezó y cruzó las piernas sin preocuparse del capricho de los faldones del peinador. Miraba a Miller sin expresión. La luz, sobre ella, jugaba con las transparencias del nylon.

—¿A qué te refieres?

Miller sacó y encendió calmosamente un cigarrillo.

—¿Quién es el jefe en este fandango? Hay demasiado dinero en juego para que sea Blomberg. Tú y él no figuráis más que como comparsas.

Rita entrecerró los ojos.

—Steve, no sigas por ahí. Es peligroso.

—Para otros quizá lo sea. Basta de hacer el tonto. Rita. Si vosotros os conformáis con las migajas, yo no. ¡Quinientos pavos semanales! ¿Cuántos paquetes se envían cada semana? ¿Dos? ¿Tres? Te he dicho que el de ayer valía treinta mil: entre Blomberg, tú y yo, diez mil cada uno. Por una hora escasa de trabajo.

—¡Calla! ¡No sabes lo que dices!

—¿Que no lo sé? Te estoy proponiendo un cambio de dirección en el negocio. Necesita un poco de sangre nueva. —Miller rió—. Una sangría. No estaría mal una sangría, ¿verdad?

Rita contuvo el aliento.

—La sangre sería la nuestra.

—Muñeca, tú no me conoces. Cuida de atraer al jefe, dime quién es y yo me ocuparé de lo demás. Es sencillo. Eres una mujer inteligente y tienes una figura particularmente seductora. Úsala.

Rita se puso en pie ciñéndose maquinalmente el peinador. Fue al mueble-bar, sacó tres botellas, abrió una coctelera y dentro de ella arrojó un chorro del contenido de cada una de las tres. Después se trasladó a la cocina y regresó con un recipiente lleno de hielo. Su cara era una máscara impasible. Miller la dejó hacer en absoluto silencio, sabiendo que trataba de ganar tiempo y de reflexionar. Finalmente, ella sacudió la coctelera y sirvió dos copas de un líquido dorado y transparente. Entonces se sentó, rígida, con las piernas muy juntas, como una colegiala.

—No creas que esas ideas no se me han ocurrido también a mí

—dijo—. Pero es imposible. El jefe está demasiado lejos, demasiado por encima de nosotros. Él lo es todo; sin él, nos hundiremos.

—Bueno, ¿quién es? —preguntó Miller.

—No lo sé. —Rita titubeó—. No lo sé con exactitud. No lo he visto nunca.

—¿Cómo llegan los paquetes a tu poder?

—Me los da George.

—¿Y a poder de él?

—En el «Monumental» hay un palco, el número trece, que está siempre cerrado. George tiene una llave, y el jefe otra. El jefe viene, entra en el cine y deja el paquete en el palco. George lo recoge al terminar la sesión.

—¿A fecha fija?

—Tres o cuatro veces por semana, en días variables.

—Luego, Blomberg le conoce.

—No lo juraría. De todos modos, no se puede contar con George para esto. Nada le inducirá a traicionar al patrón. Además, no creo que la cadena se detenga en él: probablemente hay otros entre el jefe y el hombre que deja el paquete en el palco.

—Tú no crees eso, tu primer impulso ha sido decir lo contrario. Si Blomberg es un servidor seguro, el jefe sabrá que cuantos menos intermediarios utilice, tanto mejor.

Miller tomó su copa y se la llevó a los labios. La combinación tenía un sabor fresco, seco, agradable.

—¿Quién mató a Hugues? —preguntó inopinadamente.

Rita se sobresaltó.

—No sé una palabra de eso, Steve, te lo juro. Lo que he leído en los periódicos y lo que ha dicho la radio, nada más.

—¿Qué había averiguado? ¿Conocía al jefe?

—Tampoco lo sé.

—A Hugues le han matado para que guardara silencio.

—Pero…

—Cuando fui a «Monky's» O'Mara estaba en compañía de un hombre sonrosado, rubio, que vestía de blanco y fumaba en boquilla. ¿Quién es?

—Boby Grahame, su guardaespaldas, supongo.

—¿Emplea el cuchillo?

Rita hizo un gesto de impaciencia.

—O'Mara no ha matado a Hugues. Steve. No es su método. Un paseo y un tiro en la nuca al salir de la ciudad, eso sí; pero no lo que ha ocurrido.

—A ti no te interesa que se inculpe a O'Mara, ¿verdad? ¿Por qué?

Ella abandonó su actitud distante y volvió a sentarse en el diván, a su lado, cálida y expresiva.

—A mí no me interesa nada, salvo tú, ¿no quieres comprenderlo?

—¿Y Blomberg?

—Le odio, le desprecio, me asquea, me…

—¿Estarías dispuesta a unirte a mí para hundirles a él y al jefe?

La respuesta fue un susurro:

—Sí.

—¿Aunque tuviera que cargarme a los dos?

—Sí.

Miller la aferró de los hombros.

—Bueno, esto es todo lo que a negocio se refiere. Ahora…

Rita cerró los ojos y sonrió.

CAPÍTULO VI

A Blomberg se le veía poco en el «Monumental», quizá porque era cierto que le daba dolor de estómago tratar con sus empleados. Aquella noche, mientras en sesión de estreno —una película donde Vera Ellen se cansaba de bailar y de ser cortejada por galanes vestidos de etiqueta—. Miller se sorprendió de que cruzara tres veces el patio de butacas, como buscando a alguien. Tardó algún tiempo en pensar que a quien buscaba podía ser él, pero aun así no se movió de su puesto hasta que la proyección terminó, finalizando el espectáculo.

Blomberg estaba en la puerta de su oficina hablando con un mejicano ventrudo, grasiento y sonriente.

—Eh, Miller —llamó, al verle pasar—. Aguarde, tengo que decirle algo.

Despidió al hombre, en castellano, dirigiéndose a él con el nombre de señor Lezama. El señor Lezama se retiró, y Blomberg hizo un signo a Miller invitándole a entrar en su despacho.

—¿Y bien?

—Siéntese. —La luz barriendo de lado la cara de Blomberg, ponía una sombrita en cada uno de sus hoyos de viruela—. Me han contado lo que le pasó en
«Monky's».

—No fue nada.

—No, pero Hugues ha muerto asesinado.

—Usted sabrá por qué.

—¿Yo?

—¿Ah, no? Hugues se hallaba en un estado de ánimo tal que hubiera soltado cualquier clase de discurso si sabía que con un discurso podía enviarles a ustedes al infierno.

—Bueno, el caso es que no lo soltó. Nadie le ha pedido a usted que siente hipótesis.

—¿Es eso lo que quería decirme?

—No. Quería decirle que, de ahora en adelante, no vuelva a poner los pies en
«Monky's».
Es una medida de prudencia elemental. Cuando haga su próximo viaje, vaya al «Greenspot». Tony
O'Mara
estará allí.

—¿Cuándo será ese próximo viaje?

—Lo sabrá en su día… Eh, oiga, ¿qué tiene en la mejilla? ¿Un golpe?

Miller expuso el rostro a la luz.

—Muchos golpes. Me lié a tortas con dos fulleros en una habitación del «Hotel Dos Naciones».

Blomberg había fruncido el entrecejo.

—Lleve cuidado, Miller. Si da un paso en falso, si por cualquier tontería se pone en evidencia, dejará inmediatamente de serme útil. No quiero que, bajo ninguna circunstancia, se repita ese incidente.

—No se preocupe. Si de mí depende, no se repetirá.

—Okay.

—¿Eso es todo?

Blomberg le miraba con obstinada fijeza.

—¿Está satisfecho de su trabajo? —preguntó.

—Podría pagarse mejor. En el paquete que pasé anoche había lo menos treinta mil dólares de heroína. Era más peligroso que la bomba H.

—¿Cómo sabe lo que había?

—Suponga que lo abrí.

Blomberg se acodó sobre la mesa, y apoyó la barbilla en el hueco de las manos.

—Estoy de acuerdo con usted en que ese trabajo podría pagarse mejor. Hasta mil dólares semanales, por ejemplo. Pero habría de ser con una condición fundamental: curiosidad aparte. La curiosidad no conduce a nada, Miller. Es decir, sí, conduce al cementerio.

—¿Lo dice por Hugues?

—Lo digo porque tiene usted cualidades mucho mejores que

Hugues, y sería una lástima desperdiciarlas.

—No me gusta andar a ciegas.

—No anda a ciegas. Con lo que ha visto es suficiente. Y le ruego que tome esto como una advertencia por lo que se refiere a nuestras relaciones futuras. No le pido más que tacto y discreción. A cambio, mil dólares semanales y posibilidades de llegar muy lejos.

—Aceptado —dijo Miller, sin vacilar.

Blomberg abrió un cajón de la mesa, sacó una caja metálica y contó de su interior nueve billetes de cien dólares.

—Esto suma mil con lo que le entregué el otro día. Le ha tocado la lotería, Miller, no sé si se da cuenta. No sea tonto y siga jugando al mismo número. Son muchos los que envidiarían su posición.

Miller se guardó el dinero.

—Ya sé por qué suelta la pasta así, a caño libre, Blomberg; no crea que me engaña.

—¿Por qué?

—Porque teme que me eche atrás después de ver cómo ha acabado Hugues. Se necesita un cebo apetitoso para que un hombre muerda un anzuelo detrás del cual está la muerte esperando el día en que deje de servir. No hay opción: sus mensajeros, cuando por cualquier motivo se estropean, van a la tumba. Saben demasiado.

—Exacto —repuso cínicamente Blomberg—. Solamente ocurre que mis mensajeros se estropean ellos solos. De ahí mi advertencia, Miller.

—La tendré en cuenta.

—Confío en ello.

Miller salió del cine cuando ya las luces se habían apagado y la calle estaba desierta. Iba pensando que acaso llevaba las cosas con demasiada precipitación. El proyecto que había expuesto aquella tarde a Rita entrañaba un peligro mortal si llegaba a oídos de Blomberg y la actitud de éste era de tanta fidelidad a su patrón como la mujer había declarado. No podía confiar en que Rita estuviera de su parte. Y no confiaba; pero, en cambio, obraba como si confiase. El mismo había encendido la mecha del petardo que en cualquier descuido le haría saltar. Faltaba, sin embargo, ver lo que Blomberg opinaba realmente: treinta mil dólares por envío constituían una tentación demasiado fuerte para que alguna vez no hubiese considerado la posibilidad de tomar en sus propias manos

las riendas del negocio. Como, según dijo, la había considerado Rita. Si el petardo estallaba, quizá saltaría él, Miller; o quizá el jefe misterioso que tres o cuatro días por semana dejaba un paquete de heroína en el palco número trece del «Monumental». También esto faltaba verlo.

Miller se sentó al volante de su coche y lo puso en marcha. Evidentemente, la advertencia que le había hecho Blomberg debía tener algún fundamento, pero hubiera sido algo peor que una advertencia de haberle Rita comunicado en detalle los términos de su conversación. La conducta de Rita, pues, seguiría siendo una incógnita en tanto los hechos no se concretasen. Una incógnita más.

Tras haber departido unos minutos con el inspector de Aduanas, Miller, al otro lado de la frontera, lanzó su coche por la recta pista hacia Hollow. Conducía mirando al frente, de modo que no vió un «Frazer» de carrocería rural que estaba parado en la boca de un camino secundario, entre los algodoneros que flanqueaban su ruta. Tampoco lo vió arrancar, inmediatamente después de que él hubo pasado. Sólo al cabo de un momento, cuando se encendieron sus focos, hiriendo el espejo retrovisor, se sorprendió un poco de que el vehículo hubiera surgido a su espalda inopinadamente, sin que hubiese advertido su proximidad hasta entonces.

El «Frazer» rural avanzaba a velocidad mayor que la suya, y en breve tiempo le dio alcance. Miller se apartó para dejarle paso. El «Frazer» se situó a su altura. Estaba exactamente a su altura cuando lo inesperado ocurrió: un fogonazo rasgó las tinieblas, sonó un ruido indefinible, y Miller sintió que el gobierno del coche se le escapaba de las manos.

Mientras luchaba por mantener el control del volante, dando bandazos de un lado a otro de la carretera, comprendió que el ocupante del «Frazer» le había destrozado la rueda delantera de un tiro. Un ramalazo de cólera le cegó. Pisó desesperadamente el freno. El coche patinó, avanzó de costado, se inclinó peligrosamente y, al fin, se detuvo, atravesado en mitad de la pista.

Miller abrió la portezuela y se apeó de un salto. El «Frazer» había hecho alto unos metros más allá, y se entreveía una figura acurrucada en su parte trasera. En aquel mismo instante destelló un nuevo fogonazo y sonó el «crac» de un arma de pequeño calibre. La bala rozó a Miller los pies. Se lanzó de cabeza en busca del abrigo

del coche, hundiendo la mano en el interior de su chaqueta y tirando del revólver que llevaba en la funda axilar. A gatas, miró por entre las ruedas, creyó localizar al tirador y apretó el gatillo.

Obtuvo un disparo en respuesta, consecutivo al suyo. El proyectil se incrustó en la carrocería. Miller se quedó quieto, esperando, durante un par de minutos no ocurrió nada. A medida que sus ojos se iban acostumbrando a la obscuridad, La figura de su enemigo, agazapado en la trasera del «Frazer», se le hizo más visible. Miller relajó la tensión de sus músculos y sonrió.

Cuando disparó por segunda vez sabía de antemano que no erraría el tiro. Y no se equivocó: el hombre del «Frazer» se distendió como el muñeco de una caja de sorpresas, abrió los brazos, abandonó su refugio, dio un traspié y cayó de bornes a un lado de la pista.

Miller se le aproximó calmosamente. Inclinándose volvió su cuerpo boca arriba. Había recibido un balazo en el abdomen, y probablemente le tocaría morir de él. Se hallaba sin conocimiento. Era un mejicano grasiento y ventrudo. El resplandor de las estrellas le bastó a Miller para identificarle como el señor Lezama a quien vió conversando con Blomberg a la puerta de la oficina.

Los hechos empezaban a concretarse.

Miller se encogió de hombros, enfundó su revólver y regresó al coche. Lo sacó del centro de la carretera e inspeccionó la avería. Luego, tranquila y concienzudamente, se puso a cambiar la rueda afectada por la que llevaba de repuesto.

Dos vehículos pasaron, raudos, en tanto duró la operación. Antes de que terminara, el señor Lezama rompió a gemir. Miller, al acabar, acudió a su lado. El mejicano, oprimiéndose el grueso abdomen y con la boca abierta, se desangraba poco a poco.

—Mal asunto, amigo —le dijo Miller, encendiendo un cigarrillo y contemplándole—. No hay nada más triste que un asesino patoso, y usted lo es. De ahora en adelante, si sobrevive a esto, dedíquese a cultivar hortalizas. Lo malo es que no sobrevivirá.

—Un… hospital… —jadeó el hombre.

—Un cuerno. La próxima vez que Blomberg le contrate para matar a alguien, hágase asegurar la ambulancia. Suerte.

El señor Lezama se convulsionó.

—Eh… hermano…

Miller le volvió la espalda, regresó al coche de nuevo, se sentó al volante y partió.

Minutos después entraba en Hollow. Fue directamente al «Dos Naciones» y subió a su habitación con el entrecejo fruncido, las manos en los bolsillos y la boca torcida en una mueca amarga. Se detuvo ante la puerta. Por debajo se colaba una franja de luz.

Mecánicamente desenfundó el revólver y asió la manija. La puerta no estaba cerrada con llave. Le dio un empellón brusco.

El fiscal Crabbe se hallaba sentado en un sillón, a los pies de la cama, con las piernas extendidas, fumando.

Miller cerró la puerta. Se echó el sombrero atrás y resopló:

—Ha estado usted a punto de ganarse un tiro. No tengo los nervios muy firmes esta noche.

—¿Por qué razón?

—Por muchas.

Miller cruzó, la habitación y se dirigió al teléfono, bajo la escrutadora mirada del fiscal, solicitó una conferencia urgente con el número 14 de la calle Hidalgo, departamento 6, en San Crispín. Le respondieron que no colgase. Al momento empezó a sonar la llamada.

—Supongo que me explicará… —sugirió Crabbe.

—Diga —invitó una voz femenina, en el aparato.

El rostro de Miller se ensombreció.

—Buenas noches, Rita. Soy Steve Miller, «todavía vivo». Supongo que tienes a Blomberg ahí. Dile que su amigo Lezama está agonizando con una bala en el vientre, a seis o siete kilómetros de la frontera.

Hubo un silencio absoluto.

—¿Qué? —susurró la mujer, a continuación.

—¿Caes de las nubes, paloma? Tú no tenías la menor intención de aliarte conmigo para apear a Blomberg y a su jefe del negocio. En cuanto has oído mi discurso, te has chivatado. Blomberg ha tomado medidas, ha enviado al señor Lezama contra mí. Oh, sí, todo muy limpio y muy ingenioso. Para que el señor Lezama pudiera adelantárseme y montar una emboscada de gran estilo, Blomberg me ha dado un poco de conversación. Y dinero. Y consejos.

—¡Steve! ¿Has matado a ese hombre?

—Morirá si no vais en su ayuda. ¿Está Blomberg ahí? Di la verdad, ¿está?

—No. Atiéndeme, Steve, por lo que más quieras. Yo no le he dicho a Geo lo que supones. Le he pedido que te hiciera vigilar, eso sí. Para mí eres precioso, te amo y creo que te lo he demostrado esta tarde. Sólo le he pedido a Geo que te vigilara, ¿entiendes? Si él está celoso y…

—De modo que velabas por mi seguridad.

—Te lo juro, Steve.

—Muy bien, pues con eso hemos terminado. Podéis buscaros desde mañana un nuevo mensajero, y hacedlo aprisa porque el negocio va a quebrar. Otros comprarán lo que rechazáis vosotros. Frankie Parata, por ejemplo. Apuesto a que se muere de ganas de tener todos los hilos de la organización en la mano, a que no le gusta el oficio de distribuidor en beneficio del bolsillo ajeno…

—¡Steve, no le digas a Parata una sola palabra!

—¿Te asusta la perspectiva?

—Tú no comprendes… —La voz de Rita se apagó. Luego brotó con nueva violencia—. ¡Tú no comprendes lo que está pasando! Espera. Ven mañana a verme, a la misma hora que hoy. Todo se aclarará. Pero no hagas nada hasta mañana, Steve, porque… porque nos hundiremos y…

—Nones. Si quieres algo de mí, ven a Hollow.

Rita no titubeó:

—De acuerdo, iré.

—Me encontrarás prevenido. Lezama me ha servido de entrenamiento.

—¡Steve!

Miller colgó.

—Si no me equivoco, ha tenido un tropiezo —dijo el fiscal.

—Me lo he buscado.

—¿Y pues?

—Le propuse a esa perra desbancar al patrón y tomar el tráfico de heroína en nuestras manos, y lo primero que hizo fue contarle a Blomberg mis proyectos. Blomberg ha intentado matarme. Le ha salido mal, pero la guerra está declarada. Supongo que no puedo ya contar con mi trabajo en San Crispín. Es una lástima, y, sin embargo, valía la pena correr el albur.

—¿A cambio de desenmascarar al jefe?

—Le dije a Rita Drake que estaba dispuesto a matarle.

—¿Qué contestó ella?

—Que muy bien, y que me cargase de paso a Blomberg, si me daba, la gana.

El fiscal sonrió duramente.

—Era una buena idea. Espere, no renuncie todavía a ella, Miller —se levantó y fue hasta la cómoda para aplastar el cigarrillo en el cenicero que había encima de ésta—. Por otra parte —añadió, observando cómo Miller se dirigía al cuarto de baño para estudiar en él espejo el maltrecho estado de su cara—, tengo que hablar con usted de un par de cosas. La primera se refiere al asesino de Jefferson Hugues. De acuerdo con su declaración y con las pistas conseguidas, el asesino es un hombre de vigor medio y de estatura media, que vestía de blanco y calzaba zapatos bastante nuevos, número cuarenta, de suela de crepé, y que se sirvió de un arma propia de un indio o de un peón mejicano: un cuchillo barato, del tipo que a veces compran los turistas al otro lado de la frontera. Si ese hombre vino de Méjico, debe usted encontrarle.

Miller estaba friccionándose el rostro con el astringente que usaba para afeitarse.

—Yo vi anoche a un hombre vestido de blanco que tenía motivo para despachar a Hugues —dijo—. Me refiero a Boby Grahame, el guardaespaldas de O’Mara. Estaba en «Monky’s» cuando Hugues buscó camorra conmigo. Sin embargo: —Miller sepultó la cabeza en una toalla que ahogó su voz— sin embargo, planteé la cuestión a Rita Drake, y objetó que no fue O’Mara quien mató a Hugues, ni siquiera quien le hizo matar, porque O’Mara es de los de paseo en coche por las afueras y tiro en la nuca. Sospecho que tiene razón.

—La tiene —asintió Crabbe—. Por añadidura, si O’Mara, o sea Frankie Parata, su jefe, está directamente relacionado con

esto, la policía se apresurará a echar tierra encima del asunto. Mire, hay un detalle significativo: Fulham ignoraba, anoche, que Hugues había caído en desgracia, por lo que supuso que debía esclarecer el asesinato de uno de los amigos de su protector; de aquí que se mostrara tan duro con usted. Hoy ha bajado velas, ¡y cómo! ¿Ha leído los periódicos de la noche?

—No.

—Según las últimas noticias, Fulham, prácticamente, se desentiende de la investigación. Ha establecido que el asesinato lo cometió un mejicano, por motivos relacionados con la vida de Hugues y su trabajo en el «Club Mezcal», al otro lado de la divisoria. Ésta es su hipótesis. Naturalmente, carga el mochuelo a la policía de San Crispín. Y lo más curioso es, en mi opinión, que no anda del todo desencaminado.

—¿Usted cree que a Hugues le hizo matar Blomberg?

—¡O el jefe! O incluso que le mató el jefe de su propia mano.

Miller silbó.

—Eso tiene miga.

—La segunda cosa de que quería hablarle —dijo el fiscal, sacando del bolsillo un cuaderno de notas— está relacionada con el jefe, precisamente. Me he hecho una composición de lugar. He pensado que ese personaje, de una parte, ha de ser alguien que nada en dinero, y cuyos ingresos, además de no poderse controlar con exactitud, están justificados aparentemente por ciertas fuentes lícitas; de otra, ha de ser alguien con libertad de acción y de movimientos, alguien que, al amparo de sus ausencias de San Crispín, cultiva, refina y transporta el opio impunemente. Todo eso requiere, con exclusión del dinero, tiempo y oportunidad. —Crabbe aproximó su cuaderno a la luz—. Vea, aquí tengo relacionados unos cuantos individuos que reúnen esas condiciones. Hay un hombre en la policía de San Crispín, el teniente Robledo, que me debe ciertos favores. Trataré de que realice unas pesquisas discretas extraoficiales, sin concretar su alcance, sobre la vida de estos caballeros. No les pondré a ustedes en contacto, pero me gustaría que diera usted también algún paso en este sentido, Miller.

—A ver los nombres.

—Francisco Fajardo, juez territorial —leyó Crabbe—. Casimiro Morales, agente de seguros; Antonio

O’Neill,
hacendado; Manuel Zabala, banquero. Éstos son los más importantes.

Miller se había quedado inmóvil, mirando al vacío.

—Entre lo que a usted le interesa saber —articuló— figurará, naturalmente, el hecho de que esos señores estuvieran o no en Hollow, a este lado de la frontera, la noche que murió Jefferson Hugues.

—Sería un dato muy valioso, en efecto.

Miller respiró hondo.

—Bueno, pues, Casimiro Morales estuvo. Me lo dijo su hija. Es amiga mía. Morales estaba aquí cuando Hugues murió.

Crabbe hizo chasquear los dedos.

—¿Y bien?

Miller se tendió en la cama. Buscó un cigarrillo en los bolsillos de su chaqueta, lo encendió y se puso a fumar arrojando el humo al techo.

—Averiguaré si vestía de blanco y calzaba zapatos con suela de crepé —dijo, a media voz.

Capítulo VII

Miller estaba duchándose, a las diez de la mañana, cuando llamaron a la puerta de su habitación. Mal envuelto en un albornoz, con los cabellos chorreando, descalzo porque no encontró las chancletas, fue a abrir. Tony O'Mara, obeso y sonriente, se hallaba en el umbral. Detrás, con el tupé ligeramente despeinado, Boby Grahame.

—Menuda sorpresa —comentó Miller, a la expectativa.

Los dos hombres entraron, contoneándose y mirando en torno. Su actitud era ambigua, pero no hostil. Grahame fue a situarse junto a la ventana, observando distraídamente el exterior, en tanto que O'Mara buscaba con los ojos un asiento. Lo encontró en el sillón, y se arrellanó en él resollando.

Miller había cerrado la puerta, y se apoyaba en ella de espaldas.

—Bueno —articuló O'Mara, sacando un pañuelo y abanicándose con él las mejillas— aquí estamos, pimpollo. Madrugadores como el que más. Vístete, que te llevamos de fiesta.

—¿Qué pasa?

—No, nada, nada malo. Frankie quiere conocerte.

—¿Parata?

—Ujú.

—¿Hay prisa?

—Regular.

Miller avanzó hasta la mesilla de noche, tomó el paquete de «Lucky» que había sobre ella y se lo lanzó a

O'Mara.

—Fumad. Termino en un instante.

Pasó al cuarto de baño, se secó, se peinó, comprobó que el estado de su rostro había mejorado notablemente, volvió a salir y empezó a vestirse. Cuando, en mangas de camisa, se ceñía la pistolera bajo el sobaco, Grahame, sin prisa, se apartó de la ventana, acudió a su lado y le sacó el revólver. Miller le asió por la muñeca.

—Suelta eso.

—Deja, no lo tomes a mal —dijo O'Mara, amablemente—. Boby te lo guardará como si fuera suyo. Es sólo que a Frankie le ponen nervioso las armas, ¿sabes?

Miller los miró a los dos y se resignó. Dando tranquilamente la espalda a Grahame, cogió la chaqueta y se anudó la corbata.

—Vamos.

Bajaron al vestíbulo en hilera, O'Mara delante de Miller y Grahame detrás. En la calle, a la puerta misma del hotel, había un «Cadillac» color cereza. Los tres, con Grahame al volante, ocuparon el asiento delantero. La corpulenta humanidad de O'Mara le hacía a Miller sentirse incómodo y acalorado.

El «Cadillac» cruzó la ciudad de parte a parte, hacia la zona alta, y se adentró por el parque boscoso de Lacruz Hill, junto al río. Allí había dos o tres grandes casas, con campos de tenis y piscina. Ya al extremo, una pista de grava conducía a una casa mayor que las demás, aislada en el centro de una mancha de césped rodeada de árboles. El perfume de los pinos californianos embalsamaba el aire. Se oía cantar a los pájaros. O'Mara dio una palmada sobre el muslo de Miller.

—Esto es vida, ¿no, hermano?

Miller no respondió.

El «Cadillac» llegó a la casa y se detuvo. En el césped jugaban dos niños morenos, con un perro lanudo, vigilados por una «nurse» que paseaba con un libro en la mano. Los tres hombres saltaron a tierra. Un criado negro, de cabello gris, aguardaba en la puerta

principal.

—Frankie nos espera —le dijo O’Mara, con desenvoltura.

El negro les acompañó a través de un majestuoso vestíbulo, y llamó con los nudillos a una puerta de madera labrada. Luego abrió.

Al otro lado había una biblioteca con las paredes atestadas de volúmenes, y una ventana abierta al verde luminoso del exterior. Un hombre estaba ante la ventana. Llevaba un sencillo traje de gabardina gris, y era bajo, de cabello negro y cara vulgar; tenía aspecto de tendero de barrio, y desentonaba en la solemne decoración de su casa como hubiera desentonado en todo lo que no fuese el mostrador de una droguería.

—Aquí tienes al chico, Frankie —anuncio O’Mara —. Steve Miller es su nombre.

Frankie Parata se adelantó y escrutó el rostro de Miller. El suyo no se movía. Tenía los ojos apagados.

—Dejadnos solos.

A Miller le sorprendió la suavidad de su voz.

—Siéntate.

Grahame y O’Mara habían salido. Miller se acomodó en una silla de brazos, y Parata quedó en pie frente a él. A través de la ventana llegaban las voces y las risas de los niños.

—¿Son sus hijos?

Parata ignoró la pregunta.

—¿Tú eres el que ahora trabaja para Geo Blomberg? —preguntó a su vez.

—Sí.

—¿Cuánto te paga?

—Mil semanales.

Parata pestañeó.

—No está mal. Si suelta así la pasta será porque debes valerla. ¿Conociste a Hugues?

—Le vi en una ocasión.

—Fue una lástima que muriera. —Parata inclinó la cabeza y se

miró los pies—. Hugues trabajaba para mí.

Miller, al principio, no le entendió.

—¿Quiere decir que trabajaba para usted además de para Blomberg? —preguntó después.

—Sí, eso.

—¿No es lo mismo?

—Ni mucho menos.

—Oh —murmuró Miller, sin expresión.

Parata se aproximó a la ventana.

—¡Nancy! —llamó—. Quiere llevarse a los niños un poco más lejos —se volvió a Miller y, cuando las voces infantiles se apagaron, esbozó una incolora sonrisa—. Mira, muchacho —dijo— yo soy un hombre poco amigo de la guerra y la violencia. Prefiero solucionar las cosas diplomáticamente. Estudio un asunto, delimito los terrenos, especifico quiénes están conmigo y quiénes contra mí, y me dedico de corazón a lograr que quienes están contra mí, estén conmigo. Tú, por ejemplo. Me gustaría determinar desde este momento tu actitud. Me interesas.

—¿Puedo confesar que no le entiendo?

Parata emitió un sonido ambiguo que probablemente era una carcajada.

—Soy fácil de entender. En este distrito se ha montado un negocio con el que yo tengo todavía muy poco que ver, y con el que aspiro a tener mucho que ver en el futuro. Se me hizo una oferta. La acepté. Otro en mi lugar no la hubiera aceptado; pero yo pensé que, con paciencia, si daba el primer paso, el negocio concluiría siendo mío. En esto estoy ahora.

—Un negocio —repitió Miller—. Se refiere al tráfico de heroína.

Parata alzó las cejas.

—No empecemos a complicar la cuestión con alusiones. Un negocio. Controlo de él la mitad y quiero controlarlo entero. Pagaré diez mil dólares y le daré el puesto que ahora ocupa George Blomberg en San Crispín a quien me diga el nombre de la otra persona que tiene la otra mitad en sus manos.

Miller guardó silencio. Había supuesto que aquéllos, exactamente, serían los propósitos del cacique con respecto al contrabando de opio. Y también lo supuso Rita Drake: cuando él la avisó por teléfono de que ofrecería sus servicios a Parata, Rita se

asustó y le dijo «que no comprendía lo que estaba pasando». Una parte de lo que pasaba era que Parata hubiera estado dispuesto a aceptar el convenio. Pero había más. Una corriente subterránea parecía moverse en las dos ramas de la organización, minando su estructura.

Miller dijo:

—¿Por qué no se lo pregunta a Blomberg?

—Porque, aun suponiendo que le conozca, no me lo dirá. Blomberg tiene mucho que perder y nada que ganar en esto.

—Ya. Luego, ése era el trato que había concertado con Hugues.

—Le mataron antes de que hablase.

Miller entrecerró los ojos.

—¿Averiguó algo?

—Sí.

—¿Quiere decir que le mataron antes de que hablase «con usted»? Sospecho, Parata, que equivoca el camino. Hugues se sentía burlado, chasqueado y engañado. Rita y Blomberg, cada uno por su lado, le habían enviado a paseo. Los aduaneros empezaban a meterse con él. Estaba hundido. Con quien hablaría un hombre en su caso sería con la policía federal.

—Muchacho —dijo el cacique, lentamente—. Hugues estaba citado conmigo aquella noche.

—¿Y se peleó con O'Mara?

—Se peleó contigo, no con O'Mara. Tú eras el nuevo capricho de Rita y el nuevo mensajero de Blomberg, de modo que a Hugues le sobraban razones para romperte el cuello. O'Mara le sacó de «Monky's», y ambos se pusieron de acuerdo en verme a la una y media. Antes, tú reapareciste. Un guardia te encontró hurgándole a Hugues con un cuchillo en la espalda.

Miller se levantó a medias de su asiento.

—Usted sabe que yo no lo hice. Y no concibo…

—Pudiste hacerlo. —Parata emitió de nuevo su extraña risa—.

Amigo mío, a esto quería yo ir a parar. Diste un mal paso. ¿Qué pasaría si Fulham hubiera llevado adelante su investigación? ¿No habrías perdido inmediatamente tu empleo con Blomberg? Di, ¿no estarías tan hundido como lo estaba Hugues?

Miller no respondió.

—Tengo medios de conseguir que tu intervención en el caso salga a la luz, lo quiera Fulham o no lo quiera —añadió Parata—. A él y al fiscal les conviene ahora callar y conservar el prestigio, pero yo no soy el fiscal ni el jefe de policía. Una palabra mía a Blomberg, muchacho, y vas al agua de cabeza. ¿Qué dices a eso?

—Está bien —gruñó Miller— ¿qué es lo que quiere?

—Un nombre. Y lo pago.

—De acuerdo, lo tendrá; pero ¿y si me cierran la boca como a Hugues?

—Es cuenta tuya conservarla abierta. —Parata tendió la mano, guiñando un ojo—. ¿Amigos?

—Qué remedio.

Parata se volvió hacia la puerta, y la abrió.

—Así me gusta; pocas palabras y trato hecho. Eres listo, Steve Miller. Llegarás muy arriba.

Miller salió al vestíbulo. Acababa sólo de trasponer el umbral cuando el cacique lo retuvo por el codo.

—Un último detalle. —Miller le miró. Su cara había adquirido cierta maligna vivacidad—. Es posible que tú mataras a Hugues y es posible que no. Si no, ¿qué fuiste a hacer a su estudio?

—Preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Las que hubiese hecho cualquiera en mi lugar. Me había metido en un asunto del que no sabía una palabra, un hombre al que no había visto en mi vida me acometió acusándome de pisarle una mujer, y nunca me ha gustado estar en las nubes. Pensé que Hugues y yo podíamos entendernos si se le había pasado la rabieta. Una idea como otra.

—Ya —murmuró Parata—. Trabajar y cobrar no era bastante para ti.

—Ni lo es para usted. Usted y yo queremos saber lo mismo. Los dos nos beneficiaremos de ello.

—Ya —repitió el cacique. Se encogió de hombros—. Bueno,

siempre he creído que es la gente con iniciativa propia la que sale a flote. No está mal, muchacho. No está mal. Adelante y cuenta con mi apoyo.

Grahame y O’Mara esperaban sentados a la sombra, en el pórtico. Se levantaron cuando Miller apareció.

—¿Qué tal? —preguntó el gordo.

—Llevadme al centro; tengo prisa.

Los tres hombres volvieron a instalarse en el asiento delantero del «Cadillac». Se veía a los niños, el perro y la nurse jugar entre los árboles.

—¿Qué ha dicho el jefe? —insistió O’Mara, cuando el coche arrancó.

—Nada —replicó Miller.

Y no volvió a despegar los labios hasta que el «Cadillac» le dejó en la esquina, de la Washington Avenue y Sidney Street. Quieto allí, recibió de Grahame su revólver. Luego observó cómo el coche reemprendía la marcha, maniobraba y se alejaba a medio gas. O’Mara todavía se volvió una vez y le saludó con la mano.

Miller echó a andar pausadamente por Sidney Street, y se detuvo al llegar a la puerta del Hotel Universo. Entró en el vestíbulo, enorme, fresco, tenía toda una porción de pared abierta en arcos a un patio central adornado con plantas, donde rumoreaba una inmensa fuente. A la derecha de la puerta, tres peldaños por debajo del nivel del piso, estaba el bar. Miller titubeó y concluyó descendiendo. Un «barman» mestizo le recibió con una sonrisa radiante.

Pidió un escocés con soda. Mientras el mestizo se lo servía, sacó un billete de cinco dólares y se lo arrolló ostensiblemente a un dedo.

—El señor Casimiro Morales viene mucho a este hotel —dijo a continuación, sin darle importancia.

El «barman» miró el billete, y luego le miró al rostro.

—Sí, viene —asintió.

—Le viste anteanoche.

El «barman» no respondió. Parsimoniosamente, Miller, a sorbos, apuró el *whisky*. Al terminar, desarrolló el billete, lo empujó e indicó con un signo que no quería la vuelta.

—Estuvo aquí anteanoche, sí, señor —dijo entonces el «barman»—. Tomó un café.

—¿Cómo iba vestido?

—Con un traje cruzado, blanco, y una corbata azul.

—¿Calzado?

—No le vi el calzado, señor.

—Diez dólares si lo averiguas.

El mestizo lanzó al vestíbulo una nerviosa mirada.

—No puedo ahora, señor. Dentro de media hora vendrá mi ayudante. Vuelva usted después, y se lo diré.

—O. K. —murmuró Miller.

Salió; fue en busca de su coche al garaje del «Dos Naciones», dio una vuelta por la ciudad y regresó a los cuarenta minutos. Con el «barman» había un muchacho de cara pecosa que restregaba vigorosamente un vaso.

Miller dejó diez dólares sobre el mostrador, que el mestizo se apresuró a retirar.

—Nadie se fijó en sus zapatos, señor. He hablado hasta con el mozo de su piso —el «barman» carraspeó—. Lo siento, señor. He hecho cuanto me ha sido posible.

—No importa.

Casimiro Morales vestía de blanco: esto era todo.

—¿Quiere beber algo, señor? La casa invita.

Por el espejo del fondo del bar vió Miller una figura de mujer inmóvil en lo alto de los tres peldaños. Se volvió rápidamente. Con un vestido color amarillo claro, sin mangas, que valorizaba su esbelta silueta y el exquisito tono tostado suave de su piel, María Morales le contemplaba desde el vestíbulo.

—No, muchas gracias —articuló Miller—. Otro día, muchacho.

CAPÍTULO VIII

En pleno día, a la luz del sol, los ojos de María encerraban el mismo sombrío misterio que tanto atrajo a Miller cuando la conoció en Monky's.

Exquisita, superior, delicada, sonriendo vagamente, la joven esperó inmóvil a que él subiera los tres peldaños y saliera a su encuentro.

—Dijo usted que nunca volveríamos a vernos —le recordó, cuando estuvo a su lado.

—¿Para en el hotel? —preguntó Miller.

—No. He entrado porque le he visto. Mi coche se ha cruzado con el suyo en Washington Avenue.

—Y me ha seguido.

—Sí.

—Eso no es muy propio de una señorita. No lo es declararlo, por lo menos. ¿Qué quiere?

—No sea tonto. ¿Por qué se empeña siempre en regañarme? ¿Por qué no hemos de ser buenos amigos? Vamos, Steve, usted toma la vida por lo tremendo, y la vida está llena de satisfacciones. Jamás conocí a nadie que se la complicara de ese modo.

—Lo creo.

—Oh, no es eso lo que quería decir. Usted…

—Salgamos de aquí. —La interrumpió Miller, secamente.

María le siguió a la calle. Tenía un «Packard» negro, de brillantes cromados, estacionado detrás de su coche.

—¿Por qué no me invita a almorzar? —preguntó.

Miller la sentía a su lado, femenina, seductora, y se daba cuenta de que todos los hombres se volvían a mirarla. Pero no pensaba en ella, sino en su padre; en Casimiro Morales, quien, vestido de blanco se hallaba en Hollow, reclamado por sus ocupaciones, la

noche que Jefferson Hugues murió.

—Algún día lamentará haberme conocido —dijo—. Bueno, usted se lo busca. Vamos a almorzar.

—En Casa Pablo —indicó ella, sonriendo.

Miller abrió la portezuela de su coche.

—Suba.

Mientras descendían por Sidney Street, la muchacha cruzó las piernas y se sentó de costado para ver el duro y hermético perfil de su acompañante.

—Es una lástima que se esfuerce usted tanto en parecer de hielo, Steve. A mí no me engañó, ya se lo dije. Podría explicarle cómo es usted en realidad mucho mejor que un espejo.

—Siguiendo los métodos psicológicos que enseñan en los colegios de lujo, ¿no?

—Hablándole con el corazón.

—Mire, muñeca, guarde esos juegos para las veladas de sociedad. —Las morenas y nervudas manos de Miller estaban posadas sobre el volante como extraños seres dotados de vida propia—. Tuve una debilidad con usted la otra noche, y no quiero arrepentirme de ella. Aclaremos las cosas. Usted y yo vivimos en pisos diferentes. Si le gusta divertirse a costa de los paletos, búsquese a otro. A mí no me cuadra el disfraz de bufón.

—¿Le han dicho alguna vez que es demasiado orgulloso?

—Acostumbran a decírmelo las mujeres vulgares.

—Gracias. Vaya si se necesita paciencia para tratarle, amigo. —María titubeó—. ¿Quiere saber una cosa? Si fuera usted como parece ser, le despreciaría. Tiene usted plena conciencia de su atractivo, de las cualidades que le ha regalado la Naturaleza, del poder instintivo de su personalidad y del influjo que ejerce. Se vale de ello para mostrarse violento y desagradable, para ver cómo las mujeres se humillan a sus pies y se encandilan con su sonrisa y le corren detrás suplicando un poco de cariño. Es una táctica de conquistador barato. Cualquier fatuo bien parecido que hubiera visto unas cuantas películas de Glenn Ford la usaría.

—¿Por qué no me desprecia, entonces?

—Porque, en el fondo, usted no es así. Proclame cuanto quiera que no es un caballero: a despecho de todo, a despecho de sí mismo, lo será.

Miller lanzó una brusca carcajada.

—Los principios de una señorita bien como usted rezan que no es posible enamorarse de quien no sea un caballero, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Que se ha encandilado usted con mi sonrisa, que corre detrás de mí suplicándome un poco de cariño, que se desmayaría de emoción si la besara, que no es ni más lista, ni más selecta, ni más espiritual que las demás mujeres; pero, como no puede admitir que se ha rebajado a sorber los vientos por un cualquiera más o menos agraciado, necesita idealizarme y elevarme a su altura. Muy bien, óigalo si quiere oírlo. Las niñas bobaliconas muerden cualquier anzuelo. Sé que puedo hacer de usted lo que me dé la gana. Si no lo hago, no es por caballerosidad, ¡qué va a ser! Es porque la encuentro a usted demasiado sosa y demasiado flaca. Las prefiero rollizas. Yo no le pedí que volviera a verme, le dije que se quedara en casa y no estorbase. No me sirve para nada, ¿entiende? En la primera esquina encontraré otras más despiertas y con más carnes.

El rostro de María se cubrió de intenso rubor.

—Oh —musitó.

—Ahora, ¿quiere todavía que la lleve a, almorzar?

Hubo un pesado silencio.

—Sí —repuso la muchacha, después.

Casa Pablo era un restaurante para turistas. Lo regía un hombre en mangas de camisa que usaba boina, despachaba platos y licores mejicanos, y tenía media docena de supuestos charros que por la noche, rasgueaban guitarras, cantaban huapangos y bailaban joropos. A la sazón, el local se hallaba casi vacío, tranquilo y silencioso. María y Miller ocuparon una mesa junto a las ventanas, y la muchacha eligió el menú. La actitud de ella respecto a Miller era apenas más distante, pero sus obscuros ojos habían adquirido un brillo nuevo.

Ambos empezaron a comer sin hablar.

—Supongo —dijo Miller, al fin— que todo ha quedado ya claro entre nosotros. Luego, no pretenda que vino a mí engañada.

María fijaba la vista en su plato.

—¿No podemos dejar ese tema?

—Como guste.

—Cuénteme de usted, de su vida.

—Nones.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero regalarle los oídos. Lo suyo es más interesante. Siempre es interesante el dinero, y usted tiene un padre rico. ¿Qué clase de hombre es?

—Excepcional.

—¿Anda con la cabeza para abajo?

—Es el más noble, el más bueno, el más comprensivo y el más inteligente del mundo. Mi madre murió cuando yo era niña. Él se ha desvivido por mí, ha sido siempre mi guía, mi confidente y mi apoyo. Entre nosotros no hay secretos. Mis estudios y sus ocupaciones nos han tenido a veces largo tiempo separados, y no hemos dejado prácticamente un solo día de escribirnos.

—Claro. Y ahora, en San Crispín, estarán constantemente juntos.

—No. Mi padre tiene grandes intereses esparcidos por la comarca. Pasa casi toda la semana ausente.

—¿Qué hace? ¿Gobierna alguna hacienda?

—Visita a sus clientes y controla personalmente las delegaciones locales de su compañía. Los seguros dan mucho trabajo.

—¿No se dedica a nada más?

—No.

—¿Cuál es su distracción favorita?

—Las colecciones: colecciona trajes típicos, armas, instrumentos de música, obras de artesanía indígena. Es un gran amante del folklore de mí país.

—Un capricho de millonario. ¿Le gusta vestir bien?

—Oh, por supuesto.

—¿Qué clase de trajes prefiere? ¿Los blancos?

—En esta época del año, sí.

—¿Y qué zapatos?

—Cualesquiera.

—¿Con suela de crepé?

—A veces, sí.

—¿A pesar del calor?

—La suela de crepé es un aislante contra el calor del suelo. ¡Oiga!

—¿Qué?

—¿A qué vienen esas preguntas?

Miller sonrió fríamente.

—Usted adora a su padre. Cuando a una muchacha le ocurre eso, es fácil descubrir a través de su padre en qué consiste su ideal masculino.

—¿Y qué le importa mi ideal?

—Trato de explicarme por qué se ha enamorado de mí.

María pestañeó rápidamente.

—No he dicho aun que me haya enamorado de usted.

—No necesita decirlo.

Un camarero, desde el pequeño mostrador que ocupaba el hombre que usaba boina, se dirigía rectamente hacia su mesa. La muchacha le vió aproximarse, y calló en el momento en que iba a replicar. El camarero llegó y se inclinó.

—¿El señor Miller?

—Sí.

—Le llaman por teléfono, señor.

Miller frunció el entrecejo.

—¿A mí? ¿Han dicho mi nombre?

—Han dicho que se sentaba usted a una mesa con la señorita Morales. El señor Pablo conoce a la señorita Morales. ¿No se llama usted Miller, señor?

Miller se levantó bruscamente.

—Puede usted hablar desde la primera cabina —le indicó el camarero.

Miller se encerró en la cabina y descolgó el aparato.

—¿Steve?

—Sí.

Era Rita Drake.

—Steve, deshazte de esa canaria mojada. Estoy aquí con Geo, y necesito hablarte.

—¿Dónde estás?

—En un bar de la acera de enfrente. Hemos perdido media mañana buscándote por toda la ciudad. Acabamos de ver tu coche, y luego a ti, acaramelado con ésa. Por la ventana. No hay quien pase por la calle que no te vea.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Que vengas. Es importante, Steve.

—Esperad —contestó Miller.

Colgó y regresó a la mesa. María había terminado su almuerzo, y daba vueltas entre sus finos dedos a un vaso de zumo de naranja.

—Tengo que irme.

La muchacha alzó los ojos rápidamente.

—¿Qué ocurre?

—No le importa. Vamos, la acompañaré al «Universo».

Miller pagó la cuenta, salió y, consciente de que Blomberg y Rita le observaban, hizo subir a María al coche. Se sentó al volante, y partió torturando con el pie el champiñón del acelerador.

Entraban en Sidney Street cuando la joven dijo:

—Esta noche le espero a cenar en mi casa. Temprano, si luego ha de ir a trabajar.

Él se volvió rápidamente a mirarla.

—Usted se ha vuelto loca.

—Sé lo que quiero.

—¿Y su padre?

—¿Acaso le estorba? No se preocupe; mi padre está ausente.

Miller guardó silencio hasta detenerse frente al hotel.

—No sé si trabajaré esta noche, ni siquiera si iré a San Crispín. No puedo asegurárselo.

—¿Es una evasiva? Si se niega a venir, ¿por qué no lo dice francamente?

—No me niego. Usted sabrá lo que espera de mí. Haga lo que haga, no le hablaré más claro de lo que he hablado.

María abrió la portezuela y se apeó.

—Hasta la noche, Steve.

Miller arrancó, y se alejó sin responder a su saludo.

Blomberg esperaba a la puerta del bar, en la acera opuesta a la de Casa Pablo. Vestía un traje color azul eléctrico, impecable, y se daba aire con un jipi de cinta blanca y roja.

—Hola —dijo solamente.

El bar tenía al fondo una hilera de reservados. En uno, ante un vaso de cerveza, Rita terminaba de comerse un *hot-dog*. Se le habían manchado de grasa los dedos, y ponía cara de circunstancias. Llevaba un vestido de escote asimétrico, detonante, que desnudaba uno de sus hombros; pero, a la luz del día, su belleza lasciva y artificial perdía buena parte de su encanto.

—Siéntese —añadió Blomberg, entrando en el reservado detrás de Miller y cerrando la puerta—. ¿Quiere tomar algo?

Miller se sentó con los brazos cruzados, de modo que su mano derecha quedara a unos centímetros de la funda axilar donde guardaba su revólver. Blomberg se mostraba extremadamente pasivo. Rita, silenciosa. No obstante, de ambos parecía emanar una tensión psíquica que hacía incómodo el ambiente.

Miller respondió:

—No quiero nada. Oírles, si han de hablar.

Rita bebió un sorbo de cerveza, y se limpió con la servilleta los labios y los dedos.

—Yo se lo contaré, Geo —advirtió. Volvió la cara y miró a Miller a los ojos—. Las cosas no han salido como Geo y yo esperábamos. Ha sido culpa mía, porque fui yo quien te eligió creyendo que eras el hombre apropiado. No lo eres, Steve. Has ido demasiado lejos. —Hizo una pausa—. Dame un cigarrillo.

Miller se lo dio y se lo encendió maquinalmente, vigilando a Blomberg de reojo. Rita aspiró el humo, y siguió hablando:

—La idea era la misma que has tenido tú: cada envío de heroína vale de treinta a cincuenta mil dólares. ¿Es justo correr los riesgos para que la parte del león se la lleve otro? No, Steve; Geo y yo estábamos hartos antes de que tú aparecieras. Preparábamos un golpe, pero no podíamos contar con Hugues para darlo porque era un cobarde podrido por la cocaína, un deslenguado y un inepto, y sin embargo necesitábamos ayuda. Cuando Hugues se estropeó, la oportunidad nos pareció buena para encontrarle un substituto adecuado. Te elegimos a ti. Luego, tú te has empeñado en hacer la guerra por tu cuenta.

—En vista de lo cual, decidisteis suprimirme.

Rita hizo un gesto negativo.

—No, no fue así. Compréndelo, Steve: al proponerme un cambio de dirección en el negocio llevando tú la iniciativa, te convertiste en un estorbo. Le conté a Geo lo que había pasado y le pedí que te vigilara. Geo se molestó. No quería competencia. Te juzgaba peligroso y obstinado. El sí decidió eliminarte y volver a empezar. Llamó a Pancho Lezama, su guardaespaldas, le dio instrucciones, hizo que te viera y viera tu coche… Bueno, luego Lezama demostró que era tonto.

—Delicioso —dijo Miller. Dirigió a Blomberg una salvaje sonrisa —. Confío de todo corazón en que Lezama habrá muerto.

Blomberg se quedó impasible.

—No ha muerto —repuso Rita—: está en el hospital, y su fracaso complicó más todavía las cosas. De verdad, me asusté cuando dijiste que irías a Parata con el cuento. Parata quiere lo mismo que nosotros, es mucho más fuerte, y nuestra única esperanza reside en ganarle por la mano. Por eso te pedí que esperaras a hoy, sabiendo que, si le presentaba a Geo el caso con un poco de realismo, comprendería que lo mejor era llegar a un acuerdo contigo, hacer las paces y trabajar en común. Así ha sido. Geo, tú y yo somos socios, si quieres. Partes iguales.

—¿Y Parata?

—Parata se aguantará. Si desbancamos al jefe y nos hacemos los amos del asunto, no tendrá más remedio que tratar con nosotros. No le gusta, ya sé que no le gusta, pero el negocio le conviene demasiado.

Miller, pensativo, contempló al hombre y la mujer. Dos extraordinarios ejemplares humanos. Sin el menor escrúpulo, fríos, amorales, dispuestos a traicionar a todos lo mismo que a traicionarse entre sí. Lo increíble era que aquel misterioso personaje que tres o cuatro veces por semana dejaba un paquete de heroína en el palco número 13 del «Monumental», se hubiera arriesgado a confiar en ellos para montar su rackett. Debía, o ser muy hábil y estar muy seguro de sí mismo, o ser un ingenuo al que le sonaba la flauta por casualidad.

Hubo un silencio considerable.

—¿Cuál es vuestro proyecto? —preguntó Miller.

Rita aplastó nerviosamente su cigarrillo.

—Lleva mucho tiempo preparado, en espera de la ocasión, Geo tiene una casita fuera de la ciudad, en la carretera de la costa, y dos veces se ha entrevistado con el jefe allí. Puede disponer una tercera entrevista y abrasarle. Esto será todo.

—¿Todo? ¿Y la plantación de opio, y las cosechas, y el refinado?

—Es cuenta de Geo. Tú déjale; sabe lo que hace.

—¿Conoce a ese hombre?

Rita miró a Blomberg.

—Claro que le conozco —dijo éste, en tono incisivo—. Claro que

sí.

—¿Quién es?

—Nadie que le importe. ¿Espera que se lo diga para darme la patada? Un cuerno, Miller. Yo juego en esto mis propios triunfos.

—No le daré la patada. En cambio…

En las pupilas de Blomberg se encendió una luz malsana.

—Ni hablar.

Miller alzó los hombros.

—¿Para cuándo es el golpe?

—Ya veremos. El jefe está ahora ausente. En cuanto vuelva.

—¿Cuál será mi papel?

—Achicharrarle.

—Eso pudo hacerlo Lezama.

—No bastaba con Lezama. Ni basta con usted: habrá otros, gente del país, que le ayudarán si es necesario. No saben tirar, pero a veces aciertan.

—¿Por qué tantas precauciones?

Rita, de pronto, rompió a reír, cortando la respuesta de Blomberg.

—¿No te das cuenta, idiota, de que Geo le tiene al jefe un miedo de película de Frankenstein?

Miller inclinó la cabeza. El jefe no podía ser un ingenuo, se dijo. A un ingenuo se le hubiera liquidado de una puñalada en cualquier esquina. Allí había algo más. Sería interesante, algún día, conocer la medida exacta de la personalidad de aquel hombre que vivía en la sombra.

Capítulo IX

—Si fuera usted siempre así —dijo María, inclinándose para prender el cigarrillo en el encendedor que le ofrecía Miller—, la vida, el mundo, la gente, todo le parecería más agradable. Para ser feliz no hay como hacer felices a los demás. Usted nunca ha hecho feliz a nadie. Puede que esta noche sea la primera vez.

Miller se guardó el encendedor y se recostó en el asiento. Una brisa tenue, fantasmal, acariciaba la terraza. Habían cenado allí, a espaldas de la gran casa colonial, entre el ramaje de las enredaderas, con los árboles del parque muy cerca y un estanque donde las ranas croaban infatigablemente. No hubo un solo punto de discordia, una sola fricción. Miller se mostró suave, atento, tranquilo. La criada india que les sirvió anduvo de una parte a otra en silencio. María habló: de sí misma, de su padre, de Europa, de los Estados Unidos, de Méjico. La noche discurrió plácidamente, como si la muchacha y el hombre fueran viejos amigos un poco cansados que tuvieran depositada uno en otro confianza plena. Y sin embargo, esto era falso. Miller podía captar, por debajo de aquella calma, el hervor de pasión que encandilaba los ojos de María. Había una rigidez expectante, una especie de conciencia vital de que él era un hombre y ella una mujer, a la que ninguno de los dos podía sustraerse. En el fondo, muy en el fondo, ambos estaban tensos y alerta.

—De modo que la he hecho feliz —dijo Miller.

—Bien lo sabe.

Él sonreía burlonamente.

—Es sencillo: se pone uno a comer en casa de un millonario, se inclina por aquí, se inclina por allá, se le pregunta a una señorita si quiere un poco más de salsa, se comenta que el asado es excelente,

y la señorita es feliz. Pasmoso. Pues entérese, no se puede ser feliz representando una farsa.

—Usted no ha representado una farsa.

—Eso es lo que usted desearía.

—Y si la ha representado, lo mismo da. Es capaz de hacerlo, y lo mismo da. —María entornó los párpados—. Creo que no llegará usted nunca a entenderme, Steve. Nunca sabrá por qué le he traído a esta casa, ni por qué seguí a su lado después de haberme insultado como me insultó.

Miller guardó silencio, escuchando a las ranas.

—No me obligue otra vez a ser desagradable —replicó luego—. Será por instinto o será por lo que sea, pero uno no insulta más que a las mujeres que lo están deseando. Es un proceso natural: a medida que se las va tratando peor, ellas se van poniendo como caramelo. Pero dejemos eso. La advertí este mediodía que entre usted y yo estaba ya dicho todo.

María se puso en pie.

—Nunca lo entenderá —insistió.

—¿A dónde va? —preguntó Miller.

—Venga, daremos un paseo en torno al estanque.

Él no se movió.

—No lo sueñe. Delo sola, si gusta.

—Steve, ¿por qué coge usted siempre las cosas por los pelos?

Miller retiró su silla y, de mala gana, se levantó.

—Enséñeme las colecciones de su padre —dijo—. Será menos romántico, pero más divertido. Desde chico me ha preocupado saber en qué gastan los ricos el dinero que les sobra.

María cruzó la terraza mirando al suelo.

—Lo que usted prefiera, Steve. Por aquí.

Era evidente que Casimiro Morales dedicaba, no sólo dinero, sino tiempo y cariño a sus colecciones. Las tenía expuestas en las grandes salas de la planta baja, entre antiguos muebles cargados de reminiscencias españolas. Miller sacrificó más de media hora a los trajes típicos, los instrumentos musicales y las creaciones de los artesanos de Cuernavaca, Acapulco, Puebla, Oaxaca, Guadalajara, y Monterrey. Lo hizo porque en las paredes, colgadas, distribuidas formando panoplias, estaban las armas: machetes, cuchillos, viejos rompecabezas, extraños útiles procedentes de las excavaciones

arqueológicas de San Juan Teotihuacán y Tenayuca, puñales aztecas, mazas toltecas, zapotecas y mayas; armas de todas las formas y épocas, desde las más primitivas al facón de los peones de Baja California, Sonora y Chihuahua.

Dos cuchillos de hoja recta, cruzados debajo de un candil, componían una X de acero y cuerno. Al llegar a ellos. Miller se detuvo. Eran idénticos al que sobresalía de la espalda de Hugues cuando le encontró muerto en su estudio de State Square.

—Los indios los fabrican en El Altar —dijo María—. No tienen valor, se venden por todas partes. ¿Qué ha visto usted en ellos?

—Uno es más viejo que otro.

—Siempre han estado juntos ahí.

—Fíjese en la empuñadura: una es amarillenta; otra, todavía blanca.

La muchacha siguió adelante.

—Será por el color del asta con que la hicieron.

Miller no replicó. Estaba mirando su reloj.

—Es tarde —dijo, a media voz—. Debo irme.

María regresó rápidamente a su lado.

—¿Ya? No, Steve, no puede ser.

—¿Se ha roto el encanto?

—Por Dios, no se burle. ¿Por qué no se muestra humano, aunque sólo sea un momento? ¿Por qué se niega a ser el que es? Steve, yo quisiera…

—Cállese —la interrumpió Miller, con suavidad.

Estaban uno frente a otro, al extremo de la vasta sala iluminada a porciones irregulares por los candiles indios y las churriguerescas lámparas de la época colonial, sumidos en un mundo de sombras fantásticas, de extrañas figuras, de trajes, sombreros, embozos, sarapes y capas multicolores, de vasijas increíbles, de plumarios, de máscaras. El silencio pesaba a su alrededor. Una atmósfera mágica les envolvía.

María adelantó un paso, hasta que su rostro se halló bajo el de Miller. El la recorrió con los ojos: su vestido blanco, ciñendo una exquisita figura juvenil; sus esbeltas piernas, sus sandalias verdes de alto tacón; el chal verde, blanco y rojo que llevaba, sobre los hombros desnudos; su cara de líneas patricias, su tez morena y mate; sus profundas pupilas, donde parecía arder un fuego

misterioso.

—Steve… —susurró ella.

Miller se inclinó un poco y luego se enderezó. Su rostro semejaba labrado en granito. Impasible, sin pronunciar palabra, dio un cuarto de vuelta, echó a andar hacia la puerta y abandonó el salón.

Los ojos de María estaban húmedos cuando se reunió con él en la terraza. El servicio de mesa había sido retirado, y en su lugar había una bandeja con hielo, soda y licores. Miller, mirando al bosque, se servía tranquilamente un vaso de *whisky*. No se volvió al oír que la joven se le aproximaba.

—Puede que, al fin y al cabo, hubiera sido mejor el paseo en torno al estanque: —dijo, por encima del hombro.

—Déjeme. —Suplicó ella—. Prefiero que no hable.

Miller rió sin alegría.

—Duele, ¿eh? Bueno usted se lo busca, por comportarse como una tonta.

—Nunca imaginé que existieran hombres como usted.

—Ahora ya sabe que existen. —Miller se volvió, María, apoyada en una columna cubierta de enredaderas, no le miraba—. Debo marcharme. ¿Tiene aquí mi sombrero?

Ella se inclinó sobre la mesa para pulsar el timbre.

—Bébase el *whisky* sentado —indicó—. Si ha de ir al «Monumental» antes de que empiece la sesión, le queda tiempo. Y el *whisky* le hará bien.

—¿Por qué dice eso?

—Porque necesita olvidarse de sí mismo. Beba, es una solución.

La criada india apareció en la puerta, y María le hizo un signo.

—Es usted una criatura —dijo Miller—. La próxima vez que venga le traeré unos caramelos, un libro de cuentos y una muñeca. Los hombres, como juguetes, son demasiado peligrosos.

—Usted no se ha mostrado precisamente peligroso.

—Diga que no sabe en qué consiste el peligro.

La criada acudió con el sombrero, y Miller lo cogió.

—¿No termina su *whisky*?

—No.

María echó a andar hacia el extremo de la terraza.

—Le acompañaré a la puerta.

Descendieron al parque y caminaron uno junto a otro, en absoluto silencio, por la pista de grava que conducía a la verja exterior. Habían cubierto la mitad de la distancia cuando unos focos, desde la calle, les deslumbraron.

—Mi padre —anunció María, con calor.

Miller se detuvo.

—¿Le esperaba?

—He estado deseando que regresara con tiempo para conocerle a usted.

—¿Qué gana con ello?

Se oyó el chirrido de la verja al abrirse y el roncar del motor al entrar en la pista de grava. María asió de la manga a Miller.

—Mi padre nunca se equivoca al juzgar a un hombre. Quiero que le vea y me dé su impresión. Sé que coincidirá con la mía. Lo sé, estoy segura, completamente segura, porque yo…

El coche llegó junto a ellos y se detuvo. Era un «*jeep*» descubierto. A la luz de los faroles que flanqueaban el camino desde la casa a la puerta, Miller vió que su único ocupante era un hombre como de cuarenta y cinco años, curtido, con las sienes grises, vestido con una camisa y unos pantalones de vaquero. Su rostro enérgico, de trazos nobles, apuesto y viril, tenía, como su actitud, el mismo sello de casta privilegiada que caracterizaba a María. A su lado, en el asiento, se veía un portafolios. Tanto el hombre como el vehículo estaban cubiertos de polvo. Aquel polvo, se dijo Miller, era el de las resecas y pésimas carreteras del interior de la península californiana.

—¡Papá!

Casimiro Morales se apeó y estrechó a su hija entre los brazos. Ciñéndola por los hombros, se volvió luego a Miller.

—Papá, éste es mi amigo Steve Miller. Hemos cenado juntos. Trabaja en el «Monumental Palace». Se va ya.

—Mucho gusto —dijo Morales, en un inglés suave, correcto, pero sin matices—. Es una lástima que nos deje usted tan pronto, señor. Tendría sumo placer en invitarle a beber alguna cosa.

Miller experimentó una sensación rara al estrechar su mano.

—Lo siento. Me he quedado tanto tiempo como he podido.

—Confío en que María habrá sabido hacerle los honores de mí casa.

—Puede creerlo.

Morales sonrió.

—Bien, no es mi deseo demorarle, señor Miller. Espero verle pronto.

Miller murmuró un saludo. No se movió mientras Morales besaba a su hija, saltaba al «*jeep*» y reemprendía la marcha. Después echó a andar otra vez, con la muchacha a su lado.

—¿De dónde viene su padre? —preguntó, al llegar a la verja.

—De visitar a sus clientes del campo. Es un trabajo duro.

Miller tenía la mirada perdida en el vacío.

—Me gustaría saber lo que llevaba en ese portafolios. Seguro que valía una fortuna.

—Oh, pólizas, contratos, todo eso.

—Sí —dijo Miller—, quizá sí; quizá eran pólizas y contratos.

María se situó delante de él.

—Steve, ¿volveremos a vernos?

—Para usted, sería una suerte que no; pero lo más probable es que sí.

—¿Cuándo?

—Deje que lo decida el azar. Buenas noches, María. Gracias por la cena.

La muchacha fue a decir algo, pero mudó súbitamente de intención, dio media vuelta y entró en el parque. Miller no esperó a verla desaparecer. Se puso en camino a largos pasos, por la Avenida Reforma, en dirección al centro. En la primera esquina encendió un cigarrillo. Su rostro se nubló paulatinamente, a medida que se alejaba de la casa.

Llegó al «Monumental» de pésimo humor. La sesión ya había comenzado y la gente reía con un cortometraje de Tom y Jerry. Miller se encerró en su oficina y trató de recapacitar. Casimiro Morales le obsesionaba: moreno, de mediana estatura, distinguido, duro; vestía de blanco, en ocasiones, y en ocasiones usaba zapatos de suela de crepé; de sus dos cuchillos indios, colgados en cruz debajo de un candil, uno parecía más nuevo que otro; tenía dinero y libertad de acción, y se ausentaba de San Crispín frecuentemente; estuvo en Hollow la noche que murió Jefferson Hugues; regresaba en un «*jeep*» polvoriento, llevando consigo un portafolios. Un portafolios, en fin, aproximadamente de las mismas dimensiones

que el paquete con treinta mil dólares de heroína que Rita introdujo en la bolsa lateral de su coche.

Y Casimiro Morales era el padre de María, además.

Miller murmuró un juramento, descargó un puntapié a su escritorio, abrió la puerta y llamó al ordenanza. Se hizo traer una botella de *whisky*. Estuvo bebiendo vaso tras vaso hasta después de comenzar la película base del programa.

Entonces salió y se trasladó a la sala. En el lienzo, Vera Ellen seguía bailando y coqueteando con sus galanes vestidos de etiqueta. Miller bostezó. El *whisky* le había calmado los nervios, pero se sentía infinitamente cansado de todo y de todos.

Luego vió un forma blanca que se movía en un palco.

El palco era el número 13. La sensibilidad de Miller se puso al rojo vivo. El enigmático mensajero estaba allí: el jefe entraba de nuevo en escena, para que a Frankie Parata, al otro lado de la divisoria, no le faltase el suministro. Treinta o cuarenta mil dólares viajarían en su coche hacia Hollow. El hombre que vivía en la sombra salía otra vez, por un instante, a la luz. Blomberg dijo él que se hallaba ausente. Pues bien, ahora había regresado.

Miller abandonó su puesto y se desplazó rápidamente, por el fondo, a través de la sala. La forma blanca desapareció. Miller echó a correr hacia las cortinas que comunicaban con el pasillo de los palcos. Las apartó de un manotazo y transpuso la puerta. Se encontró en el pasillo desierto.

No se veía a nadie. Después sí: un hombre vestido de blanco, buscando la obscuridad, caminaba hacia la puerta siguiente para volver al patio de butacas. Miller se lanzó en pos de él. El hombre se hundió en las cortinas.

Cuando llegó allí, a Miller le pareció que alguien se le echaba encima por la espalda. Quiso volverse y no tuvo tiempo. Un objeto duro se abatió sobre su cabeza. El mundo estalló.

Miller se derrumbó poco a poco.

CAPÍTULO X

Reconoció el lugar: era la oficina de Blomberg. Blomberg mismo estaba sentado al borde de su mesa, balanceando una pierna, con una botella en la mano.

—Vamos, es hora ya de que despierte. Ha de largarse.

Miller se dio cuenta vagamente de que se encontraba hundido en un sillón, en mangas de camisa, con toda La cabeza y el pecho empapados en agua. Le atenazaba la nuca un dolor atroz. Se dio masaje, movió el cuello y, oprimiéndose las sienes con ambas manos, miró en torno.

Rita se hallaba sentada al fondo.

—¿Qué ha pasado?

—Estúpido —gruñó Blomberg—. Le dije que yo jugaba en esto mis propios triunfos. Ha estado a punto de echarlo todo a perder.

Miller, súbitamente, recordó.

—El jefe estaba aquí.

—¡Qué demonio importa que estuviera o no! —Blomberg tenía la cara congestionada de cólera—. A usted, eso no le incumbía. Si llega a salirse con la suya, la combinación se va a paseo. Deje al jefe en paz hasta el momento oportuno. Imbécil, más que imbécil.

—Supongo que fue usted quien me golpeó.

—Sí, señor, fui yo, ¿y qué? ¿Qué era lo que se proponía? ¿Qué es lo que buscaba? ¿Estafarme?

—Verle la cara a ese hombre.

Blomberg masculló una maldición.

—Bueno, pues no se la ha visto, ni se la verá hasta que me convenga a mí. ¿Me cree tonto? Usted no despachará al jefe en tanto no sepa quién es, y ha de contar conmigo para eso.

—Blomberg, tiene usted miedo de su propia sombra.

Rita se levantó perezosamente y se decidió a intervenir. Le cogió a Blomberg la botella de la mano.

—Bebe un trago, Steve.

El la rechazó.

—Quita de ahí. Lo que necesito es un par de aspirinas.

—Trae aspirinas, Geo. Y no lo tomes así, no ha pasado nada: Steve ha seguido un impulso sin pararse a meditar las consecuencias, ¿no es así Steve?

Miller no respondió. Cuando Blomberg aportó las aspirinas, las engulló con un trago de «*whisky*», encendió un cigarrillo y recostó la cabeza en el sillón, cerrando los ojos.

—Es tarde —dijo Rita, al cabo de unos minutos—. Haz un esfuerzo, Steve. Has de volver a Hollow cuanto antes.

Miller no se inmutó. Permaneció absolutamente inmóvil, sólo elevando el brazo a intervalos para llevarse el cigarrillo a la boca, hasta que éste se consumió. Luego comprobó que se había aliviado. Tenía en lo alto del cráneo un bulto doloroso, pero movía la cabeza con libertad y veía y oía claramente. Se puso en pie. Al momento advirtió que de su funda axilar faltaba el revólver.

Le hizo a Blomberg un gesto expresivo.

—Venga el petardo. Rápido, o esto acaba aquí.

Blomberg, ceñudo, se sacó el arma del bolsillo y se la entregó. Miller inspeccionó el cilindro, el percutor y el cañón, y los halló sin novedad. Guardándose el revólver, se volvió hacia la puerta.

Sus pasos, al principio, fueron poco firmes. Rita fue con él y le asió del brazo. Blomberg se quedó sentado a medias en la mesa, mirando al suelo.

—Lo que hiciste no estuvo bien. Steve —dijo la mujer, mientras avanzaban por el pasillo—. Geo tiene razón. Ve con cuidado, porque es receloso y no se fía de ti. No le des motivos para que te eche la zancadilla.

La sesión había terminado y el cine estaba vacío, con las luces apagadas y un aspecto sucio, triste y desmantelado.

—Sé cuidarme —replicó Miller.

Fuera, en la zona de aparcamiento, no quedaban más que dos coches: el de Blomberg y el suyo. Rita le cogió la mano con que iba a abrir la portezuela, y la retuvo agarrándole de la camisa.

—Steve, no te vayas así. Desde esta mañana estoy esperando

encontrarme sola contigo. No quiero que pienses…

Miller se desasió con un codazo.

—Búscate otro con más tragaderas, paloma. A mí, eso no.

Rita le bloqueó la entrada al coche.

—Tienes que escucharme. —Sus ojos llameaban—. Si te he engañado, ha sido por tu bien. No podía hacer más que seguirte la corriente. Sabía lo que pensaba Geo y veía que te metías en un mal paso, pero esperaba arreglarlo todo con el tiempo. Yo no tuve la culpa de que Lezama intentara matarte. Al revés: si vives todavía, me lo debes a mí. Soy yo quien ha convencido a Geo, quien ha suavizado las cosas. Te juro que es verdad, Steve, que te quiero y que estoy a tu lado y que te apoyaré cueste lo que cueste.

—Prefiero que te apartes —insistió Miller, con voz helada.

Ella, impetuosamente, le echó los brazos al cuello y le besó. Miller permaneció rígido, indiferente, lejano, duro e impersonal como una roca. Rita, con una exclamación ahogada, le soltó y retrocedió un poco.

—¡Oh, eres odioso! —exclamó, respirando agitadamente—. Steve ¡maldito el momento en que te cruzaste en mi camino! ¡Ojalá algún día te haga alguien el daño que tú haces! ¡Ojalá!

Miller, sombrío, abrió la portezuela, se sentó al volante y cerró de golpe. Tiró del botón de arranque. Se dio perfecta cuenta de que Rita, en la acera, se cubría el rostro con las manos y rompía a sollozar, pero no pronunció una sola palabra. Embragó. En el momento en que se ponía en marcha, la mujer se aferró al marco de la ventanilla e introdujo la cabeza en el coche.

—Y si es esa pájara de Casa Pablo la que te ha engatusado con sus millones —jadeó—. ¡Le sacaré los ojos y sabrá quién es Rita Drake para toda su vida! ¡Ella y…!

Con la mano abierta, Miller le empujó la cara hacia atrás, brutalmente, al tiempo que apretaba el acelerador. Rita perdió el equilibrio trastabilló y cayó sentada al borde de la acera. El coche, pausadamente, se alejó.

Antes de llegar a la frontera, en las últimas casas de San Crispín, Miller hizo alto. A su lado, en el asiento, muy bien plegada, alguien probablemente Rita, había depositado su chaqueta. Se la puso para disimular la mojadura de su camisa; se hizo el nudo de la corbata, sacó un peine de bolsillo y se ordenó el cabello. Después palpó la

bolsa lateral. El consabido paquete plano y rectangular estaba allí.

Pasó la aduana sin incidentes y se lanzó a toda velocidad por la recta pista hacia Hollow. Al llegar a la ciudad aminoró la marcha, cruzó la gran arteria de Washington Avenue y descendió hacia la zona baja. Tenía prisa por terminar su trabajo y deshacerse del cargamento. No se detuvo ante
«Monky's».
El nuevo punto de cita que Blomberg le había indicado, «Greenspot», estaba más allá, en el límite de la población, a un costado de la carretera que llevaba al aeropuerto.

Era un parador grande, con muchos rótulos luminosos y ventanales iluminados en la parte correspondiente al bar. Fuera había estacionados ocho o diez coches; por contraste, dentro no se veía más que a dos personas: una pareja de enamorados que tomaban café, a un extremo del mostrador.

La puerta con la advertencia de «Prohibida la entrada» era apenas visible, y el hombre que la guardaba estaba situado detrás. Debía medir un metro ochenta y pesar más de noventa kilos. Vestía un traje a cuadros chillones, y en su corbata verde había estampada una rumbera de violentas y groseras curvas.

—¿A cuánto la tarjeta de admisión? —preguntó Miller.

El hombre le estudió de pies a cabeza, se fijó en su camisa empapada, su cuello arrugado y su cabello húmedo, y guiñó un ojo.

—Ocho pavos por ser para usted.

Miller pagó, obtuvo un rectángulo de cartulina con sólo un círculo verde impreso en una cara, y siguió adelante por un corto pasillo. Transpuso otra puerta y se encontró en una sala iluminada desde el techo por tubos fluorescentes, donde había, a lo largo de toda una pared, un bar; en las otras, máquinas tragaperras; en el centro, una mesa a cuyo alrededor se agrupaban como quince jugadores de dados.

En el bar solamente estaban dos hombres: Grahame y
O'Mara.
Miller no se sentó junto a ellos, pero el gordo le saludó con una sonrisa. Inmediatamente, él y su guardaespaldas se levantaron. Miller vió que Grahame salía; en cambio,
O'Mara
cruzó por su lado y se metió en una cabina telefónica.

Miller pidió «*whisky*» solo. Empezaba a beberlo cuando el gordo se reintegró a su lugar, sin hacerle caso. Miller no tenía ganas de conversación, y nadie le obligaba a darla. Así, continuó bebiendo su «*whisky*», acodado en el mostrador, escuchando las exclamaciones y los comentarios de los jugadores situados a espaldas suyas.

Dejó trascurrir veinte minutos. Luego pagó y se dispuso a marcharse.
O'Mara
extendió entonces un brazo por delante de él.

—Todavía no, pimpollo.

—¿Qué pasa?

—Digo que todavía no. Anda, echa otro trago. Yo invito.

Miller se preguntó a quién habría telefoneado. Pero, en aquel momento, Grahame reapareció. Mientras avanzaba hacia ellos hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Está bien —suspiró
O'Mara
—. Puedes irte.

—Saludos —dijo Miller.

Cruzó la sala y salió al bar exterior. Además de los enamorados, había allí un hombre alto, vestido de obscuro. Cuando ganó la calle, el hombre la ganó en pos de él. Se veía a otro en la acera. Al borde de ésta estaba parado un «Cadillac» negro de modelo especial, grande como un portaaviones.

Los dos hombres se situaron a espaldas de Miller al tiempo que la portezuela trasera del «Cadillac» se abría. Otro hombre se asomó por ella, y Miller reconoció la cara sombría y vulgar de Frankie Parata.

—Sube —dijo el cacique.

Miller obedeció y se sentó a su lado. Rápidamente, los dos hombres ocuparon el asiento delantero, uno tomó el volante y el coche arrancó.

Parata sacó una pitillera de oro, y ofreció a Miller un cigarrillo.

—Bueno, muchacho, cuenta algo interesante.

—¿A qué viene esto?

—A nada. Le dije a Tony que me avisara en cuanto aparecieses con el asunto. Quiero noticias.

—Pudo ahorrarse la molestia: no las hay.

—Pero el jefe ha estado en San Crispín esta noche.

Miller inclinó la cabeza.

—Toque el chichón que tengo aquí. Me lo ha hecho Blomberg porque le parecí demasiado curioso.

Parata fumó en silencio.

—Si metes la pata y estropeas esto —dijo después— te arrepentirás.

—Lo sé de sobra.

—Necesito hacerte una advertencia.

—Hágala.

—Tú eres listo, y con los hombres listos hay que tomar precauciones para que no lo sean demasiado. —Parata tosió—. Voy a informarme exactamente de quién eres, de cómo has caído aquí, de por qué has entrado a trabajar con Blomberg. Pudiera ser que jugaras con dos barajas. Si es así, prepárate.

Miller se puso tenso. Sólo con un esfuerzo se dominó.

—Es usted quien me obliga a jugar con dos barajas. Yo no le ofrecí nada: usted me lo exigió. No venga ahora a pedirme cuenta de algo que no le debo.

—Alto ahí, muchacho. Yo te obligo a jugar con una sola baraja: la mía. Todo lo demás, a paseo.

—Hago las cosas a mí modo.

Parata rió.

—Te he prevenido, y basta. Lo mejor para ti es que te des prisa y no tropieces. Mañana quiero tu informe. Me he cansado ya de esperar.

—Está bien, trataré de tenerlo mañana.

—Eh, Ted —dijo Parata al hombre del volante— media vuelta y para en «Greenspot».

Cinco minutos después, con una sensación de hondo desasosiego, Miller estaba sentado solo en su propio coche, conduciendo hacia el centro de la ciudad. Hizo alto en un «drug-store» que volcaba su luz en mitad de una calle desierta, se apeó y fue al teléfono. Marcó el número del fiscal Crabbe con obscura determinación.

—Crabbe, necesito hablarle —dijo—. Si puede, si no es arriesgado, venga a mí hotel, como la otra noche.

—¿Por qué ha de ser arriesgado? —preguntó el fiscal.

—Parata empieza a interesarse por mí.

Crabbe murmuró algo ininteligible.

—Le esperaré en la esquina de las calles Lafayette y Sherman. Es un sitio tranquilo; nadie nos verá. Venga a pie. Dentro de media hora.

—O. K. —murmuró Miller.

Volvió al coche, lo condujo al «Dos Naciones» y lo dejó en el garaje. Luego anduvo lentamente, aspirando el aire tibio, hasta encontrar la calle Sherman y ascendió por ella en dirección al cruce de Lafayette. Tres veces se detuvo para asegurarse de que nadie le seguía. En aquel barrio residencial todo dormía, todo estaba en silencio. No había tráfico. Los pasos de Miller encontraban extraños ecos en las casas cerradas.

Tuvo que esperar diez minutos a que llegara Crabbe.

—He de contarle un par de cosas —anunció éste— pero antes quiero oírle a usted. Adivino que ha pasado algo.

—Mucho. —Los dos hombres empezaron a caminar, uno junto a otro—. Primero, que el tráfico de heroína está al borde de la crisis por la codicia de quienes andan metidos en él. La proposición que yo hice a Rita Drake resultó casi ingenua: ella y Blomberg habían pensado lo mismo. Este mediodía me han invitado a pactar y a entrar en su combinación. Quieren tender al jefe una emboscada en una casita donde, al parecer, Blomberg se ha entrevistado con él otras veces. Cuentan conmigo como ejecutor, ayudado por una banda de pistoleros mejicanos del calibre de Lezama, el que atentó contra mí. He aceptado. Si esto se lleva adelante, lo resolverá todo. Es decir, si a usted no le importa que me cargue a ese hombre.

—¿Va a hacerlo?

Miller alzó los hombros.

—Supongo que no tendré más remedio. Pero usted lo pagará. Le costará un pico.

El fiscal titubeó.

—¿No tiene usted sentimientos, Miller?

—Para un hombre que inunda de drogas el país, no. Yo he visto a muchachos y muchachas envenenados por la heroína. Piltrafas. Flacos, febriles, con el hígado destrozado, las piernas hinchadas y cubiertas de edemas, los huesos tan frágiles que los quiebra un leve golpe. Sin más esperanza que la muerte porque la desintoxicación es

un martirio superior a sus fuerzas. Puede que usted se haya metido en esto para asegurarse la popularidad en el condado, para ganar las próximas elecciones y quién sabe si para llegar algún día a senador; pero le juro Crabbe, que por su dinero solamente yo no haría lo que hago. Hay más. No, de veras que no me importará pegar un tiro a ese hombre.

—Está bien —susurró el fiscal.

—Quizá se dé el caso —prosiguió Miller, con voz fría y cortante— de que no necesite llegar a ese extremo. Esta noche he estado a punto de desenmascararle. Blomberg me lo ha impedido por la violencia. Me tiene miedo. La única posibilidad de que yo me amolde a sus planes es, a su entender, que ignore quién es el jefe hasta el momento decisivo.

Supone que, si lo averiguo, obraré por mi cuenta. Y no se equivoca.

—Eso sería lo mejor, Miller.

—Ya sé que sería lo mejor. Por otra parte, también Parata ha tenido una charla conmigo. Se equivocó usted al creer que Parata le diría a Blomberg que yo anduve mezclado en el asesinato de Hugues. Al contrario, lo que ha hecho ha sido precisamente imponer silencio a la policía. Necesitaba un arma contra mí, para coaccionarme. Todo está claro ahora: Jefferson Hugues trabajaba para él contra Blomberg, y debía traicionar al jefe con objeto de que Parata pudiera reunir las dos mitades del contrabando en sus manos. La noche en que murió iba a hablar con Parata; tenían una cita. Fue el jefe quien le mató para cerrarle la boca. Luego, Parata me ha propuesto un trato semejante. Me paga diez mil dólares y me cede el puesto de Blomberg en la organización a cambio de que descubra quién es el hombre. Si me niego, hará pública mi participación en los hechos, y Blomberg prescindirá de mis servicios. En otras palabras: puesto que sé demasiado, me matará.

El fiscal se detuvo a la luz de un farol.

—De todo eso se deduce que el jefe está sobre aviso de las intrigas que le amenazan.

—Así es, por lo menos en lo que se refiere a Parata. Ese hombre no es tonto. Se le hunde el suelo bajo los pies, pero no puede hacer otra cosa que seguir adelante porque forzosamente ha de valerse de gente como Parata y como Blomberg, aunque se exponga en

cualquier momento a ser traicionado. La solución, para él, es abrir bien los ojos y obrar con mano dura. Y la tiene dura, Crabbe. El miedo que siente Blomberg es prueba de ello. —Miller asió del brazo al fiscal, invitándole a proseguir la marcha—. El asunto, sin embargo, no acaba aquí. Parata lo ha complicado. Esta noche me ha dicho que no se fía de mí, que le parece que juego con dos barajas, y que quiere conocer no más tarde de mañana la identidad del jefe. Ha asegurado que se informará de quién soy y de por qué intervengo en esto. Óigame, Crabbe, ¿es posible que averigüe la relación que nos une?

—Posible sí —gruñó el fiscal—. Obramos con prudencia, pero todo depende de hasta dónde alcancen sus medios de información. Miller, esto no me gusta ni lo más mínimo.

—Existe el recurso de darse prisa.

—Sí, darse prisa, ¿en qué? ¿Quién es el jefe? ¿Lo sabe? ¿Tiene algún indicio?

—Un indicio, no —declaró Miller, lentamente—: «tengo la convicción».

—¡Miller! —exclamó Crabbe con los ojos muy abiertos.

—Aguarde, necesito una oportunidad de ponerle en evidencia. Dijo usted que un policía de San Crispín iba a hacerle unas investigaciones. ¿Qué ha resultado?

—De eso quería hablarle, pero…

—Suéltelo. Ayudará.

El fiscal respiró hondo.

—El teniente Robledo se ha ocupado de los cuatro personajes que le mencioné. Resulta que Zabala, el banquero, está fuera de toda sospecha: es muy anciano, lleva una vida sedentaria y tiene una reputación intachable. En cuanto a reputación, los cuatro coinciden; pero el juez Fajardo es el verdadero propietario de «Los Azules», una compañía de transporte de viajeros que figura a nombre de su mujer, y se ausenta frecuentemente de San Crispín con objeto, según parece, de inspeccionar el funcionamiento de sus líneas de autobuses. Antonio O’Neill posee la hacienda más grande que hay desde aquí a La Encantada: suelo pobre, pero muchísimas reses. Morales es un hombre dinámico, audaz, que se ha labrado una fortuna en poco tiempo,

que va y viene sin descanso…

—Que en ocasiones viste de blanco y usa zapatos de suela de crepé, que en sus desplazamientos por el interior lleva un portafolios de tamaño aproximado al de los paquetes de heroína que se pasan por la frontera, que estaba en Hollow la noche en que Hugues murió, y que guarda en su colección de armas dos cuchillos idénticos al que le causó la muerte a Hugues, uno de los cuales parece haber sido adquirido recientemente para formar pareja con su gemelo.

El fiscal volvió a detenerse, y miró a Miller a los ojos.

—Luego, ¿es Casimiro Morales nuestro hombre?

—Daría mi mano derecha a cambio de que no lo fuera.

—¿Qué le pasa, Miller? ¿Por qué dice eso?

El rostro de Miller semejaba tallado en roca.

—Porque estoy enamorado de su hija —replicó.

CAPÍTULO XI

A primera hora de la tarde, antes de salir hacia San Crispín, Miller, por teléfono, se puso de nuevo en contacto con el fiscal.

—Crabbe, quiero prevenirle de que es posible que esta noche se dispare la gran traca —dijo—. De un lado, Blomberg declaró que tendería su emboscada en cuanto regresara el jefe, y el jefe estaba ayer en San Crispín; de otro, el plazo que me concedió Parata termina hoy. Sea lo que sea, algo ocurrirá.

Hubo una pausa.

—Miller.

—¿Qué?

—Miller, he reflexionado acerca de lo que me contó anoche. Las circunstancias son tan especiales que, moralmente, no puedo obligarle a seguir. Lo digo tanto por los peligros que correrá como por la hija de Morales. Yo no sabía… En fin, renuncie, si quiere. Yo trataré de poner en claro lo que falta.

—¿Está dispuesto a pagarme lo que le pida?

—¿Cuánto será?

—Cincuenta mil.

—Cincuenta mil dólares —jadeó el fiscal.

—Le advertí que no sería barato.

Crabbe guardó un largo silencio.

—De acuerdo, Miller. Sacar esto a flote significa mucho para mí. Toda una carrera política, entre otras cosas.

—Entonces, envíe la mitad esta tarde, por giro telegráfico, a mí oficina de Los Ángeles. Yo telegrafiaré a mí secretaria y no moveré un dedo hasta que ella me notifique que ha recibido el dinero. Comprenda, Crabbe, no es que desconfíe de usted; pero puedo dejar el pellejo en San Crispín, y si es así mi secretaria sabrá a qué

destinar esa cantidad.

—Comprendo —el fiscal no se mostraba muy entusiasta—. Lo más difícil será hacer efectivos veinticinco mil dólares en unas horas.

—Lo mismo da que sea difícil o no. ¿Eso es todo?

—Tengo algo que decirle, Miller, algo importante. Casi lo olvidaba —el tono del fiscal varió—. El teniente Robledo me ha comunicado que no fue solamente Morales quien pasó toda o parte de la noche del asesinato de Hugues en Hollow. También estuvieron aquí Zabala y O'Neill. Es curioso que el banquero, viejo y rutinario, se desplazara. Ignoro el motivo. He hecho que los agentes de la fiscalía investigaran sus movimientos, y sólo he sacado en claro que O'Neill cenó con Larry Gage, un tratante en ganados de San Diego, y regresó a San Crispín a una hora indeterminada. Zabala cruzó la frontera a la mañana siguiente.

—Eso son minucias.

—No lo diga tan pronto. He pensado que sería muy conveniente que visitara usted a esa gente, Miller, con cualquier pretexto, y se formará un juicio acerca de cada uno. Yo no conozco más que a Zabala y al juez Fajardo, y aun superficialmente, y no me fío de la opinión de Robledo. Véales esta tarde y, si por la noche no ocurre nada, llámeme cuando vuelva a Hollow.

—¿De qué pretexto voy a valerme?

—Eso es cosa suya.

—Está bien.

—Nada más, Miller. Me ocuparé de su dinero. Buena suerte.

Miller envió un telegrama a su oficina de Los Ángeles, dando instrucciones para que la respuesta le llegara al «Monumental», y cruzó la frontera muy temprano. Bajo el sol de la tarde, San Crispín era un verdadero horno. Hervía el asfalto de las calles desiertas. Mientras tomaba una cerveza en un bar de la Plaza Juárez. Miller recapacitó y se trazó un plan para cumplir con el deseo de Crabbe. Se daba cuenta de que el fiscal no había hecho más que alentarle como a un enfermo incurable a quien se habla de la llegada de la primavera, pero aun así él mismo sentía la necesidad de salir del

círculo vicioso en que se había estado moviendo. Se preguntó por qué habría dicho que amaba a María Morales. Y también se preguntó si sería verdad.

Su primera visita fue para Antonio
O'Neill.
El hacendado, cuando residía en San Crispín, habitaba una gran casa situada, como la de Morales, en la lujosa Avenida Reforma. A Miller le recibió un criado mestizo de cara obscura y ojos de pescado. Tuvo que esperar en un vestíbulo sombrío, triste. Se oía sonar un piano, no lejos.

—Por aquí, señor.

Miller siguió al criado a través de un salón, hasta una puerta protegida de la luz y las moscas por una tupida cortina de caña. Más allá había una veranda repleta de flores, con muebles de junco y lona.



Un objeto duro se abatió sobre su cabeza.

Un verdadero telón de enredaderas salpicadas de campanillas azules y blancas la aislaba del exterior. Tendida en una silla extensible vió Miller a una mujer que leía. Era joven, no mayor de veinticinco años, y muy morena. De que la habían fabricado con un molde de primera calidad daban fe la ligera blusa blanca y los «*shorts*» rojos que llevaba puestos. La línea de sus piernas, en particular, era un verdadero primor artístico.

—¿A qué debo el honor de esta visita, caballero?

Miller se volvió rápidamente. Vestido con una especie de pijama blanco, descalzo y sosteniendo entre los dedos una boquilla, Antonio O'Neill estaba también recostado en una silla de lona. Tendría alrededor de treinta y cinco años. Rubio, de tez sonrosada, posaba en Miller dos fríos y escrutadores ojos azules. Había hablado en español.

—Soy corresponsal de la revista «Pacific», de los Ángeles —declaró Miller, en el mismo idioma— y preparo un trabajo sobre la vida en la frontera. Si no fuera molestia, me gustaría conversar un rato con usted.

—¿Precisamente conmigo?

—Es usted uno de los ciudadanos prominentes de San Crispín. Quiero hacer un reportaje a modo de retrato general de quiénes son alguien en Tijuana, San Crispín, Mexicali, hasta el río Colorado. «Pacific» es una revista dedicada a la sociedad, al turismo, ¿comprende?

—Ya veo. —O'Neill sonrió, pero sus ojos siguieron fríos—. Lamento que la diferencia de lengua haga esta conversación difícil para usted, señor, pero mi inglés es infinitamente más imperfecto que su castellano. Por favor, sírvase tomar asiento.

Miller, aunque a desgana, se vió obligado, para dar frente al hombre, a sentarse de espaldas a la mujer de la silla extensible.

—Su apellido no parece español —subrayó.

—Mi bisabuelo paterno era irlandés; he aquí todo.

—Y de él ha heredado, aparte el apellido, algunos caracteres raciales —dijo Miller, sacando su estilográfica y su cuaderno de notas—. ¿También la hacienda?

—La hacienda, en su mayor parte, proviene del patrimonio familiar de mí esposa. —O'Neill hizo un signo hacia la mujer situada detrás de Miller, y éste aprovechó la ocasión para volverse. La mujer, sin prestarles aparentemente la menor atención, seguía leyendo—. Quizá prefiera usted entrevistarla a ella.

Miller pensó que La idea no era mala, pero dijo:

—No, no la moleste; es cuestión de un momento. Deme usted algunos datos sobre su vida, sus problemas, sus ambiciones… Cosas que puedan interesar al lector, lo que a usted le parezca.
O’Neill
semejaba muy satisfecho de hablar de sí mismo. En tono suave, calmosamente, mientras asomaban astutos destellos a sus ojos helados, trazó su autorretrato en brillantes colores. Miller le dejó expansionarse sin hacer mayor caso de sus palabras, tomando notas de modo maquinal. No estaba allí para averiguar hechos concretos, sino, simplemente, para conocer al hacendado y formarse un juicio acerca de él. El juicio ya se lo había formado: un aventurero con cualidades para triunfar entre las damas, que había sabido hacerse con una buena presa y vivía de las rentas de su conquista; listo, cruel y, probablemente, mucho más duro de lo que se deducía de su aspecto.

—¿Conoció usted a la que hoy es su esposa en San Crispín?

—Nos conocimos en la Universidad. Compañeros de estudios.

—¿Qué estudiaban?

—Un poco de todo.

Miller observó que
O’Neill
miraba a la mujer cuando contestó a la última pregunta, pero no insistió. En una Universidad se podían estudiar muchas cosas, desde latín y griego a la química suficiente para elaborar el jugo de las cápsulas de adormidera. No necesitaba que
O’Neill
le dijera esto.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Seis años.

—¿Hijos?

—No.

—¿Felices?

—Sí.

Luego entraron en turno la hacienda y el ganado. Las tierras y las reses, en los primeros contrafuertes de «La Encantada», no rendían apenas hasta que
O’Neill

aportó a la propiedad su sentido comercial, su iniciativa y sus conocimientos científicos. Hoy, la riqueza ganadera se había multiplicado y su explotación era un éxito; un éxito personal de aquel hombre rubio, sonrosado, suave como el terciopelo, que sabía alabarse con tan exquisita elegancia.

Hubo poco más. Miller dedicó una última mirada a la mujer, y estrechó la mano de O'Neill con cierta admiración. Cuando volvió a pasar por el vestíbulo camino de la puerta, el piano seguía sonando, no lejos.

Francisco Fajardo, juez territorial, no estaba en su despacho ni en su casa. Por indicación del muchacho que atendía aquél, Miller fue a buscarle a una pulquería casi oculta en la boca de una calleja abierta a la Avenida Santo Domingo, y le encontró sentado a una mesa con dos paisanos pobremente vestidos que escuchaban absortos sus grandilocuentes explicaciones. Ellos tres y un gañán que, con un sucio sarape al hombro, rasgueaba suavemente una guitarra en la semiobscuridad de un rincón, eran los únicos ocupantes del local. Desde el mostrador, adornado con filigranas de «papel picado», Miller le observó antes de interpelarle. La muchacha que le sirvió un vaso de «*whisky*» del país se le indicó aplicándole el calificativo de «su excelencia», y era notorio que Fajardo se hacía acreedor a él. Ventrudo, corpulento, de clásico perfil indígena y estrechos ojos penetrantes, tenía un cierto parecido con el retrato de Benito Juárez fijo en la pared de todas las escuelas mejicanas. Hablaba con prosopopeya, pomposamente, dejando caer las palabras una a una, como arrastradas por su propio peso.

—Yo soy hijo del pueblo, y entiendo al pueblo y el pueblo me entiende a mí —le dijo a Miller, cuando éste se hubo presentado, llevándole aparte—. Mi amigo, no se sorprenda usted de hallarme en este lugar humilde. Un hombre digno jamás renuncia a su estirpe, a su raza, jamás olvida a sus hermanos ni reniega del medio social en que se crió. Beba usted un «tequila» conmigo. Luego me contará para qué necesita de Francisco Fajardo.

Miller bebió el «tequila» y expuso su historia acerca de un trabajo periodístico sobre la vida y los hombres de la frontera. El juez asintió:

—Yo soy un hombre de la frontera. He nacido y me he educado

entre los «pelaos» de San Crispín, que, siendo chamacos, mendigaban unos centavos al turista rico venido de California para ver la corrida de toros. Conozco esto y lo amo. Pregunte usted.

—Hoy es usted un hombre importante.

—Me he hecho a mí mismo, señor.

—¿Mendigando centavos?

—Comprando puros por medio peso y vendiéndolos a los tontos por peso y medio. Los tontos, aquí —sonrió— siempre han sido ustedes, mi amigo. Así empecé. Luego me ayudó la política. Es bueno que un hombre se apoye en el pueblo para que más tarde el pueblo pueda apoyarse en él. Ahora estoy solamente a la mitad de mi carrera. Usted espere y oirá hablar de mí.

—¿Como magistrado?

—Como servidor de la nación.

Miller miró al juez descaradamente a los ojos.

—Lo que yo escriba respecto a usted no van a leerlo sus electores —dijo— de modo que no hay peligro en que prescinda ante mí de su personalidad oficial. Me interesa su calidad humana, no su disfraz político. Es usted muy astuto, señor juez. Ha sabido situarse y le aplaudo. Según la Ley, un juez territorial no puede poseer bienes radicados en toda la superficie de su jurisdicción: usted, en cambio, posee una fortuna. Su empresa de transportes vale un montón de pesos. Por añadidura, la fuerza política que le respalda le garantiza la concesión en exclusiva, por el Estado, de las líneas que sirve. No todos los que empiezan explotando a los turistas alcanzan su posición.

La cara de Fajardo se había endurecido.

—¿Va usted a publicar eso?

—¿No es la verdad?

—Le pregunto si va a publicarlo.

—¿Qué pasará si lo hago?

—Inténtelo y lo verá.

Miller rompió a reír.

—No se asuste, no ganaré nada con arrancarle la máscara. Siga usted representando su papel de «padre del pueblo» en paz. Esto, impreso, no divertirá a nadie. Son muchos los supuestos servidores de la nación, lo mismo en La mía que en la suya, que inscriben sus negocios a nombre de su mujer. El cuento no tiene chispa.

Fajardo, con el índice, trazaba dibujos invisibles sobre el tablero de la mesa.

—Usted sí la tiene, mi amigo —replicó—. Es audaz. Me gusta. No le guardo rencor. Ande, bébase otra copa conmigo.

—No he terminado todavía —anunció Miller.

—¿Y pues?

—Lo que sí divertiría a mis lectores. —Miller puso sus músculos en tensión—: sería que los negocios inscritos a nombre de su mujer sirviesen de tapadera a algo más grave. Sean jueces o no los que empezaron vendiendo a peso y medio lo que valía menos de uno, acostumbran a conservar el hábito de la trampa toda su vida. Y no se conforman con cigarros: pasan a más.

La cara de Fajardo se mantuvo rígida.

—Prefiero no saber qué es lo que usted insinúa —dijo secamente —. Márchese. Se lo aconsejo de corazón.

Miller se puso en pie.

—Muy bien, juez. Pida a Dios que lo que insinúo no sea también verdad.

—¿Cómo se llama usted?

—No tengo nombre.

Cuando Miller salía de la pulquería, el gañán comenzó a cantar algo relacionado con una cierta Adelita y que se iba con otro.

Las oficinas del Banco Zabala, en la Plaza de la Libertad, ya habían cerrado. Miller fue a casa del banquero.

—Está en su club —le dijeron allí.

—¿Cuál es?

—El «Círculo Republicano».

En el «Círculo Republicano», Manuel Zabala se hallaba sentado a una mesa de «chemin-de-fer». Era anciano, sí, y puede que fuera rutinario, pero no estaba achacoso. Sus morenas y nudosas manos, que jugaban con las fichas mecánicamente, conservaban un magnífico vigor. Tenía el cabello, largo, abundante y canoso, dispuesto en torno al rostro de un modo que le daba cierto aire de antiguo pionero de la colonización, acentuado por el enérgico cincelado de su perfil. A sus ojos asomaba una llama de pasión, de eterna juventud, de inteligencia. Vestía un traje blanco impecable, con corbata y zapatos negros.

—¿Qué desea? —preguntó escuetamente, cuando Miller se

dirigió a él.

En la mesa se estaba cubriendo una banca de quinientos pesos. Mientras, Miller repitió su historia por tercera vez.

—El resto para mí —indicó Zabala. Luego hizo un ademán negativo—: Lo siento, caballero, no tengo nada que declarar.

Se dieron cartas.

—Nueve —anunció la banca, mostrando un cinco y un cuatro. Y añadió—: Quedan.

—Banco —dijo rápidamente Zabala.

Empujó un puñado de fichas hacia el centro de la mesa, y esperó a que nuevamente le dieran cartas. Recibió una dama y un tres. Pidió otra. Fue un siete. Las volvió tranquilamente boca arriba.

—Bacarrá.

La banca mostró un cuatro y un dos, y anunció de nuevo:

—Quedan.

—Banco —repitió Zabala.

Añadió a lo que tenía en fichas un billete de mil pesos y lo empujó. El «croupier» cambió por fichas el billete. Se dieron cartas por tercera vez. Zabala sumó cinco y la banca siete. La banca declaró:

—Paso.

Y Zabala, con un breve suspiro, se recostó en el asiento.

—Si me atiende usted —sugirió Miller— puede que la suerte le cambie.

Zabala volvió un poco su rostro hermético.

—Márchese; ¿no se da cuenta de que está molestando?

Miller se encogió de hombros y renunció. Cruzó a paso lento las salas del club. Al ganar la calle pensó que, en suma, había visto de Manuel Zabala lo suficiente, y que sabía de él más de lo que hubiera obtenido en el curso de una conversación regular.

Anduvo bebiendo de una parte a otra, pensativo, mezclándose a los turistas, como en el tiempo que pasó en San Crispín a la espera de que el contacto con la organización de Blomberg se produjese. Luego cenó en un restaurante barato: guacamole, enchiladas y café. Fue temprano al «Monumental», con ganas de seguir bebiendo todavía.

Preguntó al conserje por Blomberg, y supo que no estaba.

—Pero aquí tiene usted un telegrama, señor.

El telegrama llevaba solamente la palabra «Llegó» y la firma «Fay». Fay Falcom era su secretaria. Había recibido el giro: veinticinco mil dólares. El fiscal Crabbe cumplió como bueno. Ahora le tocaba cumplir a él.

CAPÍTULO XII

En la obscuridad de la sala, mientras pasaban el noticiario, una voz, con fonética castellana, pronunció su nombre:

—Señor Miller.

Miller se volvió. El hombre que estaba a su lado era un desconocido. Apenas veía de él más que unos grandes bigotes y unos ojos saltones y brillantes.

—No se mueva, no conviene que nos vean juntos. Es por usted. Soy el teniente Robledo, de la Jefatura Central de San Crispín. El señor Crabbe me ha dicho que le encontraría aquí. Traigo un recado de su parte.

—¿Usted me conoce?

—De vista, como a todos. Atiéndame, señor, es importante. El señor Crabbe me ha llamado por teléfono. Quiere que tenga usted mucho cuidado con Parata, que lo sabe todo o está a punto de saberlo.

Miller apretó los puños.

—¿Es ése el recado?

El teniente siseó:

—Cállese. Alguien viene en su busca.

Era Blomberg.

—Espéreme aquí —dijo Miller.

Se adelantó al encuentro del hombre y éste, sin pronunciar palabra, le hizo seña de que le siguiera. Miller obedeció con una mano apoyada sobre la funda del revólver.

Blomberg le condujo a su despacho. Dentro, sentado en un sillón, estaba un mejicano vestido chillonamente, enjuto, de cabello lacio, rostro brutal, con una cicatriz que le deformaba la boca. Iba muy perfumado. Sostenía en la mano un vaso de «*whisky*». Había

otros vasos y una botella en el escritorio.

—Éste es Cortezo —dijo Blomberg.

Miller se dio cuenta de que tenía los nervios de punta. Se restregaba las manos, pestañeaba, había perdido su aplomo y su fatuidad. Su cara picada de viruelas reflejaba una extraña emoción.

—¿Y bien?

—Todo listo —anunció Blomberg.

Miller sintió un vacío en la boca del estómago.

—¿Quiere decir que ha preparado su cita con el jefe?

—Sí.

—¿Acudirá?

—Sí, a las doce. Le prometí que lo haría en cuanto regresara a San Crispín, y lo he hecho. Ahora, el resto depende de usted.

La suerte estaba echada, pensó Miller. Él era como el engranaje de una inmensa máquina que hubiera empezado a moverse y ninguna fuerza humana alcanzase a detener. Así lo había querido. De un modo u otro, la aventura iba a terminar aquella noche.

Señaló con el dedo al mejicano.

—¿Quién es Cortezo?

Blomberg, vuelto de espaldas, llenaba dos vasos de «*whisky*».

—Cortezo le ayudará. Tendrá consigo a dos muchachos, por si hacen falta. Beba, Miller.

Miller bebió. Lo necesitaba.

—¿Cómo irá la cosa?

—No hay variaciones. Saldrá usted de la ciudad por la carretera de la costa, y el señor Cortezo y sus amigos le esperarán en el cruce de «El Cerro». Se llevará usted mi coche. La casa está a dos kilómetros exactos del cruce, junto al río, metida en un camino con un rótulo que dice «Particular». Es una cabaña de pesca. Esperarán ustedes dentro. La cita es a las doce en punto. Supongo que sabrán desenvolverse.

—¿Eso significa que no va usted a venir?

—Claro que no. ¿Para qué cree que me he metido en este fregado? Si tengo que ir yo, maldito lo que gano llenándole a usted los bolsillos de oro.

Miller estudió la cara descompuesta de Blomberg.

—Entiendo. Es el miedo lo que le hace tomar tantas precauciones —apuró el «*whisky*» y tendió el vaso a Blomberg para

que se lo volviera a llenar—. Bueno, ¿para qué necesito su coche? ¿No tengo el mío?

—El coche quedará ante la casa, y el jefe lo verá. Ha de creer que soy yo quien le espera.

—Qué astuto —se burló Miller.

Blomberg desviaba obstinadamente la vista.

—¿Quiere dar alguna orden al señor Cortezo?

—Que ejercite su puntería.

Cortezo sonrió y habló por primera vez:

—Mi puntería es buena, señor —dijo, en un inglés exótico—. Si no lo fuera, yo estaría muerto hace muchos años.

—Concretemos, Miller —gruñó Blomberg—. En cuanto termine la sesión de cine, coja mi coche y lárguese. Lo encontrará aparcado en el lugar de costumbre, con las llaves puestas. Se reunirá con Cortezo en el cruce, y no olvide que la cita es a las doce, y que el jefe no acostumbra a retrasarse. Al terminar, vaya a casa de Rita. Le esperaré allí. Cortezo y los muchachos se ocuparán de arreglarlo todo en la cabaña.

—¿Y el cadáver?

—A eso me refiero. Irá al mar.

—Conforme. Diga, ¿por qué no está Rita aquí?

—Déjela, se enfadó con usted anoche. Búa no importa.

—¿Nada más?

—¿Va armado?

—Siempre.

—O. K. —Blomberg trató de sonreír y fracasó—. Bebamos por nuestra buena suerte. Traiga acá su vaso, Cortezo.

Los tres hombres bebieron. Luego, solo, calmosamente, Miller regresó al patio de butacas.

Aunque se reintegró al lugar que antes ocupaba, no vió, al principio, al teniente. Después sintió que le rozaban el codo. Los ojos del policía brillaban a su lado.

—¿Qué fue esa entrevista?

—¿Me ha seguido?

—Atisbé desde el corredor. ¿No era Diego Cortezo el que estaba con ustedes?

—Sí, se llama Cortezo. ¿Quién es?

—Un angelito. Tenemos a varios como él aquí. Han venido del

Este, de los campos petrolíferos y los muelles de Tampico, buscando tranquilidad. Le han acusado cinco veces de asesinato, y siempre ha salido absuelto por falta de pruebas.

—¿Conoce a uno llamado Lezama?

—Es de su misma escuela —los ojos de Robledo se ocultaron detrás de los párpados—. Pero ha encontrado hace poco un hueso duro de roer. Está en el hospital.

—¿Por qué esa gente ha elegido San Crispín? ¿Qué hace?

—Espera una ocasión de emigrar a los Estados Unidos contratada por los grandes caídes de San Francisco y Los Ángeles.

—Usted sabe muchas cosas teniente.

—Algunas —sonrió el policía.

—¿Lo que persigue el fiscal Crabbe, por ejemplo?

—Lo imagino.

—¿Qué le ha dicho Crabbe de mí?

—Absolutamente nada. Que Parata lo sabe todo, o está a punto de saberlo, y que lleve usted cuidado con él.

—¿Qué pasará si Parata envía algunos de sus hombres a este lado de la frontera?

—¿Necesita preguntarlo?

Miller murmuró una maldición.

—¿Quiere ayudarme?

—Diga.

—Cuando esté a punto de terminar la sesión, vigile la puerta del cine, la calle y la zona de aparcamiento. Si ve alguna señal de peligro, avíseme.

—El peligro lo encontrará usted cuando vuelva a Hollow.

—Si es preciso no volveré. Teniente, ¿ha seguido usted investigando en torno a los cuatro hombres que Crabbe le mencionó?

—Sí.

—¿Ha averiguado algo nuevo?

—Sé lo que hizo Zabala en Hollow la noche que al fiscal le interesa.

—Jugar, ¿no?

—En efecto, jugar. Es su única diversión.

—Una diversión un poco cara. Conozco a esos cuatro hombres, teniente. No daría un centavo por la honradez de ninguno de ellos,

a despecho de su reputación, de su fortuna o de lo que sea.

Robledo rió.

—Yo tampoco. Pero hay que vivir de las apariencias, señor. De otro modo, la sociedad sería imposible.

—Teniente.

—¿Sí?

—Teniente, también necesito que vigile usted a esos hombres, a partir de este momento y hasta la una de la madrugada. Ponga a cada uno una guardia discreta, remota, que no le estorbe. Déjeles plena libertad. Si alguno se da cuenta de que es seguido, se producirá un mal irreparable; si no, puede usted encontrarse con la mejor oportunidad de su carrera. Esto es en beneficio de usted, se lo aseguro.

—Luego, esta noche, algo va a ocurrir.

—Posiblemente.

Robledo se tiró del bigote.

—Estaré alerta. Gracias, señor.

—A usted —dijo Miller.

Cuando se volvió la siguiente vez, el policía había desaparecido.

La sesión terminó. Se encendieron las luces. El público empezó a desfilar.

Miller se sentía nervioso. Abandonando la sala, se dirigió al despacho de Blomberg y lo encontró a obscuras, vacío. Fue a interpelar al conserje cuando ya las últimas personas abandonaban el local.

—El señor Blomberg se fue hace un rato, señor.

Miller, cabizbajo, salió a la calle. Miró a un lado y a otro. Todo estaba tranquilo. La noche era como una noche cualquiera, tibia, callada, sosa, inocente. Se quedó unos minutos inmóvil en la acera, mientras las luces de la fachada del cine se iban apagando a su espalda.

Luego se desplazó hacia la zona de aparcamiento. Si Robledo había puesto un vigilante allí, no se le veía. Solo, como siempre, se veían los dos coches: el de Blomberg y el suyo.

Subió al de Blomberg. Las llaves colgaban del contacto. Consultó el reloj. Eran las once y un minuto.

Se puso en marcha, y por el retrovisor observó si alguien le seguía. Nadie. Condujo hacia el límite oeste de la ciudad, hizo alto

en una cantina a la altura de las últimas casas, y se apeó. Le sobraba tiempo y le faltaba calma. Pidió una botella de «mezcla» para equilibrar las dos cosas, se sentó a una mesa con la cabeza apoyada en las manos, y fumó y bebió hasta las once y veinte.

Al reintegrarse al volante, ardía por dentro, le brillaban los ojos y su estado de ánimo había mejorado. Procuró no correr. El licor le estimulaba sin perturbar sus facultades y, sobre todo, concentraba su energía en torno a una sola idea: acción.

No era momento de pensar en nada.

Aminoró la marcha todavía más cuando distinguió la señal de cruce. Transcurrido un instante, sus faros descubrieron a tres hombres en pie a un costado de la carretera. Se detuvo.

—¿Todo en orden? —preguntó Cortezo, abriendo la portezuela.

En apariencia no iba armado, pero sus dos compañeros sostenían cada uno, bajo el brazo, una pistola ametralladora enfundada. Miller encendió la luz interior del coche para verles el rostro. Eran muchachos jóvenes, de rasgos mestizos, inexpresivos, vestidos con trajes claros muy bien planchados y corbatas multicolores. Sin hablar, ocuparon el asiento trasero. Cortezo se sentó delante.

—Todo en orden —replicó Miller.

Reemprendió La marcha, y Cortezo sacó un paquete de «Lucky».

—¿Quiere?

—Sí.

No se pronunciaron más palabras hasta llegar a la boca del camino. El rótulo con la inscripción «Particular» era muy visible. Miller abandonó la carretera. El coche saltó sobre el piso en mal estado. El camino descendía describiendo una amplia curva. Abajo, más allá de una espesura de bosque, una corriente de agua reproducía el fulgor de las estrellas.

La casita estaba entre los árboles, muy cerca del río. Era una casa prefabricada del modelo más económico, pequeña, un poco deteriorada por la humedad. Tenía delante una plazoleta alfombrada de hierba, y allí dio Miller la vuelta al coche y lo detuvo.

—¿Las llaves? —preguntó, al poner pie en tierra.

Cortezo sacó una del bolsillo y la hizo bailar en la palma de la mano.

—El señor Blomberg me la confió. Luego debo cerrar la puerta

—rió secamente— como si no hubiera pasado nada.

Entraron, primero Cortezo, luego Miller, y los dos muchachos detrás. Encendieron la lámpara de petróleo colgada encima de la mesa. La habitación central era tan diminuta que se tenía la impresión de estar metido en una caja. A un lado quedaba un dormitorio más pequeño aun, con dos literas superpuestas; a otro, el cuarto de aseo; al fondo, la cocina y una alacena cerrada.

—Lástima que no haya algo de beber —dijo Cortezo—. Nos alegraría la espera.

Miller dio una mirada a su reloj. Le sorprendió lo aprisa que había pasado el tiempo: eran las doce menos quince minutos.

—No será necesario esperar después que nos preparemos —replicó—. Vamos ahí fuera.

Salió con los tres hombres, y abarcó de una mirada las condiciones del terreno que rodeaba la plazoleta de césped. Eran buenas. Sin vacilar situó a uno de los muchachos entre los matorrales, casi detrás del coche; al otro, enfrente; a Cortezo, al pie de los árboles, junto al camino.

—Óiganme bien —dijo—. El hombre a quien esperamos llegará hasta aquí, probablemente, en su coche. Entrará en la casa. Déjenle de mí cuenta. No intervengan en tanto no se dispare el primer tiro y si yo no les ordeno hacerlo. No quiero precipitación ni errores. ¿Entendido?

Cortezo, todavía visible, sacó una «Lugger» de su pistolera de cintura, y la cargó con un sonoro chasquido.

—Muy bien, hermano —repuso.

Y se ocultó.

Miller regresó a la casa. Graduó la mecha de la lámpara hasta un mínimo resplandor, se sentó y encendió un cigarrillo. Tenía las manos absolutamente firmes. Estaba sereno. Era como en la guerra; llegado el momento del asalto, los nervios, por sí solos, se calmaban. Sólo que ahora, para calmarlos, necesitaba un poco de alcohol. La única diferencia.

Sacó y armó su revólver. Dejándolo sobre la mesa, se dispuso a esperar.

CAPÍTULO XIII

A las doce menos cuatro minutos, el largo y blanco destello de unos faros apareció en la curva del camino que descendía desde la carretera, trazó un semicírculo en el cielo y dibujó a contraluz las esbeltas siluetas de los árboles.

Miller se envaró. Crispó la mano sobre las cachas de su revólver. La fase final de su aventura empezaba allí. Y por un momento deseó que no hubiera empezado nunca.

El coche se aproximaba, rápidamente. Miller empuñó el arma, se situó detrás de la ventana y cuidó de que el quinqué, casi apagado, no proyectara su sombra. Desde allí vió al vehículo llegar a la base del camino, frenar, entrar en la plazoleta y detenerse a veinte metros de la casa.

Los faros quedaron súbitamente ciegos. A la luz de las estrellas, el coche resultaba perfectamente visible. Miller apretó las mandíbulas: era un «*jeep*».

Durante cerca de un minuto no ocurrió nada.

Luego, en castellano, una voz confusa llamó:

—¡Eh, Blomberg, venga acá! ¡Salga!

Miller titubeó. No alcanzaba a distinguir al ocupante del «*jeep*», pero era evidente que el hombre no tenía intención de apearse. Se preguntó por qué. Blomberg le había dicho que las anteriores entrevistas se celebraron en la casa, no fuera de ella. No había razón para que ahora ocurriese de otro modo.

—¡Blomberg!

Cortezo y sus dos camaradas tendrían las armas a punto. Miller tomó una súbita determinación: no le quedaba más remedio que salir y correr el albur. Estaba, a fin de cuentas, bajo la protección directa de sus tres aliados.

—¿No me oye, Blomberg?

Miller abrió la puerta y salió. Llevaba la mano con el revólver apoyada en la cadera. Avanzó un paso, luego otro y otro. Percibía la forma cuadrangular y elemental del «*jeep*», pero ni un atisbo del hombre situado detrás del parabrisas. El hombre, en cambio, no iba a tardar en darse cuenta del engaño, de que él no era Blomberg, de que se le había tendido una trampa.

Se detuvo. El motor del «*jeep*» roncaba. No estaba parado.

Iba a dar la orden de fuego cuando el ocupante del coche se le anticipó. Un lengüetazo rojo acarició las tinieblas. Sonó un estampido, pero Miller casi no se dio cuenta de que había sonado: la bala, golpeándole en el hombro, como un manotazo, le hizo girar sobre sí mismo y perder la estabilidad. Aturdido, oyó un terrible estrépito de disparos encadenados, como si en mitad de la noche estallara un artefacto infernal. Cayó, se encontró de bruces sobre la hierba sin saber por qué.

Al reponerse vió dos bocas de fuego a uno y otro lado de la plazoleta, donde los muchachos disparaban sus pistolas ametralladoras. Pero también vió que el «*jeep*» había desaparecido, y luego, durante una fracción de segundo, que sus faros se encendían y apagaban camino adelante, más allá de la espesura.

El estruendo de las metralletas cesó. La emboscada había fracasado. El hombre del «*jeep*», alerta y al volante de un coche rápido y de ágil maniobra, protegido por la obscuridad, se había burlado de ellos.

Y algo más. Cuando el hombre disparó, Miller estaba todavía demasiado lejos para que aquél se diera cuenta de que no era Blomberg quien se aproximaba. El hombre tuvo desde el principio una intención clara: matar a Blomberg. Había aceptado su cita, se había arriesgado a morir, sólo para matarle. Por esto Blomberg le tenía miedo. El jefe sabía, o presentía, que iba a ser traicionado, y siempre reprimía con mano dura la traición.

Todo esto lo pensó Miller tendido en el suelo, soportando una rara presión en el hombro. Luego:

—¿Visteis dónde cayó? —gritó la voz de Cortezo—. ¡Duro!

Miller quiso incorporarse y decirles que se equivocaban, pero las metralletas reemprendieron antes su bronco concierto. No, allí no había error posible. Aquélla era la segunda parte del proyecto de

Blomberg: matarle a él. La primera se había frustrado; era casi seguro que la segunda alcanzaría el éxito.

Los muchachos tiraban mal. Demasiado alto. Al jefe no le debió ser difícil escapar en tales condiciones.

Miller hizo un esfuerzo desesperado, se puso de rodillas, agazapado entre la hierba, y salió disparado como un muelle en busca de la protección de la casa. Las balas silbaron a su alrededor, una le desgarró la ropa y le quemó la carne. Nada más. En una borrachera de euforia consiguió doblar la esquina, entrar en la desenfilada y arrojarse en plancha al refugio de la espesura.

Allí, quieto, con el corazón batiéndole como un martillo, esperó.

—¡A por ellos idiotas! —ordenó Cortezo.

Los muchachos no salieron a campo libre, no fueron tan estúpidos. Miller les oyó pisotear la hojarasca, a ambos lados de la plazoleta, abriéndose paso a través del matorral. Pudo haber disparado por lo menos contra uno, el más próximo, pero prefirió no revelar su situación.

Los dos jóvenes se internaron en el bosque, detrás de él. Miller permaneció a la expectativa de lo que iba a hacer Cortezo.

Al cabo de un momento, le vió. Desde la boca del camino, de árbol en árbol, avanzaba hacia la casa. Miller alzó su revólver.

En el bosque, los dos muchachos se habían encontrado y hablaban a media voz.

Miller apuntó a la cabeza de Cortezo.

Dejó transcurrir unos segundos. Apretó el gatillo, y Cortezo se contorsionó y desapareció. Miller sabía que su tiro no había fallado: Cortezo estaba muerto.

Los muchachos empezaron a disparar a tontas y a locas. Miller, seguro de que por el fogonazo no habían podido localizarle exactamente, se aplastó contra el suelo, vuelto de cara a su dirección, con el revólver a punto.

Se veía claramente el chorro de fuego de las metralletas, que chamuscaba el ramaje. Miller eligió el blanco. Le envió una sola bala.

Las dos metralletas callaron. Alguien lanzó un grito, y a continuación sonó el rumor de una carrera que se alejaba barriendo los arbustos. Una única carrera, no más.

Sin abandonar las precauciones, dando un rodeo, Miller se

dirigió al coche de Blomberg. Llegó a él, se metió dentro y arrancó violentamente. Remontó el camino. Ganó la carretera sin que un arma hubiera vuelto a disparar. Se hallaba a salvo.

La tensión que le estuvo sosteniendo, cuando se encontró arriba, se relajó. Miller, suspirando, agotado, se recostó en el asiento. Así descubrió que le dolía el hombro, que tenía el brazo izquierdo envarado y la camisa y la chaqueta húmedas de sangre. Trabajosamente, con una sola mano, se puso un cigarrillo en la boca y lo encendió. Dejó pasar algún tiempo. Sudaba de angustia.

Todos, pensó, se habían burlado de él: el jefe, Blomberg, Cortezo y los dos muchachos, y el propio teniente Robledo. Robledo tenía a su cargo la vigilancia de Fajardo, Zabala. Morales y
O'Neill.
Que el jefe se hubiera presentado en la cabaña de pesca significaba, o bien que había escapado a la guardia del teniente, o bien que no era ninguno de los cuatro hombres. Pero Miller sabía que sí lo era. El jefe acudió a la cita, en un «*jeep*». Miller sabía cuál de los cuatro hombres poseía un «*jeep*». Sabía esto de él, entre otras cosas.

Puso el coche en marcha nuevamente, hacia la ciudad. Fue despacio, procurando valerse de su brazo inútil. La cólera le daba fuerzas. No se detuvo en ningún sitio. Lo hubiera hecho a gusto, para descansar y, sobre todo, para beber, pero tenía una misión que cumplir. Poco importaba que no fuera una misión agradable.

Al entrar en San Crispín tomó la Avenida Reforma. Hizo alto frente al número 50. Se apeó e inspeccionó el cierre de la gran puerta de estilo español. Podría abrirse. La abrió, y metió el coche por la pista de grava.

Apagó los faros al llegar a la casa, y saltó a tierra con el revólver en la mano. En el porche se movía gente. Miller corrió hacia allí como en sueños, sin conciencia cierta de lo que hacía. Salió a su encuentro un criado indio vestido con una chaquetilla blanca. Detrás, ya en el vestíbulo, una mujer. Llevaba una blusa mejicana de amplio y redondo escote, y una falda y unas sandalias rojas.

—¡Steve!

Era María Morales.

—¿Dónde está su padre?

—¡Steve! ¿Qué le ocurre? ¡Oh! ¡Está herido! ¡Es sangre!

Miller le estrujó el brazo desnudo entre los dedos.

—¿Dónde está su padre?

—No… no vendrá esta noche… ha salido… Pero ¿por qué ese revólver? ¿Qué ha pasado? Steve, está enfermo y no…

—¡No mienta! ¿Dónde está?

—¿Qué tiene usted que ver con él?

Miller la soltó y se volvió al criado.

—¿Dónde está el señor? —preguntó en español—. ¡Vamos, es urgente!

—Salió, señor —repuso el hombre, asustado—. No volverá hasta mañana.

—¿En qué coche?

—En el «*jeep*», señor.

Miller comenzó a retroceder. La muchacha corrió a reunírsele.

—¿No puedo saber lo que ocurre? ¿No puedo curarle, Steve? ¡Espere! No, no se vaya así, es imposible.

Miller la contuvo extendiendo el brazo.

—No se mezcle en esto. Quédese quieta y no estorbe, o luego lo lamentará.

Ella le miró como si no le hubiera visto nunca. Con el cabello revuelto, las ropas sucias de sangre y desgarradas por los espinos, la cara congestionada y la mirada ardiente, Miller era otro hombre. Una sensación de infinito horror, de cataclismo, emanaba de él.

—Steve, sea sensato. Cálmese.

Él no la atendió. Le volvió la espalda, y un momento después estaba en el coche y sus neumáticos susurraban sobre la grava de La pista.

El correr del tiempo se le había convertido en algo doloroso. El tiempo, ganar tiempo, vencer al tiempo. El hombre que vivía en la sombra estaría huyendo con su «*jeep*» por los malos caminos del interior si no se daba prisa. Miller gimió. Su mano izquierda se paralizaba en el volante. El coche avanzaba en
zig-zag.

Número 14, calle Hidalgo, era La dirección. En la zona más recientemente urbanizada, una casa de departamentos a estilo mejicano, con tejado rojo, tres pisos y un minúsculo jardín rectangular.

Allí vivía Rita Drake. O allí vivió.

¿Era cierto que Blomberg le esperaba? ¿Fue una mentira todo lo

demás?

El coche entró en la calle Hidalgo. Número ocho. Diez. Doce. Catorce. Allí estaba. Había un «*jeep*» adosado a la acera.

Miller frenó. Un «Packard» negro, de brillantes cromados, fue a detenerse delante de él. Cuando descendió se encontró con que María corría a su encuentro.

Miller pensó en el hombre que estaba arriba, y un arrebato de ira le cegó. Se veía abierta la puerta del inmueble. María le interceptó el paso en el umbral.

—No, Steve, en el nombre de Dios… no sé qué va usted a hacer, pero su cara… es la de un asesino… ¡Steve! —La voz de la muchacha se convirtió en un grito de pánico cuando él la rechazó de un empellón—. ¡No suba! ¡Yo iré con usted, y no permitiré…!

Miller la aferró brutalmente de la blusa.

—Usted se larga de aquí. Usted se larga ahora mismo. Usted se vuelve a casa o no respondo de lo que hago.

María rompió a llorar.

—Steve… usted no…

De pronto, con el dorso de la mano, él la abofeteó. Una vez, dos tres, cuatro veces. Los cachetes sonaron como latigazos. María se quedó estupefacta, sin resuello, aturdida por el miedo y la sorpresa, tambaleándose. Miller la agarró por el cuello, la empujó a la calle y la apartó a un lado.

—Estúpida, usted lo ha querido. Tendrá más si insiste. ¡Váyase al cuerno a lagrimear, y cuide de que no la vea más por aquí!

Entró en la casa y tomó el ascensor.

También estaba abierta la puerta del departamento 6. Dentro había luz.

Cautelosamente, revólver en mano, Miller empujó la hoja y transpuso el umbral. No tuvo tiempo más que de ver a un hombre despatarrado frente al diván, con la cara picada de viruelas manchada de sangre. Inmediatamente sonó un chillido, luego un disparo, y la luz se apagó.

Miller se arrojó al suelo con la agilidad de un gato, giró sobre sí mismo y se encontró casi en el centro de la habitación, fuera del cuadro luminoso de la puerta. A su derecha ladraba una pistola. Respondió contra el fogonazo y mudó la posición, pero nada le indicó que hubiera acertado. Luego oyó gritar:

—¡Cuidado, Steve!

Alguien corrió hacia él taconeando, y un cuerpo tibio y perfumado se adosó al suyo. Al mismo tiempo, la pistola volvió a ladrar. Miller sintió una cosa rara, un ruido como el del parche de un tambor perforado de un golpe, y un choque sordo. El cuerpo que tenía entre los brazos emitió un gemido, y se estremeció.

Arrodillado en el suelo, le pareció que una forma móvil concentraba la vaga luminosidad de la habitación, al fondo. Disparó sin pensarlo. Y aquella vez no falló. Hubo un ronquido, un rumor como de pataleo y los roces y los choques de un cuerpo humano que cae. Después, silencio.

—Rita —susurró Miller.

La mujer, contra su pecho, temblaba ligeramente.

—Steve… yo quise… él me tenía…

—No hables.

Se levantó, sosteniéndola, y trató de orientarse hacia el mueble-bar para encender una de las lámparas. Lo consiguió. La media luz le reveló, a su lado, el cadáver de Blomberg. Le habían cortado el cuello. Miró al fondo del *living*. Por detrás de un sillón asomaban unas piernas enfundadas en pantalones azules y unos zapatos de suela de crepé. Parecía como si todavía se moviera estertorosamente.

Rita estaba agonizando. Había recibido una bala en la espalda. Miller sabía que aquella bala iba dirigida contra él.

Rechazó con el pie el cuerpo de Blomberg y acostó a la mujer en el diván. Ella le miraba sin ver.

—Degolló a Geo —murmuró— y me tenía… esperando que tú subieras… Steve, di que me quieres. Dilo.

Miller se lo dijo al oído.

—Ninguno… como tú. Te lo juro. ¿Por qué no me besas?

Miller la besó. Cuando se dio cuenta de que sólo estaba besando un cadáver se apartó del cuerpo de la mujer con horror, con un escalofrío de asco. El brazo de Rita, fláccido, colgó al borde del diván. Miller todavía se inclinó para cerrarle los ojos.

Al enderezar la cabeza vislumbró una falda roja que se retiraba de la puerta del departamento, hacia el rellano. María había estado allí. A pesar de todo fue testigo de la escena. Miller casi se alegró.

Porque, desde la puerta, podía verse también al hombre muerto

detrás del sillón. Y las dos imágenes debían ir juntas. Forzosamente.

Miller abrió el mueble-bar, sacó una botella de «*whisky*» y bebió un largo trago. Se pasó el dorso de la mano por los labios. Luego, despacio, cruzó el «*living*» y rodeó el sillón para ver al hombre. Quedó inmóvil. Sus ojos atónitos se fijaron en la cara sonrosada y el cabello rubio del cadáver.

—Dios —susurró— es Antonio O'Neill.

CAPÍTULO XIV

El fiscal Crabbe consideró atentamente a la muchacha sentada en la terraza frente a él. Tenía clase, No era una mujer llamativa, pero uno quedaba prendado de la deliciosa gracia de sus líneas, de sus sombríos ojos, de sus rasgos patricios, de su delicadeza.

Llevaba un vestido azul con la difícil sencillez propia de una verdadera dama.

—Ha sido usted muy amable en recibirme sin conocerme —dijo —. Soy Alvin Crabbe, fiscal del distrito de Hollow, al otro lado de la frontera. Me considero culpable de un grave daño que usted ha sufrido y he venido, si es posible, a ponerle remedio.

Una criada india apareció con una bandeja de refrescos, que dejó sobre la mesa. Sin una palabra, la muchacha ofreció un vaso al fiscal.

—Gracias — Crabbe bebió un sorbo y lo paladeó. —Soy un hombre muy ambicioso, señorita— prosiguió, sonriendo—. No hay duda de que, si no lo fuera, las cosas no hubieran sucedido como sucedieron. Me gusta que los periódicos hablen de mí, y quiero llegar muy lejos por el camino de la política. Estoy lográndolo. Sin embargo, no es mi deseo que alguien ajeno a mis intereses pague las consecuencias—. El fiscal hizo una pausa para acomodarse en la silla—. Descubrí, recientemente, que en mi distrito funcionaba una organización de contrabando de estupefacientes, y creí ver en ello la gran oportunidad de convertirme en el hombre providencial que mis ciudadanos necesitaban para transformar Hollow, de un centro de corrupción donde se engañaba, se estafaba y se robaba a los turistas que se detenían de paso hacia este país, en un verdadero centro de placer honesto, bien organizado, limpio y respetable. No entraré en detalles porque la Prensa y la radio han hablado extensamente de cómo estaba organizado el tráfico a ambos lados de la frontera, de cómo Antonio

O'Neill
había destinado al cultivo de la adormidera los ocultos valles de su hacienda de las montañas, de cómo refinada su jugo y de cómo el producto era distribuido por Frankie Parata en California. Otro, en mi caso, a la primera sospecha de lo que ocurría, hubiera puesto los hechos en conocimiento de la policía federal. Yo no. Lo que no se ha dicho, señorita, es que Parata, dominando los resortes de la vida de Hollow, era mi mayor enemigo político, y sus manejos caciquiles me hubieran hundido sin remisión en las próximas elecciones. Ahora, Parata va a presentarse ante un tribunal de justicia, sus resortes han quedado inútiles y sus hombres de paja, entre ellos Wade Fulham, jefe de policía de Hollow, han dimitido de sus cargos. Para sacar fruto de todo esto, yo tenía que llevar la investigación en persona y demostrar que era capaz de descargar un buen golpe. Así lo he hecho.

Crabbe se interrumpió, y la joven le invitó a seguir con un leve movimiento de cabeza.

—Los agentes adscritos a mí oficina —declaró el fiscal en tono llano— por diversas razones, entre las que figuraba el ser demasiado conocidos, no me servían, de modo que contraté en Los Ángeles a un detective privado de quien tenía excelentes informes. Los periódicos han hablado de él menos de lo que merece, porque, en interés de lo local, les conviene exaltar mi figura, pero fue Steve Miller quien en realidad llevó la batuta de todo. Ya conoce usted las incidencias de su trabajo. No obstante, es la parte que la atañe a usted lo que quiero aclarar. —Crabbe se inclinó hacia adelante—. Sé más o menos lo que entre ustedes pasó. Cuando la conoció, Miller obedeció a un impulso generoso sacándola de
«Monky's»
en el momento en que se iniciaba una escena desagradable; pero, fiel al papel que representaba y deseando mantenerla apartada de un asunto tan escabroso como tenía entre manos, hizo cuanto le fue posible por eludir su amistad. En cambio, al encontrarla por segunda vez, un hecho importantísimo se había producido: Miller sospechaba que era el padre de usted quien dirigía desde la sombra el contrabando de estupefacientes. Ello le obligaba, de una parte, a mantener su relación con la esperanza de conseguir una evidencia; de otra, a mostrarse lo más grosero y áspero de que era capaz para

que usted no concibiese afecto hacia el hombre que indefectiblemente iba a ser causa de su ruina. Esto explica lo mismo la cena en su casa, aquella noche, que su conducta; le dará una idea de cuáles eran, en el fondo, la delicadeza y la altura de sus sentimientos. Miller es un hombre entero, noble, de gran corazón, siempre esclavo de los compromisos contraídos. Trabajaba para mí, y me cobró caro su trabajo. No porque arriesgara su vida, sino porque arriesgaba su dignidad y, sobre todo, porque sacrificaba su dicha. Usted le hacía las cosas más difíciles. Usted le amaba, se lo decía claro. Miller recurrió a cuanta bajeza podía concebir para alejarla, y fracasó. No sería raro que se preguntase usted a qué se debía tanto empeño. Bien, señorita Morales; se debía a que también Miller la amaba a usted desde el instante en que la vió, y a toda costa quería preservarla de un gran dolor. Eso fue todo.

—No —dijo la muchacha, en un susurro— hubo más. Hubo una mujer.

—No hubo ninguna mujer. La trágica noche en que su esfuerzo alcanzó la meta, Miller, a despecho de su propio deseo y de las breves pesquisas que había realizado, estaba convencido de que luchaba contra su padre. Había tendido una emboscada al jefe de la organización, y éste acudió en un «*jeep*» descubierto. Miller había visto a su padre al volante de uno idéntico, en esta misma casa, e ignoraba que
O'Neill,
como todos los que necesitan viajar por las carreteras interiores de esta comarca, poseía otro. Por eso vino aquí, buscándole. No le encontró. Los miembros de la organización peleaban entre sí por conseguir la presa entera, y George Blomberg, al tiempo que combinaba la trampa para que Miller matara a su jefe, tenía previsto que sus tres pistoleros se deshicieran de Miller inmediatamente después. El jefe, por su parte, quería eliminar a Blomberg, que le traicionaba, y probablemente también a Rita Drake. Miller, tomando esto en consideración, supuso que le encontraría en casa de Rita, y se dirigió a ella. Usted le siguió. Tropezársela, para Miller, fue tremendo. Necesitaba impedir a toda costa que usted le viera matar a su padre. La trató brutalmente. No sé, no encuentro palabras para interpretar el drama de un hombre en su situación. Miller debía estar loco de angustia, desesperado. La

amaba, usted le amaba a él, y su padre esperaba arriba para cazarle a balazos. Era un conflicto escalofriante. Sin embargo, Miller cumplió con su deber. Dudo que muchos hubieran obrado igual en su caso.

—Había una mujer —repitió la joven, con voz ahogada.

—Le digo que no había ninguna mujer. Rita Drake era la amante de Blomberg. O'Neill degolló al hombre, y acaso hubiera hecho lo mismo con ella de no llegar Miller y verse obligado a emboscarse en el departamento para detenerle a tiros.

—El la besaba.

El fiscal asintió sombríamente.

—Rita le había salvado la vida a costa de la suya, protegiéndole con su cuerpo de los disparos de O'Neill, y no es mucho pedir que un hombre bese a una mujer que agoniza si ella así lo desea. Le diré más, señorita: Miller debió alegrarse de que usted presenciara aquel beso. Creía aún que era su padre quien estaba muerto al fondo de la habitación, y la escena iba a convencerla para siempre de que él no merecía ni trataba de ganar su cariño.

—Pero el muerto era Antonio O'Neill.

—Sí —dijo Crabbe— era Antonio O'Neill.

Hubo un largo silencio.

—Mire, señorita —añadió el fiscal— no espere que Steve Miller venga algún día a pedirle disculpas por haber cometido un error. En primer lugar, es demasiado orgulloso; en segundo, no se avergüenza de lo que hizo, porque sabe que obró bien; en tercero, se considera verdaderamente indigno de usted, de su posición social, de su dinero, de su belleza. En este sentido, a su actitud no le faltaba una remota sinceridad. Si usted le quiere, vaya en su busca. No se arrepentirá. Está en Los Ángeles, en el «Holborn Memorial Hospital». Tome esto como un buen consejo. Y sepa que descargará mi conciencia si lo sigue.

María sonrió dulcemente.

—¿De veras necesita descargar su conciencia, señor Crabbe?

El fiscal se puso en pie.

—Envíeme un telegrama cuando haya visto a Miller. Buena suerte.

Crabbe recibió el telegrama tres días después. Decía simplemente:

«Nos casamos hoy».

No necesitaba Arma.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona,
1924-1996).
Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William
O'Connor.
Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).



Nunca como aquel año habia habido tantas bañistas guapas en las playas de Miami...

Nunca como aquel año las aguas habían sido tan claras, tan azules... Hasta que un día se mancharon de rojo

En esto pensaba Michael Storme mientras miraba el negro cañón de la «German Luger» que iba a terminar con sus vacaciones y con algo más...

DI ADIOS AL CADAVER

es la frase que da título a esta sensacional novela de MICHAEL STORME, uno de los maestros del género detectivesco, el hombre que sabe combinar el amor, la ironía y la violencia en un cóctel color rojo...

DI ADIOS AL CADAVER

será publicada en el próximo número de

COLECCION DETECTIVE

¡Si usted no la lee ahora tendrá que leerla después, porque se la recomendarán sus amigos!

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

Núm. 353 - Matilde Redón
REDENCION

Núm. 354 - Sergio Duval
LA HUELLA DE UN BESO

Núm. 355 - Carmen Martel
DORA, LA ARTISTA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

Núm. 249 - Corín Tellado
ME CASARE CONTIGO

Núm. 250 - Agatha Mor
EL SECRETO DE PAT

Núm. 251 - Josefina M.ª Rivas
VARENKA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

Núm. 193 - C. de Monterrey
TIERRA DE PROMISION

Núm. 194 - Bárbara Sanromán
LA ARAÑA DORADA

Núm. 195 - Isabel Saluella
AQUELLA AVENTURERA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

Núm. 79 - Ana Marcela García
AL FINAL DEL CAMINO

Núm. 80 - M.ª Pilar Carré
TORMENTO

Núm. 81 - Adela Gala
ODIOSO RECUERDO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

Núm. 294 - Fidel Prado
CADENA DE SANGRE

Núm. 295 - George H. White
EL JINETE ENLUTADO

Núm. 296 - Raymond Pratt
GOLPE POR GOLPE

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCION DETECTIVE

Núm. 37 - Vic Peterson
RAPSODIA DE CRIMENES

Núm. 38 - Bruno Shalter
ASESINATO EN LA FRONTERA

Núm. 39 - Michael Storme
DI ADIOS AL CADAVER

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 158 - Red Harland
EL VIENTO BARRE LA NIEBLA

Núm. 159 - A. Rolcest.
LA ISLA DE LOS MUERTOS

Núm. 160 - Keith Luger
MAU - MAU

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

Núm. 32 - Amparo Lara
ANNA

Núm. 33 - M.ª Adela Durango
SUCEDIO EN NAPOLES

Núm. 34 - Corín Tellado
EL DESTINO TIENE LA PALABRA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Volúmenes recientemente aparecidos - Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 ptas.